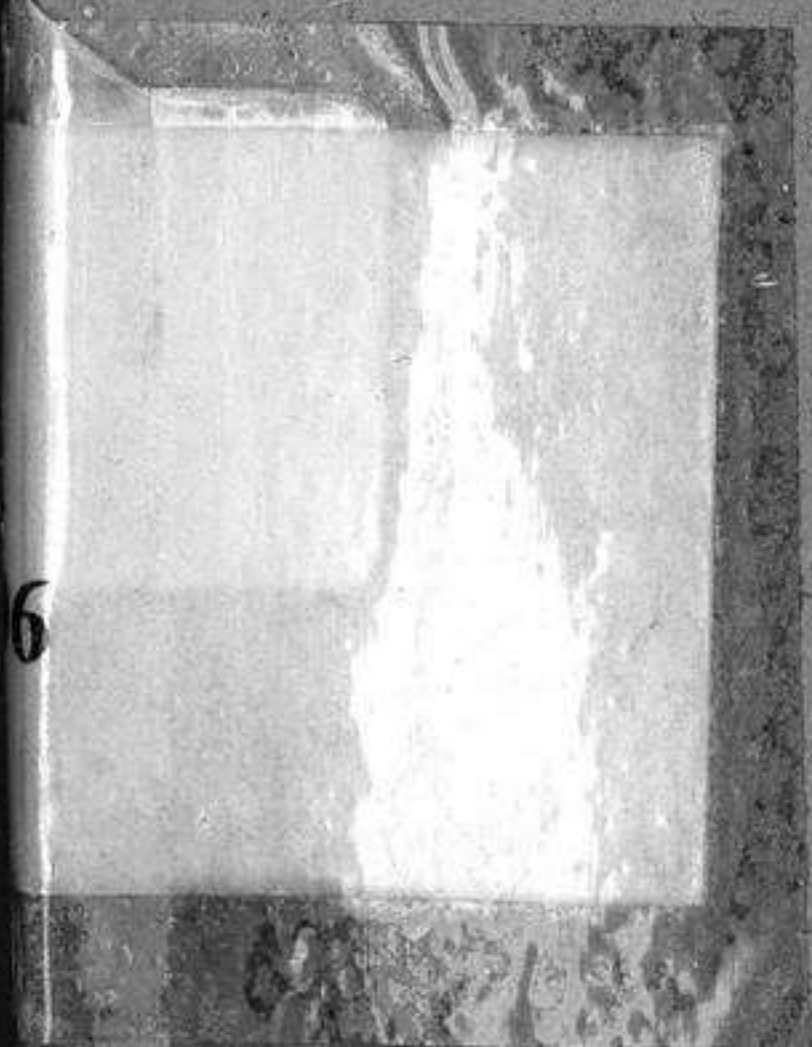


C-43743

R
1206



6

Como « Depósito legal » N.º 11.
de la Ley

Propiedad Intelectual

EL

Nuevo Testamento,

POR EL

Pbro. D. Fermin Baigorri,

Profesor de Religion y Moral

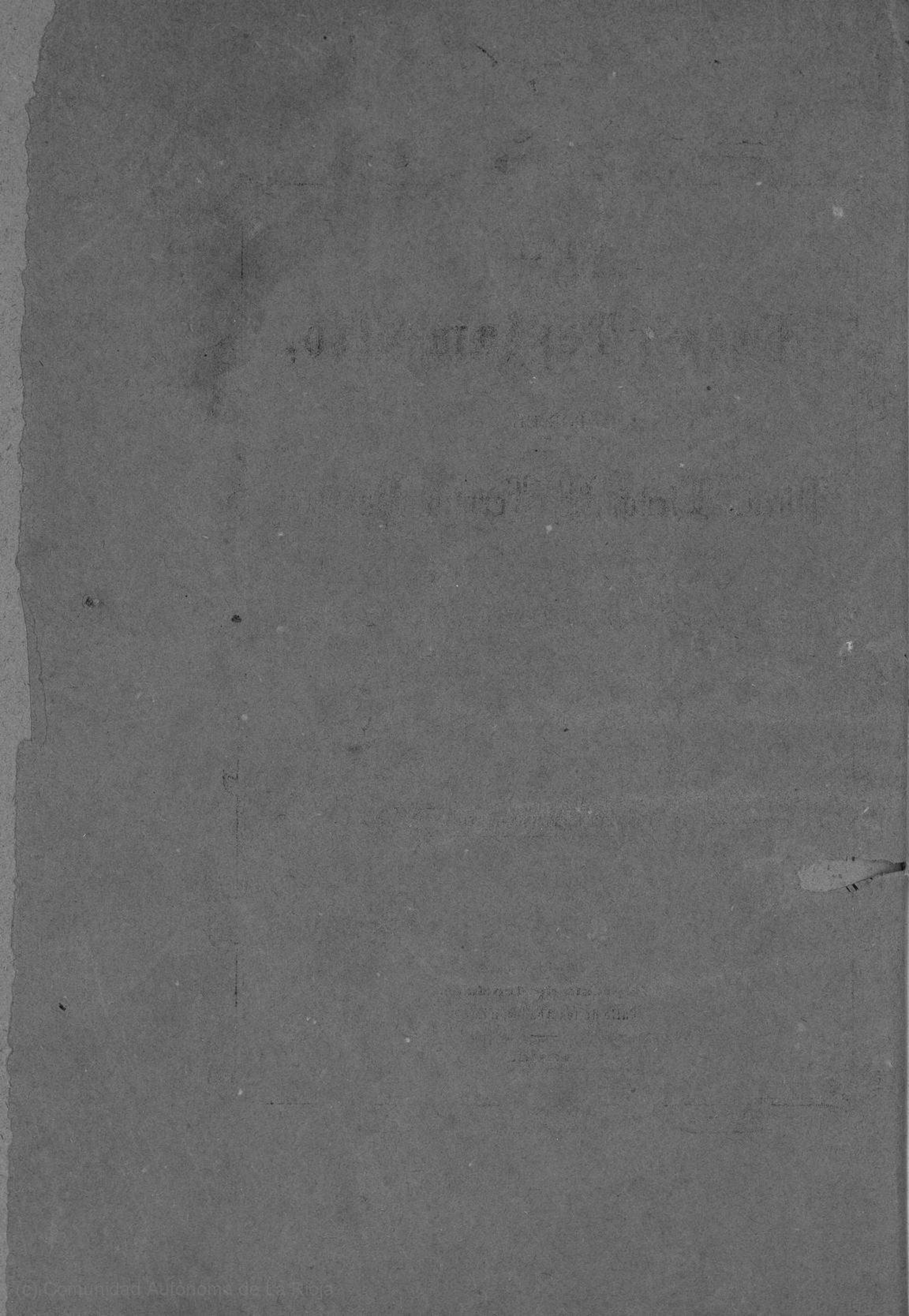
de la Escuela Normal de Maestros de Logroño.

CON LICENCIA ECLESIASTICA.

LOGROÑO:

Imprenta de Menchaca,
Calle de los Abades, núm. 1.

1882.



EL

NUEVO TESTAMENTO,

POR EL

Pbro. Licdo. D. Fermín Baigorri,

Profesor de Religión y Moral

en la Escuela Normal de Maestros de Logroño.



R. 24103

LOGROÑO,

Imprenta de Menchaca,

calle de los Abades, núm. 1.

—
1882.

EL
NUEVO TESTAMENTO

POR EL

Escuela Normal de Maestros de Logroño
ES PROPIEDAD.

en la Escuela Normal de Maestros de Logroño.
Levarán la rúbrica del autor.



LOGROÑO
Imprenta de Menchaca
Calle de los Abades, núm. 1.

1885

CENSURA.

En virtud del decreto del M. I. Sr. Vicario Capitular, Gobernador Eclesiástico, Sede vacante, he leído detenidamente las LECCIONES DE HISTORIA SAGRADA del Nuevo Testamento, compuestas por el Pbro. Don Fermin Baigorri, y nada he encontrado en ellas que sea digno de tacha ó reprobacion. Están conformes en todo con el Sagrado Texto, é interpretaciones más autorizadas, y ordenadas al mismo tiempo con buen criterio.

Creo que sin inconveniente alguno pueden darse á la estampa.—Logroño 14 de Abril de 1882.—Lic. Victoriano A. Rodrigo.

LICENCIA ECLESIASTICA.

Hay un timbre que dice: GOBIERNO ECLESIASTICO DEL OBISPADO DE CALAHORRA Y LA CALZADA; SEDE VACANTE.—Santo Domingo de la Calzada 17 de Abril de 1882.—Resultando de la censura que las LECCIONES DE HISTORIA SAGRADA del Nuevo Testamento compuestas por el Pbro. D. Fermin Baigorri, nada contienen opuesto al dogma y moral cristianos, damos nuestra licencia para que puedan imprimirse.—El Gobernador eclesiástico.—Sede vacante.—Lic. Miguel Aldaba.

Lo que tengo el gusto de participar á V. para su satisfaccion y á los efectos consiguientes.

Dios guarde á V. años.—Santo Domingo de la Calzada á 17 de Abril de 1882.—Francisco San Martin.—Sr. Don Fermin Baigorri, Pbro., profesor de Religion y Moral de la Escuela Normal de Maestros de Logroño.



OBISURIA.

En virtud del decreto del Sr. Viceroy Capitan General, Gobernador Ecclesiastico, de la vacante, de la sede de Obispo de la Diocesis de Obisuria, de la HISTORIA SACRADA del Nuevo Testamento, compuestas por el Pbro. Don Hermen Baport, y nada se acordado en ellas que sea digno de tanta o repudacion. Estas conformes en todo con el Sagrado Texto, e interpretaciones mas autorizadas, y ordenadas al mismo tiempo con buen criterio. Que por ser convenientemente alguno pueden darse a la estampa. — Logroño 14 de Abril de 1882. — Lic. Victoriano A. Rodriguez.

LICENCIA ECLESIASTICA.

Hay un timbre que dice: GOBIERNO ECLESIASTICO DEL OBISPADO DE CALAHORRA Y LA CALZADA; SEDE VACANTE. — Santo Domingo de la Calzada 17 de Abril de 1882. — Resolviendo de la censura que las LICENCIAS DE HISTORIA SACRADA del Nuevo Testamento compuestas por el Pbro. D. Hermen Baport, nada contienen opuesto al dogma y moral cristianos, damos nuestra licencia para que puedan imprimirse. — El Gobernador ecclesiastico. — Sr. de vacante. — Lic. Miguel Alaba. Lo que tengo el gusto de participar a V. para su satisfaccion y a los efectos consiguientes. Dios guarde a V. años. — Santo Domingo de la Calzada 17 de Abril de 1882. — Francisco San Martin. — Sr. Don Hermen Baport, Pbro., profesor de Teologia y Moral de la Escuela Normal de Maestros de Logroño.

A MIS PADRES.

Séres queridos à cuyos desvelos y fatigas debo, despues de Dios, quanto soy y lo poco que valgo, recibid este obsequio tan pequeño como grande es el amor que os profesa vuestre hijo

Fermin.

A MIS PADRES

Señores queridos a cuyos desvelos y fatigas debo, después
de Dios, cuanto soy y lo poco que valgo, recibid este ob-
sequio tan pequeño como grande es el amor que os profesa
vuestro hijo

Estimado

con haber terminado, de alguna manera, este humilde tratadito sobre el Antiguo Testamento,

Sin embargo, reiteradas indicaciones y nuevos consejos revocaron luego mi primera resolución y ya no me fué fácil resistir por más tiempo ni desatender tampoco las instancias de mis alumnos que anhelaban un texto del Nuevo Testamento, dispuesto según el programa adoptado en esta Normal de maestros. Por eso y movido también de gratitud en vista de la aceptación que habían obtenido mis primeras LECCIONES, acometí, sin duda con demasiada audacia, una empresa muy superior á mis cortos alcances.

Al fin con la ayuda de Dios Nuestro Señor he realizado este nuevo trabajo, preparando el segundo tomo de la Historia Sagrada, compendio del Nuevo Testamento.

Como era de mi deber, he procurado con empeño conformarme estrictamente al sagrado texto ó interpretaciones más autorizadas.

Si en este nuevo estudio he hecho algo digno, se debe á Dios á quien sea dado honor, bendición y gloria por los siglos de los siglos.

sea o como tomo el segundo tomo o sea un compendio del Nuevo Testamento. Mucho me costaba no acceder á tales deseos y á los consejos de varios amigos y compañeros en la profesión de la enseñanza; pero recordando con sobrada razón de mis escasas fuerzas y temiendo más que todo tratar con mi pobre entendido y saber asuntos tan grandes y sublimes como entran en el Libro Sagrado, escrito por los Evangelistas; decidí darme por muy contento

LECCIONES DE HISTORIA SAGRADA

DEL

NUEVO TESTAMENTO.

LECCION I.

**Aparicion de un ángel al sacerdote Zacarias anunciándole el nacimiento de un hijo.—Eleccion de Maria para Madre de Dios.—Visita-
cion de la Virgen á su prima Santa Isabel.—
Nacimiento de San Juan Bautista.—
Su circuncision.**

En los dias que reinaba en la Judea Herodes el grande, dice el evangelista San Lúcas, habia un sacerdote, llamado Zacarias, casado con Isabel, y ambos descendientes de la familia sacerdotal de Aaron y de la extirpe real de David.

Eran estos esposos justos, y á pesar de no tener hijos, pues Isabel era anciana y estéril, vivian sin embargo, resignados observando fielmente la ley del Señor.

En cumplimiento de su sagrado ministerio, el venerable Zacarías hallábase en el templo de Jerusalem elevando al cielo, juntamente con los perfumes del incienso, la más pura oracion; cuando el ángel Gabriel, apareciéndosele á la derecha del altar, anunció á Zacarías el nacimiento prodigioso de un hijo, al que pondria el nombre de Juan; cuyo niño habia de ser la

alegría de muchos, porque los convertiría al Señor preparándole un pueblo perfecto.

Zacarías, todo turbado, apenas dá crédito á esta vision, por lo que, en castigo de su incredulidad, quedó mudo hasta que se realizó el anuncio del ángel.

Sin embargo, el virtuoso sacerdote no salió del templo hasta terminar sus funciones, y el pueblo también esperó á pesar de la tardanza. Sublime lección que reprende nuestra inquietud en el servicio del Señor y en las funciones de su culto.

Algún tiempo despues de tal suceso, sintió Isabel que tendría un hijo y permaneció oculta y como avergonzada en su retiro. Miétras tanto tuvo lugar un acontecimiento notablemente consolador.

Iban á cumplirse las promesas del Señor y la Beatísima Trinidad, preparando los sucesos para la redención del mundo, envió al ángel Gabriel á la humilde ciudad de Nazareth, para anunciar tan grandes misterios á la sublime criatura, en la que debían realizarse; y María, la hija de Joaquin y Ana, descendiente de David y desposada con José, es la jóven-Virgen á la que se apareció el divino mensajero saludándola con estas palabras: «Dios te salve, María, llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres.» La purísima doncella se estremece pensando en aquella salutacion y el ángel le revela entónces inefables misterios diciéndola: «No temas, María, has hallado gracia delante de Dios. He aquí concebirás y parirás un hijo, y será llamado hijo del Altísimo; y su reino no tendrá fin.»

María es la virgen por excelencia, es purísima y, ántes de dar su consentimiento, quiere saber cómo se conciliará éste suceso con su virginidad; pues de otro modo hubiera renunciado á ser Madre de Dios; por eso dice al ángel:—¿Cómo se hará esto, porque yo no conozco varon?—El Espiritu Santo descenderá sobre tí, replicó el celestial mensajero, y la virtud del Altísimo te hará sombra; por eso, lo Santo que nacerá de tí será llamado hijo de Dios; y he aquí que Isabel tu prima, á pesar de ser anciana y estéril, se halla también en el sexto mes de su

embarazo; porque nada hay imposible para Dios.» Magníficas palabras contra las que es impotente la perversidad y el error.

La bendita vírgen de Nazareth, reanimada con la misteriosa revelacion del ángel, ya no vacila; todo lo espera del divino poder y adorando los designios eternos, exclama profundamente humillada: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.» Feliz instante; apenas María dió su consentimiento, se realizaba la esperanza de la humanidad, é iban á cumplirse las promesas divinas.

En aquella hora bendita, la virtud del Altísimo descendió sobre la Vírgen de Judá y en sus purísimas entrañas encarnó el divino Verbo; siendo entonces concebido sobrenaturalmente el Mesías, prometido para salvar al mundo; desde este momento María pasó ya á ser la Madre del Hijo de Dios.

Despues de este grandioso suceso, la humildísima Vírgen, enterada por el ángel del estado de Isabel, marcha presurosa á visitarla, sin que nada le detenga; que tan grande es la caridad de las almas que viven del divino amor.

Llegó, pues, María á Hebron, en donde moraba Isabel; y así que ésta escuchó el saludo de su santa prima, saltó de placer el hijo que aquella llevaba en su seno, por lo que, é inspirada del Espíritu-Santo, exclamó la esposa del Sacerdote Zacarías: «Bendita seas entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.» ¿Y de dónde á mí tanto bien que venga la Madre de mi Señor á visitarme; porque, tan pronto como oí vuestra voz, saltó de júbilo la criatura de mi vientre. !Oh feliz! porque habeis creido serán en vos cumplidas las maravillas que os anunció el Señor.

Entónces María, extasiada de santo amor y entusiasmada por la redencion del mundo, eleva del fondo de su corazon al cielo un hermoso cántico diciendo: «Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se regocijará en Dios, mí salvador; porque miró la humildad de su sierva..... porque hizo en mí grandes maravillas, el que es Omnipotente y su nombre es santo; su misericordia se extiende

de generacion en generacion sobre los que le temen; desplegó el poder de su brazo; dirigió las miras de los soberbios; derribó á los poderosos de sus sillas y exaltó á los humildes; llenó de bienes á los necesitados y á los ricos les despachó en la indigencia; ha tomado bajo su cuidado á Israel su hijo acordándose de su misericordia, segun su promesa hecha á Abraham y su descendencia por todos los siglos.»

Así exhaló María sus sentimientos de fé, de humildad, de esperanza y de amor. Y en tan magnífico himno, cantó, asimismo, el triunfo de la humanidad regenerada; por eso la Iglesia, que celebra las glorias de su corredentora, repite todos los dias ese hermoso cántico, que es sublime epopeya de la más brillante victoria.

Después de tan solemne y prodigiosa visita, aún permaneció María en casa de su prima algunos tres meses; pasados los cuales regresó á Nazareth.

Mientras tanto, Isabel dió á luz un hijo, que fué el gozo de todos los parientes y vecinos. Es que tan dichoso niño era el anunciado precursor del Mesías.

Trascurridos ocho dias desde tan feliz alumbramiento, la familia del sacerdote Zacarías se dispone á cumplir las prescripciones de la ley, respecto á la Circuncision; pues á pesar de ser santificado ya aquel niño en el vientre de su madre, no por eso se creyeron sus padres exentos de esta ceremonia por razones especiales.

Entonces tambien se trató de imponer nombre al recién nacido; todos opinaban que debia llamarse como su padre, Zacarías; pero Isabel se resistió á ello asegurando que su hijo habia de llamarse Juan; pues era la voluntad del Señor. Con este objeto se consultó á Zacarías y como todavia estaba mudo, se valió de una tablilla donde escribió: *—Juan es su nombre.*—Grande fué entonces la admiracion de todos, tanto más porque en aquel momento, el sacerdote recobró el habla é inspirado en santo entusiasmo entonó al Señor un cántico sublime, aquél que repite la Iglesia todos los dias y que empieza: «Bendito el Señor Dios de Israel porque visitó y redimió á su pueblo.....»

LECCION II.

San José y la Santísima Virgen.—Viaje de estos á la ciudad de Belen.—Nacimiento de Jesus.—Adoracion de los pastores.—Circuncision del Señor.—Adoracion de los reyes Magos.

Amanecía ya el dichoso dia de nuestra libertad y, entre tanto, en la humilde ciudad de Nazareth, dos almas benditas dirigian al cielo fervientes plegarias: eran la Santísima Virgen María y su purísimo esposo San José.

La Providencia atendió, sin duda, súplicas tan puras y santas por la redencion del mundo, y no tardaron en realizarse los sucesos conducentes á tan suspirado acontecimiento; por eso, San José pudo observar en su purísima esposa lo que no podia entender ni explicarse; pues que María es la más pura de las vírgenes. Persuadido de ello estaba el esposo-virgen que la veneraba, cual tesoro divino y, sin embargo, las apariencias confundian el concepto puro de San José; pero éste no podia ménos de rechazar cualquier injusto pensamiento en medio de que el estado de su purísima esposa era patente á los ojos.

José tiembla, sufre y no sabe qué partido tomar; en tan difícil situacion, Dios se apiadó de su siervo. Ya se disponia San José á salir de la casa de su inocente esposa, cuando en lo profundo de la noche se le apareció entre sueños un ángel que le dijo: «No temas, José, hijo de David, recibir á tu esposa en tu casa, pues lo que ha concebido en su purísimo vientre del Espíritu-Santo es; por lo que el hijo que nacerá de ella será hijo de Dios y se llamará Jesús, pues viene á salvar al mundo de sus pecados.» Así se cumplia aquella profecía de que una virgen habia de concebir y parir un hijo, cuyo nombre seria Enmanuel, Dios con nosotros.

Con esto el patriarca José, inundado de consuelo, teme hasta presentarse ante la esposa virgen, por creerse indigno de tanta dignidad; pues veíase constituido por Dios, Jefe de la Santa familia. ¡Qué dicha para José

estar al lado de una vírgen, Madre de Dios, para servirle de compañía, de proteccion, de consuelo y de testigo de su virginal pureza; pues San José tan solo fué custodio de la Madre de Dios y el padre nutricio del Verbo hecho hombre.

La Providencia, preparando los sucesos para la realizacion de las profecías, pues estaba escrito que el Mesías habia de nacer en Belen, permitió que el emperador César Augusto, bajo cuya dominacion se hallaba entonces el país de la Judea, donde habitaban José y María, diese un decreto, para que todos los súbditos suyos se empadronaran en el lugar de su respectivo nacimiento.

José y María, que á la sazón se hallaban en Nazareth, se dirigieron, en cumplimiento de este decreto, á Belen, lugar de su ascendiente David. Grandes fueron las molestias que sufrieron entonces los santos esposos, principalmente cuando entraron en la ciudad, cuyas puertas se hallaban cerradas á la hospitalidad, sin que los santos viajeros encontraran allí quienes les recojiesen, por lo que se vieron precisados á cobijarse en un pobre y humilde establo que servía de morada á los ganados. Allí estaban sufriendo resignados y alabando á Dios, cuando sonó la hora tan dichosa y esperada por todas las generaciones para el advenimiento del Mesías. Entonces iban á cumplirse ya los proféticos anuncios; y la Vírgen Madre, aquella privilegiada criatura, exenta de toda culpa original, pues que ella era la predestinada para aplastar la cabeza de la serpiente, dió á luz al Salvador, siendo Vírgen ántes del parto, en el parto y despues del parto, por lo que tan purísima Señora pudo cuidar por sí misma del recién nacido, y lo envolvió en pobres pañales y le recostó en un pesebre. ¡Gloria eterna al divino Verbo que se ha hecho hombre por nosotros!

Tan grande acontecimiento debia notificarse al mundo, que impaciente lo esperaba; y el ángel del Señor, rodeado de resplandores divinos, presentose en las cercanias de Belen á unos sencillos pastores que allí se hallaban al cuidado de sus rebaños. Así el Padre celestial se revela á los sencillos y humildes de corazón, mientras

que se oculta á los soberbios y sábios, según el siglo. —«Vengo, les dijo el celestial mensajero, á daros una nueva; sabed que os ha nacido en la ciudad de David el Salvador prometido á las gentes, y ved la señal: Encontrareis un niño, envuelto en humildes pañales y reclinado en un pesebre.» En este momento se aparece una multitud de ángeles alabando al Señor y cantando: «Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Después de esta sobrenatural visión, los pastores anhelaban presentarse cuanto antes en Belén, para ver lo que se les había anunciado; y fueron apresurados y hallaron á María y á José, y al Niño echado en el pesebre, con lo que se maravillaron, viendo cumplido el indicio del ángel; y, ofrecidos sus dones, se volvieron alabando á Dios y publicando por todas partes las finezas de su amor.

Estaba escrito en la ley de Moisés, que todo varón fuese circuncidado al octavo día de su nacimiento; y el divino infante, á pesar de ser la misma santidad, y por tanto exento de esta ley, quiso, sin embargo, sujetarse á ella, dándonos ejemplo de obediencia y humildad; que de este modo comenzaba ya el sacrificio que venía á consumir en favor de los pecadores; por eso se sometió á esta ceremonia de dolor, en cuyo acto se impuso así bien al recién nacido el nombre de Jesús, como estaba anunciado por el ángel.

Todas las gentes de la tierra suspiraban con suma ansiedad la venida del Prometido de las naciones; por eso la noticia de su advenimiento no debía limitarse tan solo á la Judea, sino que muy luego debía extenderse por el Universo mundo.

Así sucedió; y la Providencia quiso que un astro desconocido apareciese en lo alto del firmamento, cual centinela divino que debía revelar tan fausto suceso. Los sabios reyes de la Caldea fueron los primeros que, sorprendidos con esta visión y sin duda por inspiración divina, entienden que deben seguir el curso de aquella estrella y, desde luego, en alas de esta fé, abandonan sus palacios y sus tierras y caminan en busca del rey de los cielos.

Con tales deseos llegan á Jerusalem preguntando donde está el que ha nacido, rey de los judios; cuya estrella habian visto ellos aparecer en oriente dirigiendo su curso hácia Jerusalem.

Oido esto por los de aquella ciudad, se turban, especialmente Herodes que temia perder el cetro á la venida del Mesías, y así sobresaltado, inquiere de los doctores de la ley donde habia de nacer el Cristo. Mas tan pronto como se persuade que Belen seria el país natal del Mesías, llamó á los Magos, se informó por ellos de la aparicion de la estrella y despidiéndolos, les dijo: que así que hallasen al Niño se lo avisaran, pues tambien él deseaba adorarle; con esto se prometia el fingido rey asesinar al inocente niño.

Los Magos abandonan á Jerusalem; prosiguen su camino en busca del Mesías y entónces apareció otra vez en medio del firmamento la feliz mensajera. La estrella... gritan todos, y siguiéndola los Magos, fué á colocarse sobre el lugar donde estaba el divino Niño.

Así conducidos milagrosamente los reyes de Oriente, penetran en la gruta y allí hallaron á Jesús con María, su madre; y postrados en tierra le adoraron, ofreciéndole de sus dones, oro, incienso y mirra.

Ya se disponian aquellos viajeros á dejar la gruta para volverse al encuentro de Herodes, como se lo habian prometido, cuando se les apareció un ángel que, notificándoles la páfida intencion de aquel rey, les indicó que se dirigieran por otro camino para regresar á su patria.

Así burla el Señor los planes de los malvados. ¡Ah! y cómo aparece la divinidad del recién nacido que, oculto, yacía en la humildad de una choza! Los ángeles le anuncian, los pastores le adoran y los poderosos atraviesan largas distancias para rendirle vasallaje y ofrecerle sus dones.

Si, pues, de este modo se muestra aquel misterioso niño en la apariencia tan débil y abandonado y perseguido desde el primer instante de su nacimiento, ¿qué será cuando aparezca sentado en el trono de su gloria, rodeado de imponente majestad? ¡Ay entónces de los

que á imitacion de los pastores, no le hayan ofrecido los dones de la humildad; y como los ricos y poderosos del Oriente no hayan presentado al servicio del Señor las riquezas que de él recibieran, sus talentos y el poder. ¡ Feliz el mortal que viendo en Jesús la estrella de salvacion le siga y le adore!

LECCION III.

Purificacion de María.—Simeon y Ana en el templo de Jerusalem.—Degollacion de los inocentes.

Prescribía la ley de Moisés, que todas las mujeres que dieran á luz un hijo, se presentaran en el templo para ofrecerlo al Señor y cumplir ellas mismas con la ley de la purificacion.

María Santísima, siendo la vírgen por excelencia, y su hijo concebido por virtud del Espíritu-Santo, quiso no obstante sujetarse por humildad á esta ley, que la confundía con las demás mujeres. ¡ Ah! es que María entendió que su divino hijo no venia á abrogar la ley, sino á perfeccionarla; por eso, y para sublimar la hermosa virtud de la humildad, presentase en el templo con su hijo, á los cuarenta dias de su nacimiento. ¡ Oh y qué de maravillas se realizan en tan dichosa hora! Penetra Jesús en el templo y su entrada es el cumplimiento de la profecia de Ageo; pues que el Señor del templo ha entrado en su santa casa. Entonces verdaderamente fué santificada aquella mansion con la presencia de Jesús; y en tan sagrado recinto tuvo lugar una escena extraordinaria.

Impulsado por una luz sobrenatural penetró á la sazón en el santuario un anciano, llamado Simeon, á quien el Espíritu-Santo habia revelado que no habia de morir sin que viera al Salvador de Israel; Simeon, al ver á aquella santa Familia, sintiose de pronto inspirado y adivinó en

Jesús al Mesías prometido; y entre lágrimas de júbilo y extasiado de placer, toma en sus brazos al misterioso Niño, le contempla, le adora, le oprime junto á su corazón y, entusiasmado, comenzó á dar testimonio de la divinidad de aquel infante exclamando lleno de consuelo: «Dejad, Señor, ahora que muera vuestro siervo en paz, porque ya han visto mis ojos al Salvador de mi pueblo.»

Gozosos escuchaban José y Maria las palabras del anciano, cuando volviéndose éste á la Virgen-Madre le decia estas proféticas y amargas palabras: «Este niño está puesto para ruina y resurreccion de muchos y será objeto de contradiccion..... y á causa de él una espada traspasará tu alma.» Terrible profecía cuyo cumplimiento se está realizando todos los dias: pues son muchos los que le contradicen infringiendo la ley divina, con lo que provocan contra sí mismos su propia desgracia; causando ésto á la vez la afliccion y el dolor de María. Mas los que le siguen aseguran su resurreccion gloriosa.

Apenas el santo anciano pronunció las inspiradas palabras, se presentó en el templo una mujer, la que ardentemente suplicaba á Dios el advenimiento del Mesías. Era una profetisa, anciana de Israel, llamada Ana, cuya fé premió tambien el Señor revelándola que aquel tierno niño, objeto de las admiraciones de Simeon, era el Salvador prometido; por lo que trasportada de alegría bendice á Dios y, juntamente con Simeon, entonan sublimes himnos de alabanza y amor porque ya habia descendido á los hombres la salud del cielo. En seguida estos santos ancianos se apresuraron á anunciar á todos los de Jerusalem tan fausto suceso; pregonando doquier la divinidad de Jesús. Los habitantes todos de la ciudad se alarmaron con tales prodigios y solo los sacerdotes y doctores de la ley permanecian á oscuras en medio de tanta claridad; ¡Ah, es que Dios se digna revelarse á los sencillos y humildes, mientras que resiste á los soberbios!

Despues de haber cumplido con la ley, los santos esposos regresaron á la ciudad de Nazareth.

La maravillosa escena acaecida en el templo de Je-

rusalen con motivo de la presentacion del Niño-Dios; llegó luego á noticia de Herodes, el cual, al verse tambien burlado por los reyes Magos, se entregó á los instintos feroces de su cruel corazon y concibió el bárbaro proyecto de exterminar á todos los infantes que habian nacido en la época del advenimiento de Jesús.

Pero miéntras tanto se realizaba tan infame persecucion, el Niño-Dios iba á ser ya objeto de contradiccion y la santa Familia, avisada por un ángel, huyó del sanguinario Herodes con direccion al Egipto, á donde llegó despues de un penoso viaje, entre la zozobra y el temor á los perseguidores, á los salvajes y á las fieras de un vasto desierto; así quiso Dios salvar por medios naturales á su propio hijo; pues todavia no era llegada la hora de la manifestacion solemne de Jesús.

Estalló por fin la cólera del perverso Herodes y, furioso, decretó la muerte de todos los niños, desde dos años abajo, en Belen y su comarca.

Al ejecutar los verdugos tan sangriento decreto, cumpliase la prediccion de Jeremías: «hasta en Ramá se oyeron las voces; muchos llantos y alaridos; es Raquel que llora sus hijos, sin consolarse porque ya no existen.» ¡Terrible espectáculo! ¡Gran martirio! exclama San Agustin al describir tan atroz escena, desnúdase la espada y no se halla causa para ello.

Las madres arrancaban de sus cabezas los cabellos por que perdian su mejor tesoro. ¡De cuántas maneras procuraba la afligida madre esconder al tierno niño y él mismo se publicaba, porque no sabia callar el que no habia aprendido á temer; peleaban la madre y el verdugo; él por arrancarle el hijo de sus brazos, y ella por defenderle; y al fin, lastimada, grita al verdugo: ¿por qué apartas de mí al que de mi fué engendrado? Cómo, ¿así estrellas contra la tierra al hijo de mis entrañas?—Otra, viendo le arrebatan aquel pedazo de su corazon clama en su dolor: «pues si matas al hijo, mata tambien á la madre;» y el feroz homicida hundia su cuchillo en el tierno cuerpecillo del niño, y espiraba con las manecitas dirigidas hácia la madre que caía, envuelta en la sangre inocente, víctima de tan acerbo dolor.

Y entre estos lamentos de las madres eran trasladados en triunfo aquellos infantes por los ángeles del Señor á recibir la corona del martirio.

Así se cebó aquel odioso tirano en la sangre de tanta victima inocente, sin que consiguiera el objeto de su cruel persecucion; porque ¿quién es el hombre para levantarse contra Dios?

LECCION IV.

La sagrada Familia en Egipto.—Muerte de Herodes.—Regreso de la Santa Familia á Nazareth.—Jesus en el templo.—Muerte de San José en Nazareth.

La sagrada Familia residió, durante la persecucion de Herodes y lo restante del reinado de este cruel príncipe, (quizá siete años) en Egipto, sufriendo allí las privaciones y la indigencia, viéndose precisada á proporcionarse el negro pan del destierro con el trabajo y la fatiga. Mas pronto la divina Providencia sorprendió al culpable en el fatal camino de la injusticia. Herodes sintiose luego herido por la mano justiciera del Omnipotente sujetándole á los rigores de horrible y asquerosa enfermedad; lo que le precipitó, en la desesperacion, hasta el suicidio. De este modo terminó el odioso persecuidor en esta vida, para comenzar despues la desdicha de los réprobos en la otra.

Muerto Herodes, se apareció otra vez el ángel del Señor á los santos desterrados, los que, regresando al pais de Israel, se establecieron en Nazareth viviendo allí durante veintitres años en la oscuridad y pobreza, y sustentándose con el trabajo de sus propias manos; con lo que la santa familia ennoblecía las tareas más despreciadas, santificando los sudores arrancados por la fatiga y las ocupaciones que el orgullo humano mira con desprecio, enseñándonos á soportarlas con paciencia, á fin de conseguir el derecho á una vida mejor.

Así Jesucristo comenzaba su sacrificio de abnegación y humildad dándonos en su santa infancia lecciones divinas de sumisión, de sufrimiento y de docilidad, practicando con gusto cuanto el venerable José le mandaba. ¡Oh cuán inescrutables son los arcanos del Señor! Mientras tanto, Jesucristo iba creciendo para ser más tarde víctima santa por los pecados del mundo.

El divino niño contaba ya doce años y pudo acompañar á sus padres hasta Jerusalem; con ellos marchó para celebrar la festividad de la Pascua, según acostumbraban todos los años en cumplimiento de la ley de Moisés.

Terminada la santa solemnidad, José y María, juntamente con otras muchas personas, regresaron ya, formando diversos grupos, según el sexo y la edad y llegaron á su país. Entonces, al reunirse las familias, se observó que allí no estaba Jesús; San José pensaba que el divino niño acompañaba á su Madre y María á su vez creyó que su hijo iba con su esposo. ¡Terrible desengaño! Jesús no parece; nadie daba noticia de él. ¡Ah! ¿y quién podrá medir el profundo dolor de sus padres?

Por todas partes le buscaban, siempre con el sobresalto en el corazón, y no le hallaban....

¡¡Qué amargo desconsuelo!! Ya rendidos, vuelvense á Jerusalem, penetran en el templo y..... ¡Oh sorpresa! allí está Jesús siendo el oráculo y la admiración del pueblo y de los doctores de la ley, á quienes confundió con su celestial sabiduría!

María, entonces, impone silencio á su maternal corazón y, gozándose con la vista de su amado, á quien ya tres días le buscaba con inmenso dolor, se aproxima á él silenciosa y le dice llena de tierno amor: «Hijo mío ¿por qué has hecho así con nosotros? mira que tu padre y yo, sumergidos en un mar de penas, te buscábamos.» A lo que el amante Jesús responde con dulzura divina: «¿No sabéis que yo debo estar en las cosas que son de mi Padre? Y con esto después de haber dado gloria á Dios en el templo, regresó Jesús acompañado de sus queridos padres á Nazareth.

Allí continuó sumiso, ayudando á su padre nutricio, que trabajaba para el sustento de aquella santa Familia.

¡Qué espectáculo! Y pretenderá el hombre eximirse de la humillacion, de la fatiga y de la autoridad, al ver á todo un Dios que así obedeció y se sujetó al trabajo por nuestro amor? ¡Oh mansion aquella! qué santa, y qué feliz! Mas luego hubieron de llorar la Santisima Virgen y su hijo la muerte del santo patriarca. Nada dicen de este varon justo los evangelistas; pero ya era próximo el momento de la vida pública de Jesús, y se cree que antes de comenzar su predicacion asistió Jesucristo en los últimos instantes al venerable anciano San José.

LECCION V.

Predicacion y bautismo de San Juan, su vestido, comida y bebida.—Bautismo de Jesucristo.

Miéntras en la humilde morada de Nazareth silenciosamente se deslizaba la vida del augusto patriarca, en la soledad del destierro y lejos de la mundanal seduccion crecia, juntamente con la edad, en todo género de perfecciones un sér misterioso. Era el único y tierno vástago de los santos esposos Zacarías é Isabel. Allí en la oracion y austeridad preparábase este jóven para desempeñar más tarde el gran ministerio á que habia sido destinado por el cielo, como precursor del Cristo; cuando en el año décimo quinto del imperio de Tiberio César, segun los evangelistas, siendo gobernador de la Judea Poncio Pilatos y príncipe de los sacerdotes Anás y Caifás, vino la palabra del Señor sobre el santo hijo del sacerdote Zacarías, en el desierto; y el Bautista comenzó ya desde entónces su mision predicando el bautismo de penitencia para la remision de los pecados.

Por eso, este misterioso solitario preséntase ya intrépido ante los de Israel increpando con dureza á los pecadores obstinados y enseñando á las gentes los cami-

nos de la eterna salud; y tal era la energía de su palabra, que muchos se rendían vencidos por la irresistible elocuencia de tal predicador que, desde luego, se imponía á todos no por la potencia y esplendor humano, sino precisamente por su humildad, por la rigidez de su vida, por su austera mortificación; pues el precursor del Cristo ostentaba en todo la más severa penitencia; así es que su vestido, cual el de un pobre habitante de las soledades, consistía en una piel de camello, atada con una correa de cuero á la cintura; y su alimento se reducía á un poco de miel, siendo su única bebida el agua del Jordan: que con tales aparatos de rígida penitencia y sacrificio, hizo eficaz su activa predicación. Así, y en alas de su ardiente celo, dejaba oír por todas partes su vehemente palabra exhortando y diciendo á todos: «Haced penitencia porque se acerca el que ha de venir (refiriéndose al Mesías); preparad las vías del Señor y haced rectos sus caminos;» y esta voz misteriosa, resonando en la vasta soledad, penetraba el corazón de muchos, los que acudían á él confesando los pecados; siendo á la vez bautizados con el agua del Jordan todos los que se arrepentían.

Entre la multitud sencilla que presurosa se acercaba para escuchar al Bautista, acudieron así mismo, si bien con ánimo de burlarse de su austeridad y doctrina, muchos de los poderosos y doctores; y San Juan, iluminado de lo alto, sorprende las maquinaciones de aquellos, por lo que, ardiendo en celo é indignado, les increpaba diciendo: «Raza de vívoras ¿Quién os ha enseñado á huir de la ira venidera? Si estais verdaderamente arrepentidos, haced frutos de penitencia.» Mas á la vez que tan enérgicamente reprendía el Bautista á los hipócritas, recibía con dulzura á los pecadores arrepentidos y les daba lecciones de humildad, de justicia y de caridad; anunciando á todos que en pos de él vendría Aquél que les bautizará, no ya en agua, sino en Espíritu-Santo y en el fuego; y de quien él mismo no sería digno de desatarle las ligaduras de su calzado.

Así hablaba el santo precursor; y cuando con ansia esperaba la venida del Salvador prometido, preséntase de

pronto á sus piés pidiendo el bautismo una persona sobre cuya cabeza vió San Juan que, abriéndose los cielos, descendió en forma de paloma el Espiritu-Santo; á la vez se oyó una voz poderosa que decia: «Este es mi hijo, en quien tengo mis complacencias.» Así el Eterno testificó la divinidad de Jesucristo en quien habíanse realizado tales maravillas, las que fueron indicadas anteriormente á San Juan para que por ellas reconociera al Mesías.

En vista de estos prodigios, el santo precursor se anonadó y todo confundido ¡Ah, Señor, exclama, yo debo ser bautizado por vos ¿y quereis que yo os bautice? A lo que Jesús respondió:—Deja que se cumpla toda justicia; con esto ya no resistió el Bautista y bautizó á Jesucristo. Entonces fueron santificadas las aguas que más tarde sirvieron como materia del Sacramento del Bautismo, instituido por Nuestro Señor Jesucristo para nuestra regeneracion espiritual; y así mismo nos dió ejemplo de profunda humildad, recibiendo de manos de San Juan el bautismo que este santo precursor predicara para preparar á las gentes á la conversion. Es bien sabido que esta ceremonia del Bautista tan solo disponia á los pecadores á la penitencia á diferencia del bautismo de Jesucristo que, en virtud de sus méritos infinitos, habia de perdonar todos los pecados.

LECCION VI.

Tentaciones de Jesús en el desierto.—Explicacion de la Sagrada Escritura en Nazareth.

Luego que Jesucristo fué bautizado, como se aproximara ya la hora de comenzar su vida pública entre los hombres, se retiró al desierto para realizar más tarde el gran misterio de la redencion. Treinta años llevaba Salvador ejercitándose en la escuela de la humildad y abatimiento, para confundir así la soberbia y el orgullo

del hombre, y, sin embargo, quiso además prepararse al tremendo sacrificio con la austeridad, la oración y el ayuno; enseñándonos con su ejemplo cuál debe ser nuestra conducta en toda empresa y principalmente en los momentos difíciles y de prueba.

Jesucristo, pues, dice el evangelista, habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al fin sintió hambre. Entonces, permitiéndolo el Señor, se aproximó Satan tentándole con estas palabras: «Si eres hijo de Dios, had que estas piedras se conviertan en pan;» pero Jesús rechazó á tan astuto enemigo diciéndole: «No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de Dios.» ¡Oh! y á que reflexiones no se presta tan magnífica sentencia, porque, en verdad, nada debe importarnos tanto, como el hacer sobre todo la voluntad de Dios; que así satisfacemos las necesidades de nuestra alma, por lo que el Señor, á quien servimos, cuidará de nosotros con providencia especial.

Confundido Satanás con el dicho del Señor, no por eso desistió en sus pérfidas maquinaciones, y, valiéndose de la permission y poder que por entónces el mismo Jesucristo le concedía, se atrevió á trasportarle sobre lo más elevado del templo de Jerusalem, pretendiendo inducir á Jesús á que se arrojase de aquel lugar, pues que siendo Hijo de Dios, los ángeles le defenderian; por eso el tentador le dijo: «Si sois hijo de Dios, echaos abajo; porque escrito está que el Señor mandará á sus ángeles para que no se hieran vuestros pies;» con esto el sagaz enemigo se proponia averiguar si Jesucristo verdaderamente era Hijo de Dios; por eso le habia pedido un milagro; pero fué igualmente desechada la infernal sagacidad diciéndole Jesús: «Tambien está escrito no tentarás á tu Dios; cuya respuesta nos enseña la subordinacion en todo á la voluntad divina, sin que pidamos neciamente milagros ó algun suceso extraordinario para así persuadirnos de la providencia ó de la justicia divina.

La enérgica actitud de Jesucristo desconcertó los planes satánicos; y el tentador, cada vez más furioso, se apoderó segunda vez de Jesucristo; lo llevó á lo alto

de una montaña y con astucia satánica hizo que apareciese entonces á la vista de Jesús cuanto de fascinador y gloriosa grandeza encierran todos los reinos de la tierra, é intentando néciamente seducir al que es Santísimo y Omnipotente, vuélvese hácia él diciéndole: «Todo esto es mio, y yo te lo daré, si cayendo, me adorares.» ¡Terrible blasfemia! «Retirate, Satanás, respondió entonces Jesús, porque escrito está que adorarás al Señor, tu Dios, y á él solo servirás.»

Tales son y tan tenaces las instancias pérfidas de nuestro comun enemigo para perder nuestra alma; pues á medida que se le resiste, se esfuerza con más furor cercándonos, cual leon rugiente, para ver si nos arrebatara la gracia divina, excitándonos con sus asechanzas á que le adoremos entregándonos al mundo, á la vanidad y á todas las viles pasiones; pero Jesucristo nos ha enseñado á vencer al espíritu infernal en todos los terrenos, si, firmes nosotros en la fé y escudados con la oracion, el ayuno y la palabra divina, le resistimos resueltamente. Entónces ya humillado huye el espíritu malo y en cambio el ángel de la paz y la divina gracia vienen á morar en nuestra alma. Así Satanás, vencido por Jesucristo, huyó confundido y aterrado por la potente y divina palabra; y los ángeles del cielo descendieron para adorar á su Dios y servirle.

Jesucristo, despues que así nos enseña á triunfar de los enemigos del alma, abandona el desierto y regresa á las ciudades de Galilea, predicando á las gentes el reino de Dios y obrando por todas partes estupendas maravillas.

No quiso el Salvador privar de tan inestimables beneficios á los de su pueblo; al efecto, se dirigió luego á Nazareth y pronto se hallaba ya en la Sinagoga instruyendo á sus compatriotas. Grande fué el contento y entusiasmo que despertó entre aquellas gentes la presencia de Jesús; es que hacia tiempo anhelaban escucharle y ser testigos de sus milagros.

Era un dia de sábado y el divino Maestro, deseando iluminar la oscuridad de tantos entendimientos obcecados, tomó entónces el libro de Isaias aduciendo ante su

auditorio estas palabras: «El espíritu del Señor sobre mí, que me ha enviado para anunciar el Evangelio á los pobres; para curar á los afligidos; para dar libertad á los aprisionados y vista á los ciegos y para publicar el día venturoso en que se hará justicia.» Luego de haber manifestado Jesús esta profecía, cerró el libro; y dirigiéndose á sus oyentes, les dijo: «Cuanto acabais de oír se ha cumplido en mí; los nazarenos, entónces, ciegos, no quieren ver la luz divina, y á pesar de que ellos mismos estaban persuadidos de los prodigios que Jesucristo habia obrado, le resisten é hipócritamente escandalizados dicen: ¿No es éste el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede ser el Mesias? Inescusable incredulidad; pues que, ¿no era evidente el cumplimiento de las profecías en la persona de Jesucristo? sus frecuentes milagros, que doquier hacia ¿no demostraban así mismo la divinidad de aquél que, además, y sin haber estudiado las letras, confundia con admirable sabiduría á los doctores de la ley? Por eso el Salvador, viendo la mala disposicion de sus compatriotas, no quiso hacer en su pueblo los portentos que obrara en todas partes y, poseido de tristeza, les dijo: «Nadie es profeta en su patria;» por lo que aún más irritados los de Nazareth, quisieron precipitarle desde lo alto de un monte; pero el Salvador, imponiéndose á aquellos desgraciados, pasó á continuar su predicacion en Cafarnaun y otros pueblos.

LECCION VII.

Testimonio de la divinidad de Jesucristo por el Bautista.—Los primeros apóstoles.—Las bodas de Caná de Galilea.—Jesucristo en Jerusalen.—Expulsion de los profanadores del templo.—Jesucristo instruye á un doctor de la ley.

Hallábase el Bautista desempeñando su elevado ministerio en Betania, exhortando á todas las gentes á la penitencia y testificando la divinidad del Cristo-Jesús, cuando de pronto aparece allí el Salvador. No es fácil ponderar el contento que en esta ocasion sintiera el Bautista á la vista de su Maestro; así es que no pudiendo contener el santo regocijo de que él estaba animado, se dirige inmediatamente á las turbas y señalándoles con el dedo al santo Mesías les dice entusiasmado: «He ahí el cordero de Dios, este es el que quita los pecados del mundo:» Efectivamente, Jesucristo es la víctima voluntaria que, ofreciéndose en sacrificio al Eterno por los pecados del mundo, habia de borrarlos con su divina sangre.

La solemne declaracion de San Juan influyó decisivamente en dos de sus discipulos, quiénes en el momento preséntanse á Jesús y le siguen á todas partes. Uno de ellos llamábase Andrés, el cual, deseando hacer partícipe de tanta dicha á un hermano suyo, llamado Simon, le comunicó que habia visto al Mesías; con lo que tambien este hermano de Andrés siguió al divino Maestro; mas Jesús, mirando entonces al nuevo discipulo, le dijo con misteriosa palabra: «Tu te llamarás Céfás, que se interpreta piedra.»

Con este cambio de nombre entreveíase ya algun designio superior en favor de aquel discipulo; es que tan dichoso apóstol habia de ser más tarde la piedra angular del edificio místico de la Iglesia de Jesucristo.

Entretanto, y dirigiéndose el Salvador á Caná de Ga-

lilea para asistir á una boda á que estaba invitado, juntamente con su bendita Madre, encontró en el camino á Felipe, al que Jesús le dijo: «Sígueme;» y le siguió. Tal es el poder de la gracia; así es que, desde aquel momento, fué ya cual apóstol del Mesías; por eso, luego asoció con los mencionados discípulos á un amigo suyo, llamado Natanael, conocido más tarde por Bartolomé. Todos estos afortunados varones llegaron con Jesús á la ciudad de Caná y asistieron á la boda. ¡Felices esposos que merecieron la dicha de que el Hijo de Dios y su Santísima Madre presidieran aquella solemnidad!

Así Jesucristo santificó con su presencia el matrimonio, al que confirió luego su gracia elevandolo á la dignidad de sacramento.

Estaban, pues, los convidados gozándose en la más pura é inocente alegría de aquel festin, cuando la Santísima Virgen, observando que faltaba ya el vino y para evitar la confusion á los esposos, dijo á Jesús: «No tienen vino;» y el Salvador, luego de haber respondido á la Virgen palabras misteriosas, mandó á los criados de la casa que llenaran de agua seis ánforas que allí habia en los aparadores; los criados obedecieron y en el momento se convirtió aquella agua en vino muy delicioso; de cuyo milagro fueron testigos todos los circunstantes que, admirados, bendecian á Jesucristo. Esta fue la primera maravilla que presenciaron los primeros discípulos de Jesucristo, con lo que se robusteció tanto más su fé en la divinidad de su Maestro.

Luego de este suceso, Jesucristo regresó á Cafarnaun, en donde permaneció muy pocos dias, pues aproximándose la festividad de la Pascua, marchó con sus apóstoles á Jerusalem.

Cuando Jesús penetró en esta ciudad y vió la profanacion del templo, se indignó sobremanera contra los culpables y desperó por el suelo todo objeto de tráfico y arrojó á latigazos á los que allí negociaban, diciéndoles con poderosa voz: «Quitad todo esto de aquí y no queráis convertir la casa de mi Padre en casa de negocio.»

A tan enérgica increpacion nadie se atrevió á resistir;

es que entonces obraba la omnipotencia del Señor; por eso, todos sufrieron en silencio.

Todavía el Salvador realizó otros milagros, por lo que admirados los judios creyeron muchos; entre los cuales merece mencionarse por su fé activa, un famoso doctor de la ley, llamado Nicodemus, quien se presentó á Jesucristo é inmediatamente fué instruido por la Sabiduria divina, en órden á la salvacion eterna, concluyendo el divino Maestro con estas palabras: «En verdad te digo, que el que no renaciera de nuevo, no puede entrar en el reino de los cielos.» El doctor creyó en Jesucristo, reconociéndole como Hijo de Dios. En esta sentencia de Jesús, se alude sin duda, á la regeneracion espiritual por la gracia del Espíritu-Santo, mediante el bautismo, la penitencia y demás sacramentos.

LECCION VIII.

La Samaritana.—Jesucristo, en Cafarnaun, cura al hijo de un magnate y á un endemoniado.—Vocacion del publicano Mateo.—Pesca milagrosa en el lago de Genezareth.

Celebrada la festividad de la Pascua, el divino Enviado se dirigió á la Judea predicando por todas partes su celestial doctrina y confirmándola con prodigios innumerables. Las gentes, admiradas, le seguian; pero los fariseos, no pudiendo sufrir tales triunfos, trataron de perseguirle, por lo que huyó Jesús con direccion á la Galilea para continuar allí su mision divina.

Durante este viaje, visitó Jesucristo el país de Samaria para iluminar á los que yacían en las tinieblas del error y sombras de la muerte; pues que confundidos los samaritanos con los idólatras, ya no adoraban aquellos á Dios en su templo de Jerusalem, ni admitian más

libros que los cinco de Moisés, hallándose por otra parte en absoluta enemistad con los judios, con los que no tenían trato ni alianzas.

Por eso el Pastor celestial fué en busca de los extraviados samaritanos.

Ya en este país y cuando el Salvador de los hombres descansaba junto á un pozo, llamado de Jacob, llegó allí una mujer á la que el Señor pidió agua; lo que sorprendió á ella en extremo; pero el Salvador, que se valia de aquella circunstancia para convertirla, y á los de su país, le dijo: «Si conocieras el don de Dios, y quien te pide de beber, tu harías esta petición y él te daría agua viva que salta hasta la vida eterna.» El agua que promete Jesucristo es, sin duda, la santidad que, amortiguando las pasiones é inspirando tédio á todo lo perecedero, lleva la paz y el consuelo al corazon, elevándonos hasta Dios para hacernos despues eternamente felices.

La samaritana, cada vez más admirada, oye al Salvador y se apresura á pedirle la misteriosa agua; «dadme, Señor, le dice, de esa agua viva, para que no tenga yo más sed, ni venga aquí á sacarla.» Ya la divina gracia influía en el corazon de la samaritana, y el Salvador, disponiéndola á la justificacion, «id primero, le dijo, y llamad á vuestro marido.» «No tengo, respondió ella.» «Es verdad, dijo Jesucristo, cinco habeis tenido y el que ahora teneis no es el vuestro.»

Estas palabras penetraron vivamente en el corazon de aquella mujer y, al verse oprimida bajo el peso de tal acusacion y entendiendo que el que así descubria los secretos del alma era más que hombre (pues el trato ilícito de la samaritana ignorábase por todos sus vecinos), no vaciló aquella en confesarse culpable, disponiéndose así al perdón, pues, toda conmovida, dijo á Jesús: «ya veo, Señor, que sois profeta.»

Esta mujer tuvo la dicha de ser instruida acerca del culto con que debe ser honrada la Divinidad. Y luego, viendo Jesucristo la buena disposicion de aquella alma, que suspiraba por el Mesías, se reveló á sí mismo diciéndole: «Yo soy; el que habla contigo.»

La hija de Samaria, apenas se dá cuenta de tales maravillas y, presurosa, corre para anunciar tan fausta nueva á los habitantes de la ciudad: «venid, les decia, á ver un hombre que me ha dicho todos los secretos de mi vida.» Los samaritanos, pensando que fuera el Mesías, salieron y rogaron al Señor que permaneciese con ellos en la ciudad.

El Salvador premió tan buenos deseos y les acompañó durante dos dias, en los que predicó el reino de Dios y se convirtieron muchos samaritanos creyendo en Jesús y confesándole como el verdadero Mesías.

Al retirarse Jesucristo de Samaria se dirigió con direccion á Caná de Galilea, donde hizo muchos milagros, entre los que se cuentan la curacion del hijo de un magnate; el cual, en premio de su fé, no solo fué oido respecto a su hijo enfermo, pues luego quedó sano por la palabra de Jesucristo, sino que la influencia de la gracia divina trasformó el corazon de aquella familia y se convirtieron todos, siendo desde entonces discípulos del Salvador.

Acompañado el divino Maestro de sus discípulos extendía por todas partes la semilla de su celestial doctrina, confirmándola á cada paso con admirables maravillas, y en todos los momentos buscaba á los pecadores para enseñarles el camino de la vida eterna.

Hallábase Jesucristo dando sus instrucciones en la Sinagoga, cuando un hombre poseido del demonio gritó diciendo: ¿Qué tenemos que ver nosotros contigo? ¡Oh Jesús! ¿has venido á perdernos? é imponiéndole silencio Jesús le dijo: «enmudece y sal de ese hombre» el demonio furioso arrojó en tierra á su víctima y dando fuertes alaridos salió aquel espíritu malo con lo que aterrados los circunstantes decian: ¿qué es ésto, hasta los espíritus malos le obedecen?

Muchos fueron, en esta jornada de Jesús por el pais de Cafarnaun, los demonios expulsados de los cuerpos humanos, y los enfermos, sordos, mudos y ciegos que recobraban su salud y sus sentidos; por eso la multitud le seguia á todas partes para escuchar la palabra divina.

En esta ocasion y cuando Jesús se dirigia hácia las orillas del mar de Tiberiades, vió á un publicano, llamado Mateo, que era reputado como pecador, por su odiosa profesion de cobrar los impuestos á los judios; y el Salvador, volviéndose á él le dijo: «sigueme.» La gracia divina obró eficazmente y Mateo, abandonando todo le siguió con prontitud, Mas tarde fué éste publicano su apóstol é historiador, coronando sus fatigas, como luego veremos, con el martirio que sufrió por Jesucristo.

Despues de la vocacion del publicano Mateo, llegó Jesucristo á las riberas del mar, donde se agruparon tantas gentes que, el divino Maestro, sentándose en la barca de Pedro, entró en el mar; y desde allí les instruia. ¡Qué bondad la del Salvador!

Entónces se acordó tambien de sus apóstoles, los cuales en toda la noche habian podido pescar cosa alguna; y les acompañó. En esta ocasion y habiendo echado Pedro las redes, en nombre de Jesús, fué tan abundante la pesca, que apenas podia sostenerla la barca. Pesca milagrosa que simbolizaba la propagacion del Evangelio; pues en nombre de Jesús han recorrido los apóstoles el mundo convirtiéndolo al cristianismo. La barquilla de Pedro ha atravesado todos los mares; y las redes de la doctrina divina hanse extendido de Polo á Polo atrayendo así todos los reinos, todas las razas y todas las lenguas y esto á pesar de la oposicion de tantos enemigos y aun de la misma religion, cuyos dogmas, superiores á la humana inteligencia, han triunfado de la vana sabiduria, y cuya moral severa ha vencido la corrupcion y la molicie.

LECCION IX.

Eleccion de los doce apóstoles.—Sermon de la montaña.—Empieza Jesucristo la predicacion de las ocho bienaventuranzas.—Trata de la reconciliacion y otras virtudes; del juramento, del amor á los enemigos.

Luego de la milagrosa pesca en el mar de Tiberiades, Jesucristo saltó á tierra y pronto se halló otra vez oprimido por la inmensa multitud que le esperaba, viéndose precisado á elegir lugar conveniente, para que todos escuchasen la palabra de salud y vida eterna. Y el Salvador subió á una montaña. Allí, luego de haber orado, escogió de entre las turbas á doce discípulos, á quienes llamó apóstoles, pues que su mision era recorrer el mundo para convertirlo á la verdadera religion.

Estos operarios evangélicos son los siguientes: Simon-Pedro y Andrés su hermano, los hijos del Cebedeo, Santiago y Juan, Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo, Santiago, Tadeo, Simon cananeo y Júdas Iscariote, el traidor.

Hecha esta eleccion, el divino Maestro anunció á aquellas gentes una doctrina sobrenatural y hasta entonces nunca oida, y comenzando por señalar quiénes son en el mundo los verdaderamente dichosos, dijo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos será el reino de los cielos; bienaventurados los mansos, esto es, los humildes; los que lloran, esto es, los oprimidos injustamente; los que tienen hambre y sed de justicia ó de ser justos y santos; los misericordiosos; los limpios de corazon; los pacíficos; los que padecen persecucion por la justicia, esto es, los perseguidos por ser justos; por que de estos tales, decia, es el reino de los cielos y hallarán su recompensa eterna. E insistiendo el Salvador en la última bienaventuranza continuó: «dichosos sereis cuando os persiguieren por mi causa, alegraos entonces, pues será muy grande vuestra recompensa.» Es que

preveía el Salvador que en todos los siglos, hasta el fin del mundo, habian de levantarse persecuciones terribles y bajo todas formas contra la Iglesia; por eso, les anima y á sus sucesores, para que las resistan, firmes en la fé y en la santa esperanza de una gloria eterna. Así se explican tantos mártires, tantos héroes, que, fortalecidos por la gracia, han sabido vencer y triunfar de todos sus enemigos.

Prosiguió el Salvador dando instrucciones á sus apóstoles, para el desempeño de su elevado ministerio. «Vosotros sois, les dijo, la sal de la tierra y la luz del mundo; brillen pues vuestras obras delante de los hombres y así sea glorificado el Padre celestial.» Después exhortó á todos al cumplimiento de la ley, persuadiéndoles, al efecto, con la felicidad que les espera; é intimando por el contrario á los infractores con la desdicha eterna.

Así mismo, desarrolló los preceptos de la ley, prohibiendo, respecto al homicidio, no solo cuanto pueda precipitar al hombre á perpetrar crimen tan horrendo, sino cualquier otro acto, palabra ofensiva ó ademanes que de suyo tiendan á turbar la paz ó excitar las malas pasiones en nuestro prójimo; imponiendo además á todos la estricta obligacion de reparar cualquier injusticia. Por eso, les decia el divino Maestro: «si al tiempo de ofrecer ante el altar, allí recuerdas que tu hermano tiene queja contra tí, deja pronto tu ofrenda y vé primero á reconciliarte con él, no sea que te pongan en la cárcel; pues te aseguro que no saldrás de allí, sin que pagues el último maravedí.» Terrible sentencia, digna de nuestra meditacion.

Continuando la explicacion de la ley, reprueba todo pecado de impureza y hasta los deseos impúdicos. «El que mirare, decia, á una mujer con mal deseo, ya pecó en su corazon;» y previniéndonos contra todo género de tentaciones manifestó en seguida la necesidad de imponernos cualquier sacrificio, por duro que fuese; como lo significó con estas palabras: «si tu ojo derecho, esto es, lo más estimable está en ocasion de pecar, sácalo y arrójalo fuera, pues mejor es perder uno de tus miembros, que el que vaya todo tu cuerpo al infierno.» Ex-

poniendo luego la doctrina sobre el juramento, dijo: «No jureis, ni por el cielo que es el trono de Dios, ni por la tierra, pues es la peana de sus piés; sino decid sencillamente sí ó no; pues lo que á esto se añade de mal procede.» Habló del perdon de las injurias, de la mansedumbre y humildad y, para que evitemos toda contienda y principalmente las venganzas y ódio contra el prójimo, recomendó el amor, no solo á nuestros amigos, porque esto ya hacen los gentiles, decía, sino á nuestros mismos enemigos: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian;» animándonos con estas palabras: «para que seáis dignos de vuestro Padre celestial, el cual hace nacer el sol sobre los buenos y los malos...»

LECCION X.

**Continuacion del sermón de la montaña.—
Habla Jesucristo de la limosna, de la oracion
y el ayuno; condena la demasiada solicitud
por las cosas de la tierra afirmando que nadie
puede servir á dos señores, y concluye su dis-
curso con una bellissima semejanza.**

En el memorable acto de que se hace ya merito en la leccion anterior, cuando nuestro amantísimo Salvador, lleno de bondad y dulce amor por los hombres, exponia ante aquellas turbas, que en el monte le escuchaban, el plan divino de una doctrina sublime y consoladora; el augusto predicador se dignó así mismo prescribirnos entonces la obra excelente y saludable de la limosna y la forma humilde en que esta debe hacerse, si no se quiere perder su espiritual virtud. Por eso, á todos exhortaba Jesús á fin de que se cumpla accion tan laudable

y caritativa, no por vanidad y para ser vistos de los hombres pretendiendo así alcanzar en el mundo buena reputacion, porque entonces ya se ha recibido el galardón; sino que la caridad ha de practicarse tan solo por Dios y en obsequio de nuestro prójimo necesitado. «No sepa, decía á este propósito Jesucristo, tu mano izquierda lo que hace tu derecha, pues el Señor que vé en lo oculto te dará la recompensa.

Después habló la Sabiduría increada y, tratando de la oracion, recomendó, como condiciones que la hacen aceptable, la humildad y confianza; por eso debemos orar con perseverancia y viva fé, no para ser tenidos por buenos como los hipócritas ni tampoco con indiferencia y muchas palabras, sino que debemos dirigir al cielo nuestras plegarias con santo respeto y pureza de corazón. Y tal es el amor y misericordia del Señor que, en aquella misma ocasion solemne, él mismo nos dió la fórmula más acabada enseñándonos la bellísima oracion del *Padre nuestro*; cuya bendita plegaria encierra ciertamente cuanto necesitamos pedir de parte del alma y del cuerpo, á la vez que nos inspira santa confianza en Dios, para que le digamos Padre nuestro, nosotros, miserables pecadores. Además el divino Maestro, con el fin de que sean más eficaces nuestras súplicas, que con fé y esperanza debemos elevar á Dios, nos alienta al sacrificio de nuestro cuerpo por el ayuno; no para aparentar mortificacion, pues entonces la recompensa ya está recibida; sino por espíritu de penitencia y en obsequio á Dios, que vé nuestras obras más ocultas, y Él las remunerará. Por último, para que evitemos todos los obstáculos que se oponen á la práctica de la virtud, nos insta el Señor para que no fijemos nuestro corazón en las cosas de la tierra que hoy son y mañana desaparecen, animándonos á que atesoremos para el cielo; pues nadie puede servir á dos señores contrarios; porque ó amará á uno y á otro tendrá odio, ó si sirve al primero despreciará al segundo. Por eso, si miramos con afán los bienes de este mundo, á ellos se apegará nuestro corazón descuidando los eternos del cielo. No es posible servir á Dios y al mundo; así pues, continua Jesucristo,

no os acongojeis pensando qué comeremos ó con qué nos vestiremos; porque el Señor, á quien servís, cuidará de vosotros, tanto más, como lo hace con las aves del cielo y los lirios de la tierra. No penseis con afan en el dia de mañana, que él se traerá su cuidado; buscad primero el reino de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura.

No queráis juzgar, dice luego, para no ser juzgados; porque con la vara con que midiéreis sereis medidos. No seais como los hipócritas que advierten una mota en el ojo de su prójimo y no ven una viga en el suyo; y, continuando el divino Maestro su celestial enseñanza nos amonesta, á fin de que procedamos con nuestros semejantes como deseamos que ellos se porten con nosotros, advirtiéndonos tambien que las obras de cada uno serán las que den verdadero testimonio de lo que somos; porque no basta decir ¡Señor! ¡Señor! para entrar en el reino de los cielos, sino que es preciso hacer en todo la voluntad de Dios.

Por tanto concluye Jesucristo con el siguiente símil: «Todo el que escucha mi doctrina y la practica, será semejante á un hombre cuerdo, que edifica sobre buena piedra; el que la oye y no la practica, será como un nécio que edifica sobre arena; pues vienen las lluvias y soplan los vientos contra la casa del hombre prudente y no es destruida, porque está edificada en piedra; al contrario chocan las lluvias y los vientos contra la casa del nécio fundada sobre arena y cae destruida.

Tal es el plan divino, la doctrina, la moral sublime que desarrolló Jesucristo ante aquella dichosa multitud que, silenciosa y admirada, le escuchaba. Y bien ¿á cuál de los filósofos se le ocurrió jamás una moral tan pura y una doctrina tan sublime, ni siquiera el más mínimo precepto de tan hermoso código? Si en Jesucristo no hubiera otros testimonios que le acreditasen como el hombre-Dios, su doctrina, la excelencia y santidad de su moral arguye sobradamente la divinidad de su autor. ¡Benedita doctrina! Ella ha regenerado el mundo enalteciendo la debilidad, la humildad y la mansedumbre; al paso que condena el orgullo, la venganza, el ódio, la malicia,

todas las malas pasiones, á las que reserva un castigo eterno; mientras que al que sufre, al que padece por la injusticia del hombre, á los puros de corazón, á los que lloran, á los pobres, resignándose todos estos en la adversidad promete el Señor el reino de los cielos. ¡Ah qué bella enseñanza y cómo tiende á desprendernos de todo lo caduco y deleznable, para que solo fijemos en Dios nuestro corazón! Es, pues, divina, y su autor no puede ménos de ser Dios. Por eso, ella cambió la faz del mundo triunfando del corazón humano, formando héroes, y hasta millones de mártires. Prodigio insigne que por sí solo basta para probar la divinidad del Salvador.

LECCION XI.

Milagros de Jesucristo.—Curacion de un leproso.—Del siervo del centurion.—Viaje de Jesús á Gerasa y tempestad en el mar.—Curacion de dos endemoniados.—Ingratitud de los gerasenos.—Curacion de un paralítico.

Las gentes que escucharon á Jesús en la montaña, descendían ya de aquel lugar admirando y aplaudiendo tanta sabiduría y doctrina tan divina, cuando aún sin reponerse de su asombro aquellas turbas, observaron que el mismo predicador divino, al imperio de su palabra, sanó repentinamente á un pobre leproso. La fé, sin duda, y la humildad de aquel paciente, movió al Señor en favor suyo librándole de aquella enfermedad que tanto degradaba en concepto de los judíos; los cuales no consentían en su presencia á los invadidos de la lepra, y los separaban de toda comunicacion con los demás.

Figura exacta del pecado que corrompe el alma pri-

vándola de la gracia divina; pero así como el leproso alcanzó la salud por la fé en Jesucristo, el pecador puede quedar limpio de la lepra del alma, esto es, de la culpa, si en alas de su fé abre su corazon al arrepentimiento.

Jesucristo, haciendo bien por donde quiera que pasaba, encontró despues, al entrar en Cafarnaun, á un centurion; el cual, persuadido de la omnipotencia del Salvador é impulsado por la caridad, le suplicó la salud de un criado suyo que yacía para ítico en el lecho del dolor. En el momento Jesucristo se dispone á ver al enfermo para curarlo; pero esto que entiende el centurion, todo confundido, exclamó: «¡Ah, Señor! ¿vais á venir á mi casa? No, yo no soy digno de que entreis en mi pobre morada, mas decid una sola palabra y quedará sano mi criado.» Admirable fé la de aquel humilde militar; por eso la Iglesia ha aceptado y los fieles pronuncian todos los dias las palabras de aquél, en el solemne momento de recibir á Jesús sacramentado. ¡Ah y cómo confunde este gentil la indiferencia nuestra y nuestra fria y vacilante fé! El Salvador entonces, desplegando su poder, dijo al centurion: «Vé y sea segun lo has creído;» y en aquella hora fué sano el enfermo.

Con este motivo el Señor anunció la conversion del pueblo infiel y el castigo de los judios incrédulos, cuyo doble vaticinio ha tenido y tiene su más exacto cumplimiento; pues mientras en todos los pueblos del mundo se repiten aquellas palabras del centurion, los obstinados judios permanecen envueltos en las tinieblas del error. Terrible leccion para los cristianos, sino avivamos nuestra fé con las obras, nos exponemos á la fatal desgracia del pueblo judio.

El Salvador de los hombres, infatigable para iluminar á los pueblos que yacían en las tinieblas del error, se embarcó á este fin con sus discípulos dirigiéndose á la ciudad de Gerasa. Durante esta travesía permitió Dios que se levantara en el mar una tempestad terrible, que puso miedo á los apóstoles; los cuales, viendo á Jesús durmiendo con tranquilo sueño, junto á la popa del barco, no se atrevieron á molestarle; pero tal era ya y tan imponente la borrasca que, poseidos de temor, se acer-

caron á su Maestro diciéndole: «Señor, sálvanos, que perecemos;» despierta entonces Jesús y les dice: «hombres de poca fé ¿por qué teméis?» y en el instante mandó á los vientos y sobrevino la calma. ¡Admirable poder de Jesucristo!

Del mismo modo, en las borrascas del alma es pronto y seguro el divino auxilio, cuando lo imploramos debidamente. Como tambien es manifiesta la omnipotente majestad de Dios en la navecilla mística de la Iglesia. Las tempestades del infierno se desencadenan furiosas contra ella; el piloto divino, Jesucristo, parece dormir, cuando permite que todas las viles pasiones amenacen sumerjir á la Iglesia; pero el Señor está con ella, como en la nave de sus apóstoles y siempre la saca á salvo, como sucederá hasta el fin de los tiempos; pues que hasta entónces, esta misteriosa arca de eterna salud, tiene que cumplir la mision de salvar á todas las gentes. Y bien, ¿quién no sorprende en las vicisitudes de la Iglesia, el dedo de Dios, como se vió patente al calmarse las tempestades del mar?

Llegó por fin Jesucristo á Gerasa y, en el momento, se le presentaron dos endemoniados furiosos que, con sus aullidos y desesperacion, tenian consternado aquel país y se arrojaron á los piés del Salvador implorando misericordia. Jesús se compadece de aquellos desgraciados hombres y expulsó á los demonios que los poseían; si bien, por permission divina, los espíritus malos invadieron una piara de puercos que por allí habia; con lo que, estos se arrojaron precipitadamente en el mar y se ahogaron; mientras que los poseidos quedaron ya libres bendiciendo al Señor y siendo despues activos promulgadores de tales maravillas. Pero no así los gerasenos, los cuales, cegados por los intereses materiales y lamentando la pérdida de sus inmundos animales, desconocen al Bienhechor divino y, lejos de apreciar tan celestial visita, se apresuran ¡ingratos! á despedir á Jesús de aquel país; por lo que Jesucristo les abandonó. Terrible infortunio á que se hace tambien acreedor el cristiano que, ofuscado por la ambicion ú otras pasiones las prefiera á su Dios.

Después del mencionado suceso de Gerasa Jesucristo visitó una vez más á los de Cafarnaun, á quienes se hallaba instruyendo; á la sazón que caminaban en busca del divino Maestro, cuatro hombres, conduciendo sobre sus hombros á un paralítico.

Luego vieron estos la imposibilidad de penetrar ante aquel Bienhechor soberano, por la gran multitud que le rodeaba; y para realizar sus deseos, subieron por una escalera exterior del edificio, donde se hallaba Jesús; abrieron una brecha en el techo de la casa y por allí descolgaron la camilla, en la que yacía el enfermo, consiguiendo de este modo presentarlo delante del Salvador.

Así es la fé viva; hace prodigios, como la verdadera caridad vence todas las dificultades; pues que es ingeniosa y paciente.

Todos los circunstantes se asombraron extraordinariamente al observar este hecho, y Jesucristo, aplaudiendo la caridad de aquellos hombres y premiando la fé del paralítico, no solo quiso restituirle la salud del cuerpo, sino que ántes le procuró la del alma diciéndole: «Hijo, ten confianza; te son perdonados tus pecados.» Más así que oyen esto los fariseos que allí se hallaban, se escandalizan néciamente y dicen en su corazón.— Este hombre blasfema ¿quien puede perdonar los pecados sino solo Dios? pero Jesucristo, sorprendiendo en el interior de aquellos incrédulos tan impíos pensamientos ¿que es lo que pensáis, les dijo, qué es más fácil, decir te son perdonados tus pecados ó decir al paralítico levántate y anda? pues para que veais que el Hijo del hombre tiene potestad para perdonar los pecados «Paralítico, dijo entonces Jesucristo volviéndose al paciente, levántate, toma tu camilla y vete á tu casa;» y así lo hizo el enfermo entre la admiración de los circunstantes y la confusión de los escribas y fariseos.

Con esto el Señor no solo manifestó su omnipotencia y sabiduría infinita, sino también su misericordia divina, pues perdona los pecados de aquel hombre enfermo, cuyo acto es ciertamente del poder divino, según el mismo dicho de los fariseos: «¿quien puede perdonar los pecados sino Dios?» penetra el interior de aquellos blas-

femos, descubriéndoles sus pensamientos impíos; y luego confirma estas maravillas restituyendo al imperio de su voz la salud al afortunado paralítico.

Grande fué entonces la gloria que alcanzó Jesucristo; por eso aquel pueblo le aclamaba con entusiasmo alabando á Dios y á su Enviado; mientras que los detestables doctores de la ley quedaron cubiertos de vergüenza é ignominia.

LECCION XII.

Resurreccion de la hija de Jairo.—Jesús dá vista á dos ciegos.—Regreso de Jesucristo á Jerusalem y curacion del paralitico de la piscina.

En todos los momentos que el Salvador vivió entre los hombres, se empleaba sin tregua ni descanso en socorrer á los necesitados y consolar á los que sufrían; por eso siempre y en todas partes presentábanse á tan bondadoso Bienhechor en demanda de alivio y consuelo todos aquellos seres sobre los que pesaba la fatídica mano del infortunio.

Por eso, y animado de fé viva y con la esperanza de hallar remedio á su desgracia, se presentó también á Jesucristo un príncipe de la sinagoga. Era Jairo, padre tiernísimo que, temiendo por la vida de su hija, no vaciló en acudir al Médico divino, rogándole con vehementes instancias á fin de que se dignase acompañarle á su casa, pues que allí yacía en el lecho del dolor y próxima ya á morir una hija, jóven de doce años, á la que Jairo su padre amaba mucho.

Entonces el bondadoso Jesús escucha compasivo los ruegos del acongojado padre y se dirige luego al lugar de la enferma.

La gran multitud que siempre rodeaba al Salvador le sigue también ahora, para ver, sin duda, un nuevo portento.

A impulsos de esta esperanza caminaban todos, cuando de pronto se detiene el Salvador y dirigiéndose á una mujer, le dice estas consoladoras palabras: «Hija, confía, tu fé te ha salvado.» Aquella afortunada era una enferma que, ya bastantes años, venia sufriendo sin alivio hemorragia incurable; y ella, movida por la fé en Jesucristo, creyendo recobrar luego la salud, si lograba siquiera tocar el manto del divino Maestro, consiguió al fin este deseo; por eso, y premiando el Señor tan viva fé, restituyó en el momento la salud á la enferma, la cual cesó de padecer su inveterada dolencia.

Apenas sucedió aquel prodigio y ya se presentaron unos amigos de Jairo diciendole; que no molestase al Maestro, pues que la niña habia muerto; mas entonces el amante Jesús, consolando á aquel afligido, le dice lleno de ternura: «No temas; crée y tu hija vivirá.»

Mientras tanto Jesús y los que le habian seguido llegaron al termino de aquel viaje. Un espectáculo por demás triste se ofreció entonces á la vista de todos; y los lamentos de afliccion y angustia se confundian con los lúgubres plañidos de dolor y todo estaba revelando algun infausto suceso: efectivamente, la jóven hija del afligido Jairo, habia espirado ya.

Mas Jesús que no en vano habia dicho á aquel desconsolado padre palabras de ternura y confianza, no se detiene ante la angustiada multitud y acompañado de los predilectos discípulos Pedro, Santiago y Juan y de los padres de la jóven difunta, penetró con paso de imponente majestad en la casa mortuoria, y acercándose al lecho de muerte y tomando la inerte mano de aquel cadáver exclama con poderosa palabra: «Niña, levántate, yo te lo mando.» Inmediatamente la muerte huyó vencida, y la jóven difunta, reanimada por la prepotente virtud de Jesucristo, abandona luego el lecho mortuario y se levanta ostentando robusta vida. ¡Oh y cuán grande es el poder de Dios!

Los tres predilectos discípulos de Jesucristo casi dán

crédito á sus ojos; el padre y la madre de la jóven, los circunstantes todos, llenos de áombro y confundidos no saben sino admirarse y alabar al Señor que así se manifestaba en favor de los hombres, obrando, al efecto, tan estupendas maravillas. No es posible dar ni ligera idea del gozo y júbilo de los afortunados padres, ni del entusiasmo y alegría que entonces se apoderara de aquellas gentes; pues tenían á su lado al Bienhechor Soberano de los pobres y de todos los necesitados.

Tan pronto como Jesucristo salió de la mansion mortuoria, apareciéronse entre la inmensa muchedumbre dos pobres ciegos que, anhelando la luz de sus ojos, suplicaron con instancia al Señor diciéndole con gritos de triste dolor: «Jesús, hijo de David, ten piedad de nosotros.» Ellos no ven al Médico divino; pero saben por las turbas que allí estaba su Salvador y, animados de viva fé y esperanza de ser sanos insisten clamando hasta que, compadecido el amoroso Jesús, les dijo con admirable dulzura: ¿creeis que yo puedo sanaros?; sí lo creemos, dijeron ellos; y el Señor, premiando esta fé, sea, dijo, segun lo creeis, y entonces mismo fueron abiertos los ojos de aquellos afortunados ciegos.

El divino Maestro que seguido de sus discípulos recorría todos los pueblos en busca de los pecadores, volvió por segunda vez á la ciudad de Jerusalem, en donde se hallaban reunidos entónces muchos judios para celebrar la fiesta de las Suertes. Es que el Salvador, celoso de las almas, iba á anunciarles la palabra de salud y á dar testimonio de su divinidad con nuevos portentos.

En esta ocasion, pues, se acercó Jesucristo á un lugar de Jerusalem donde yacían infinidad de enfermos; era un estanque cuyas aguas, cuando un ángel del cielo las movía, tenían la virtud prodigiosa de curar de cualquiera enfermedad al primero que las tocase despues del ángel.

Allí, y bajo uno de los pórticos que circundaban el estanque, vió Jesús, entre otros enfermos, á un paralítico, tendido en su cama; y dirigiéndose á él le dice: «¿Quieres ser curado?» «Señor, respondió el paciente, treinta y ocho años ha que estoy esperando el movimiento del

agua, pero no tengo hombre que me aproxime á la piscina (que así se llamaba el estanque) en el crítico instante, y todos bajan ántes que yo.» Jesús, compadecido, le dice entónces: «levántate, toma tu camilla y anda.»

La palabra divina es eficaz y, por eso, en el momento fué sano aquel enfermo é hizo como se lo ordenaba Jesús; cargó con la camilla al hombro é inmediatamente se fué al templo á dar gracias á Dios; pues bien entendia que tal beneficio era obra suya. Allí se le presentó Jesús advirtiéndole que no volviese á pecar no sea que le sucediera algo peor.

Mientras tanto los fariseos, indignados contra Jesucristo, se atrevieron á acusarle por haber hecho este milagro en dia de fiesta. ¡Hipócritas! ¿Acaso en dia festivo se prohíbe dar gloria al Señor, como sucedió en éste caso y en todo otro milagro? ¿ó acaso Dios, autor de la naturaleza, no obra incesantemente para que no vuelvan á la nada sus criaturas? Mas el Salvador, revestido de autoridad, como hijo de Dios, confundió á sus acusadores; los cuales, al entender que Jesucristo se habia dicho así propio hijo de Dios, ya no pudieron resistir de rabia y juraron darle la muerte.

Tan grande era la obcecacion y dureza de los perversos fariseos, que no quisieron reconocer la divinidad de Jesucristo á pesar de los innumerables milagros que él mismo obraba en testimonio de su mision divina y sin que nada resistiera nunca al imperio de su voz, pues toda la naturaleza, los mares y los vientos, la enfermedad y la muerte y las mismas potestades del averno estaban siempre obedientes á la voluntad de Jesucristo. Pero sin embargo de tanta evidencia no vieron, no quisieron ver y tan solo deseaban acabar con el Justo; que á tales abismos arrastra la pertinacia y las pasiones.



LECCION XIII.

Parábolas del Salvador.—1.^a, del sembrador.—2.^a, del grano de mostaza.—3.^a, del trigo y la cizaña.—4.^a, del tesoro escondido.—5.^a, de la margarita preciosa.

Después de la curación del paralítico de la piscina, Jesucristo regresó á Cafarnaun y allí, tanta era la multitud que le seguía ávida de enseñanza, que el Salvador, evitando aquél confuso tropel, se dirigió á las riberas del mar y entró en un barco que flotaba junto á la orilla, desde cuyo sitio, el divino Maestro habló á las turbas que le escuchaban en la playa.

Deseaba Jesucristo hacerse entender aun de los más ignorantes y, al efecto, se valió de ejemplos y semejanzas muy sencillas; por eso, y previniéndoles también para que no perdiesen el fruto de la predicación, principió aquél Doctor divino, exponiéndoles la

PARÁBOLA DEL SEMBRADOR.

En este símil de la semilla arrojada en la tierra por el labrador, hizo ver Jesucristo que aquella dará ó no fruto, según que caiga en terreno bien ó mal preparado; por eso les dijo; el grano que cayó en el camino y el que cayó entre piedras, así como el que cayó entre espinas se perdió y no dió fruto; mas la semilla que cayó en buena tierra dió el ciento por uno.

Así sucede, continúa Jesucristo, con la palabra divina, simbolizada en la semilla de la parábola; será ó nó fructuosa, según la disposición del que la recibe; pues el que oye la palabra de Dios y no la observa la hace desde luego estéril y no dará frutos.

Por el contrario, el buen siervo que la escucha con docilidad y la conserva en su corazón, recibe seguramente el fruto más abundante de virtudes, de gracia y de eterna recompensa, como lo significa aquél grano

de simiente que, cayendo en buena tierra, dió el ciento por uno.

El divino Maestro continuó su predicacion exponiendo á sus oyentes otra

PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA.

Semejante es, decia, el reino de los cielos á un grano de mostaza, que cuando se siembra ésta semilla es la más pequeña de todas; pero despues crece y se hace mayor que todas las legumbres, y echa ramas tan grandes, que las aves del cielo pueden reposar bajo de su sombra.

El significado de esta parábola, es que la Iglesia, llamada tambien reino de los cielos, habia de aparecer en su principio muy reducida; pero que en la série de los tiempos se agrandaria extendiéndose á toda la tierra y dominando en todos los corazones.

Tambien puede significar la gracia sobrenatural que se inicia al principio casi imperceptible y despues se desarrolla en el alma hasta producir obras sublimes y muy perfectas.

El Salvador expuso luego la

PARÁBOLA DEL TRIGO Y LA CIZAÑA.

Semejante es, dijo, el reino de los cielos, esto es, la Iglesia (en cuya acepcion se recibe aquí la palabra reino,) á un hombre que sembró buen trigo en su campo pero que se descuidó y entonces un hombre enemigo echó cizaña en medio del sembrado. Al apuntar la espiga se observó tambien la cizaña y los criados lo dijeron á su señor, para que les permitiera arrancar esta mala yerba; pero él les dijo, algun enemigo mio la ha sembrado, mas dejadla hasta la siega, no sea que al separar la cizaña arranqueis tambien el trigo; pues entonces yo mandaré á mis segadores que cojan primero la cizaña en gavillas y la arrojen al fuego y luego recojan el trigo en el granero.

Despues Jesucristo, á petición de los apóstoles, les ex-

plicó esta parábola diciendo: El que siembra el trigo, ó sea la verdad, es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena simiente son los hombres buenos; la cizaña son los malos; el enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles.

Así pues como se recoje la cizaña para quemarla, sucederá con los malos al fin del mundo. Dios mandará á sus ángeles, para que separen á los perpetradores de la iniquidad y los arrojarán al fuego eterno. Allí será el llanto y crujir de dientes; mientras que los buenos serán introducidos en el reino de Dios donde brillarán sus obras. «El que tenga oídos para oír, concluye Jesucristo, oiga.»

Lección elocuente que nos enseña cuán solícitos debemos estar para que no penetre en nuestra alma la fatal semilla del pecado, que Satanás con astucia intenta introducir en nuestras obras, separándonos además de los hombres malos que corrompen el corazón. Así podemos esperar seguramente un fin glorioso, al paso que los malos serán arrojados á los ardores sempiternos.

Todavía prosiguió el Salvador y explicó á las turbas la

PARÁBOLA DEL TESORO ESCONDIDO.

Con éste símil, sin duda, significaba el divino Maestro lo inestimable que es pertenecer á la verdadera Iglesia, que él instituyera, y por lo que debemos trabajar gozosos y hasta despreciar todo; como el hombre, que se refiere en esta parábola, el cual, así que encontró el tesoro escondido en un campo, vendió cuanto tenía y fué gozoso á comprar aquel terreno.

Así mismo refirió la

PARÁBOLA DE LA MARGARITA PRECIOSA.

Esta piedra preciosa puede significar la Iglesia de Jesucristo y su divina religión por la que debemos renunciar todo; dijo, pues, el Salvador. Es el reino de los cielos semejante á un hombre que trafica en piedras preciosas; le viene á las manos una muy estimable y pronto vende todas las demás para comprar aquella.

LECCION XIV.

Jesucristo predica otra vez en Nazareth y los suyos no le recibieron.—Prision del Bautista.—Jesucristo instruye á sus apóstoles y les envia á predicar por los pueblos de Galilea.

Luego que el divino Maestro concluyó sus admirables y santas instrucciones, se volvió otra vez á Nazareth, su pátria, en donde predicó y confirmó su doctrina, curando á los enfermos y obrando otros milagros; pero los nazarenos, en medio de su admiracion, no quisieron reconocerle; antes al contrario, escandalizados, exclamaron: ¿no es este el hijo del carpintero? Es que el orgullo dominaba el corazon viciado de los de Nazareth y, sin duda, querian ver en el Mesías á un gran conquistador, lleno de esplendores y de gloria ¡qué contraste! Jesucristo vino á salvar al mundo por la humildad y el sacrificio.

Vista la incredulidad de aquellas gentes, Jesucristo, poseido de sentimiento y dolor, abandona al pueblo que tanto amaba. ¡Triste abandono para aquellos desgraciados!

Por este tiempo, obligado el santo precursor del Mesías á dejar la Judea, á consecuencia de las maquinaciones que contra él movian los fariseos, se retiró para ejercer su ministerio en la Galilea, donde á la sazón imperaba Herodes Antipas. Era éste príncipe de malas costumbres y vivia disolutamente con la mujer de su hermano Filipo, siendo el escándalo de aquel país por lo que el Bautista, inspirado en santo celo, no cesaba de reprender al príncipe tan criminal conducta. «No te es lícito le decia, tener por esposa á la mujer de tu hermano». Esta increpacion aterraba al príncipe que, en medio de su disipacion, temia; porque respetaba, á la vez al santo precursor, pero no así sucedia con la impúdica mujer de Filipo, llamada Herodías, pues encen-

dida en furor y llena de coraje contra el rígido profeta, que así la interrumpía en sus desenfrenados placeres, solo maquinaba vengarse de él, por lo que insistía con empeño delante de Herodes, para que quitara la vida al que así se atrevía á reprimirles.

Herodes vacilaba en tal resolución, porque amaba al Bautista, pero accediendo en parte á las pérfidas instancias de Herodías, resolvieron hacer callar á aquel censor celoso encerrándole en la cárcel.

De esta suerte se vieron ya libres los culpables de las severas amonestaciones del Bautista.

Eran los días de la prision del santo precursor, cuando el Salvador de los hombres, viendo que ya se aproximaba la hora de consumir el gran sacrificio de redención, convoca á sus apóstoles é instruyéndoles para el desempeño de la gran misión que debían ellos continuar á la muerte de su Maestro, les dijo: «Id y predicad que se acerca el reino de Dios: Enseñad á todas las gentes; el que creyere y fuere bautizado se salvará; el que no creyere se condenará: En mi nombre arrojareis los demonios, curareis los enfermos, limpiareis los leprosos y resucitareis á los muertos: No llevareis oro ni plata ni moneda alguna ni dos vestidos, porque digno es el operario de recompensa; esto es, de que se le atienda en sus necesidades: Donde quiera que entreis decid primero: *la paz sea con vosotros* y si no os recibieran ó no escucharen vuestras palabras, salid de aquél lugar y sacudid el polvo de vuestros pies; pues os digo que Sodoma y Gógorra fueron tratadas con ménos rigor que lo será aquella ciudad.» Terrible sentencia contra los pueblos y los hombres, resistentes al ministerio de la palabra divina.

«Mirad, continúa Jesucristo, que yo os envié como ovejas en medio de lobos, esto es, indefensos y sin otras armas que la palabra, ante los perseguidores de la religión y de la moral; mas no temais á los que solo pueden matar el cuerpo, sino temed al que puede condenar vuestro cuerpo y alma eternamente. Os entregarán á los tribunales y os azotarán en sus sinagogas y seréis aborrecidos todos á causa de mi nombre, pero confiad, que yo he vencido al mundo.»

Bien preveía Jesucristo las persecuciones que habían de suscitarse en todos tiempos contra sus discípulos y su Iglesia; por eso, desde que fué anunciado el reino de Dios por los apóstoles, no han cesado, antes cada día arrreñan toda clase de ataques, ya violentos, ya mansos contra la religión y sus ministros. Mas sin otra defensa que la caridad y el sufrimiento de las víctimas, estas triunfan á despecho de sus enemigos y la Iglesia puede decirles: «Ví al impío exaltado y elevado, pasé y..... ya no estaba. ¿Dónde están sinó tantos y tan crueles perseguidores que encharcaron la tierra con tanta sangre cristiana? ¿Dónde están los sofistas y tantos herejes? Confiad, había dicho Jesucristo yo he vencido al mundo por eso su Iglesia, esa esposa mística del Salvador, levántase, á pesar de tales persecuciones, victoriosa y radiante de esplendor y de vida enseñando al mundo que ella no es de la tierra, y por eso vive hasta el fin de los siglos, para continuar su glorioso reinado en los cielos. «El que os escucha, dijo también Jesucristo, á mí me escucha, y el que á vosotros desprecia, á mí desprecia y al que me envió.» Tan grande es el ministerio de los sacerdotes y tan tremenda la responsabilidad en que incurren los que no estiman esta dignidad sagrada.

Luego que Jesucristo instruyó á sus apóstoles, les envió de dos en dos á predicar por los lugares y villas de la Galilea, y ellos así lo hicieron, pues llenos de fé y celo por la gloria de Dios, exhortaban á todos á la penitencia, anunciándoles el advenimiento del Mesías y, confirmando esta predicación con todo género de prodigios, lanzaban á los demonios de los cuerpos y curaban á los enfermos, ungiéndoles con óleo en el nombre del Señor. Esta unción, según el concilio de Trento, figuraba el sacramento de la Extrema-Unción que fué después instituido por Nuestro Señor Jesucristo.



LECCION XV.

Jesucristo resucita al hijo de la viuda de Naim. —Elogio que hace el Salvador de San Juan Bautista.

Quando los discípulos del Señor se habian extendido, en cumplimiento de su mision por los pueblos de la Galilea; el Salvador, acompañado de otros discípulos y multitud de gentes, caminaba con direccion á Naim, y, al aproximarse á las puertas de esta ciudad, presenci6 un acto fúnebre; era el cadáver de un jóven al que conducian para enterrarlo en las afueras de aquél lugar. La madre viuda seguia al féretro, llena de dolor y clamando por la pérdida de su hijo único, y el Señor, que disponia todos los sucesos para testificar al mundo la venida del Mesias, compadeciéndose á la vez de aquella afligida madre «no llores, le dice.» Mas... ¿qué consuelo podia ofrecerle aquél humilde jóven de Nazareth á una madre que llora la muerte de su hijo? y sin embargo la desconsolada mujer sintiose luego inundada de gozo, y su corazon maternal palpitaba á impulso de un sentimiento desconocido de gratitud, de amor y de alegria. Es que Jesucristo, acercándose al féretro, dice al difunto: «jóven, levántate, yo te lo mando:» y en el instante la muerte devuelve su víctima y el hijo de la viuda recobra la vida; siéntase sobre el lecho mortuorio y at6nito, como lo estaban cuantos presenciaron aquél prodigio, habló cual si quisiera persuadirse de su resurreccion. Así el divino Jesús entregó vivo el hijo á la afortunada madre que, toda sorprendida, glorificó al Señor juntamente con los circunstantes, los que llenos de asombro exclamaron: «bendito sea el Señor, porque ha visitado á nuestro pueblo enviándonos al Mesias prometido.»

¡Ah! y cuántas veces se renueva místicamente este portentoso en nuestros mismos dias, cuando la potente voz de Dios resonando en el corazon del pecador le resucita de la muerte del pecado á la vida de la gracia!

Cuando aconteció el gran milagro verificado por Jesucristo, devolviendo la vida al jóven difunto de Naim, hallábase todavia el Bautista encerrado en la prision, á donde los discípulos de éste le llevaron tan estupenda noticia y la de tantos otros prodigios como el Salvador realizaba todos los dias.

El santo precursor se alegró sobremanera de tales triunfos de su Señor Jesús y, entendiendo que se le ofrecia entonces magnífica ocasion para promover la mayor gloria del divino Maestro y despertar la fé en aquellos discípulos, los envió desde luego, para que así se persuadiesen ellos mismos de que Jesús era en verdad el Mesías esperado. Así en efecto sucedió, pues los discípulos del Bautista, tan pronto como se presentaron ante Jesús preguntándole si era el Mesías, fueron contestados de la manera más elocuente remitiéndolos, á este propósito, el mismo Señor á los enfermos que habia sanado y á los ciegos, cojos y paralíticos que en aquel instante y solo al imperio de la palabra acababa de curar; á fin de que así se convencieran los enviados por sus propios ojos de las obras divinas que acreditaban ciertamente que Jesucristo, su autor, no podia ménos de ser el verdadero Mesías; por eso les dijo entonces: «Id á Juan y decidle lo que habeis visto; los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan y los muertos resucitan.»

¡Oh admirable poder! Jesucristo habla y nada resiste á su palabra, y los vientos le obedecen, y los demonios huyen confundidos, y la vida y la muerte, toda la naturaleza, en fin, se humilla y tiembla ante aquella voz potente, y esto sin otro aparato ni auxilio que la sola voluntad de Jesucristo.

¿Cuándo el génio del hombre y los progresos más atrevidos arrancarán á la naturaleza un poder semejante? En verdad que las obras de la criatura nunca se confundirán con las del Criador; porque ¿quién puede hacer tales portentos, sino Dios? Jesucristo, pues, es Dios. Tal era la conviccion que llevaban acerca de Jesús los discípulos del Bautista.

Apenas estos se retiraron, dirigiéndose el Salvador á los circunstantes, les habló con entusiasmo del Bautista

llamándole más que profeta y advirtiéndoles que de él habíase escrito: «Mira que yo envío mi ángel delante de tí para preparar al Mesías un pueblo perfecto.» En verdad os digo, prosiguió Jesucristo, que entre los nacidos de mujer no ha salido mayor (profeta) que Juan el Bautista, sin embargo el menor en el reino de los cielos es mayor que él.»

Luego que Jesús hubo hecho elogios tan sublimes de éste profeta, amenazó con terribles castigos á todos los que, á pesar de tantos prodigios y predicaciones, permanecían rebeldes é impenitentes, si bien luego, movido de misericordia, concluyó diciéndoles: «Venid á mí los que os hallais fatigados y yo os aliviare, porque mi yugo es suave y mi carga ligera.»

¡Oh y qué consuelos nos ofrece nuestro Salvador; pues todos los dias de nuestra vida laboriosa, nos llama así para que descansemos en su amoroso corazón; y cuando en medio de nuestros quebrantos, el mundo despiadado nos desprecia, solo Jesús extiende sus brazos misericordiosos esperándonos, para aliviarnos del horrible peso de nuestras culpas, comunicándonos en cambio la gracia y su divino amor, que alivia todas las inquietudes con esperanza de una eterna felicidad.

LECCION XVI.

Conversion de la Magdalena.—Admirable doctrina del Salvador contestando á las secretas murmuraciones del fariseo Simon.

Recorria Jesucristo las villas y lugares de la Judea enseñando á las gentes su celestial doctrina, á la vez que obraba todo género de milagros en favor de los necesitados, cuando en las cercanías de Naim se presentó al Salvador una mujer, á la que el evangelio llama la pecadora, pidiéndole el perdón de sus extravíos. Era

ésta una jóven de familia distinguida, hija de Sir y de Eucaria, segun San Antonino, cuya jóven residia en un castillo de su propiedad, llamado Magdalon; de donde sin duda tomó aquella el nombre de Magdalena. Huérfana esta de padre y madre vivió muy poco tiempo en compañía de sus hermanos Lázaro y Marta, jóvenes muy virtuosos y de los que disentia mucho Magdalena, la cual, de carácter alegre y génio vivo, gustaba de las ilusiones vanas, y enamorada de sí misma, porque era en extremo hermosa, se complacia en ser visitada é interesar con los atractivos de sus galas á cuantos jóvenes se decidian frecuentar aquel castillo; pues fijaba su felicidad en amar y ser amada.

Este género de vida desde luego era criminal á los ojos de Dios; porque con tales escándalos y seductoras maneras, provocaba con viveza el impuro amor; mas segun sentir de algunos intérpretes, el alma de aquella jóven no llegó nunca al fondo de tan degradantes pasiones; así nos lo aconseja tambien creer su mismo carácter.

La jóven Magdalena, era de corazon noble y de sentimientos dignos, y el alma que así siente, aun en medio de sus extravios, conserva su dignidad; por eso aquella alma de fuego, amó despues tanto á Dios. Tal era María Magdalena (segun los más autorizados críticos.)

En éste tiempo predicaba Jesucristo cerca del castillo de Magdalon, y su doctrina de humildad y pureza y de amor divino embelesaba á las gentes, y en vista, por otra parte, de los muchos prodigios que Jesús obraba le seguian bendiciéndole y le aclamaban como el Mesías.

Estos sucesos penetraron tambien en aquel castillo, por lo que María Magdalena pudo oir al Salvador, cuya palabra divina hirió el corazon de la pecadora, la que desecha en lágrimas de arrepentimiento y de amor divino sintió el vacío de los placeres vanos; de esos goces rápidos, caducos, casi siempre mezclados con el pesar, la inquietud y el remordimiento; y Magdalena pensó que debia buscar para su corazon ardiente un objeto más puro, más cierto; la virtud el amor de Dios; eso es lo que ofre-

cia Jesucristo y lo que únicamente puede satisfacer nuestros deseos de felicidad; por eso Magdalena ya no vacila, no consiente vivir por más tiempo fuera de su Dios y, en alas de tan puros sentimientos, busca á Jesús, que á la sazón se hallaba convidado á comer en casa de un fariseo.

Nada detiene á la penitente para presentarse ante el Señor en demanda de perdon; y haciéndose superior á los vanos respetos, penetra en la morada del fariseo, llevándo un vaso de alabastro, lleno de aceite aromático. Así que Magdalena vió á Jesucristo, no atreviéndose á mirarle, se arroja á sus piés, los humedece con sus lágrimas, los limpia con sus cabellos, los besa con arrepentimiento y santo amor y los unge con sus aromas.

El fariseo Simon se escandaliza en su interior, y Jesús, que penetra los más secretos pensamientos, le dirige una viva mirada diciéndole: «Simon, tengo algo que decirte.» Maestro, decid, respondió el fariseo.» «A un acreedor, prosiguió Jesús, debian dos sugetos; el uno, quinientos reales; y el otro, cincuenta. No teniendo estos con que pagar, les perdonó lo que ambos debian; dime, ¿cual de éstos debe amar más á su acreedor? y contestó Simon, «Aquel á quien más se le perdonó. Muy bien has juzgado, replicó Jesucristo» y mirando entónces á la mujer, dijo á la vez á Simon «¿Vés esta mujer,»? yo entré en tu casa y no me has dado agua para lavar mis piés, ni ósculo de paz, ni has unguido mis piés; mas ésta los ha bañado con sus lágrimas, ésto és, con las del arrepentimiento y amor puro; por lo que les son perdonados muchos pecados, por que amó mucho; y volviéndose Jesús á la penitente le dijo; «tu fé te ha salvado; véte en paz.» La paz del corazon, la paz del alma, estos son los frutos que se sienten inmediatamente á la conversion.

Magdalena, rendida á la gracia, huella ya los humanos devaneos, purifica el alma con el verdadero dolor de sus pecados, y ama á Dios con el más puro é intenso amor, con ese amor divino, unico que sacia verdaderamente y hace feliz al que lo siente. Desde este momento María Magdalena emprende por el objeto de su amor

una vida de austeridad, de sacrificio y de humildad; siguiendo paso á paso las huellas del Salvador, hasta el mismo patibulo, donde más tarde le vió ofrecerse en sacrificio por la redencion del mundo.

Tal és el amor divino y tal fué la conversion de la ilustre penitente, María Magdalena.

LECCION XVII

Degollacion del Bautista.—Muerte de Herodes, Herodias y Salomé.—Multiplicacion prodigiosa de los cinco panes y dos peces en el desierto de Betsaida.

Habian trascurrido ya siete meses, que el santo precursor del Cristo-Jesús, sufría en la cárcel, por haber reprendido enérgicamente los desórdenes de Heródes, y de su cómplice la adúltera Herodias; pero sin embargo, ésta infame y vengativa mujer aún estaba inquieta sino derramaba la sangre del santo prisionero y no descansaba su corazon de hiena hasta conseguirlo; por eso buscaba sin trégua tan codiciado momento, y al fin se le presentó.

Era el dia natalicio de Herodes, y luego de haber este celebrado un gran festin, juntamente con los dignatarios de la córte y del ejército, cuando se hallaban disfrutando de aquella magnificencia y entre los acordes de la música, penetró en la sala del banquete, para lucir sus galas y recrear á los concurrentes, una hermosa jóven ricamente aderezada. Era Salomé, la hija de la impura Herodias que, instruida por su madre, pretendió interesar el corazon de Herodes, en odio al Bautista; así que, tomando aquella desenvueltas maneras y bailando con voluptuosos giros, se impuso á todos los circunstantes, que aplaudian á la digna hija de tan impúdica madre.

Herodes, el apasionado príncipe, quedó como fuera de sí, embriagado de placer y satisfacción y no sabiendo como recompensar á la seductora jóven, le dice: Pídemelo que quieras, pues te daré aunque sea la mitad de mi reino.

Entusiasmada con ésto Salomé se apresura á comunicarlo á su madre y aquella furia no vaciló en decirle: «no pidas otra cosa que la cabeza del Bautista»; vuelve pues Salomé á la presencia de Herodes y le hace tan inesperada y cruel petición: «dadme, le dijo, en un plato la cabeza de Juan el Bautista.»

Tal es de ordinario el fruto de los bailes y de los placeres desordenados. Tan horrible petición desconcertó al rey, por que temía y respetaba al Bautista; pero fué bastante débil y creyéndose obligado por la palabra empeñada ante sus cortesanos, accedió, dando la orden inhumana para que decapitasen al santo prisionero; y en la misma cárcel le cortaron la cabeza, que puesta en un plato y chorreando sangre, le fué entregada á la impúdica bailarina. ¡A qué abismos arrastra la molicie y la sensualidad. Es que cuando el corazón se envilece nada hay ya para él respetable.

Herodías sació al fin su detestable deseo y pudo gozarse en la sangre inocente de aquél mártir; y tal fué la rabia y despecho de tan perversa mujer, que, según san Jerónimo, se cebó furiosamente maltratando aquella santa cabeza, y aun traspasó con alfileres la lengua que le había reprendido sus crímenes. ¡Sólo una mujer tan criminal como Herodías, podía descender á tal degradación!

Así concluyó su misión el Bautista, siendo el precursor del Cristo, no solo en la vida, sino también en la muerte. Muerte santa y preciosa por la que alcanzó la corona del martirio, cuya recompensa es eterna; mientras que sus verdugos no pueden burlar la terrible justicia de un Dios vengador. Y aun en la tierra Herodes fué víctima del remordimiento, durante su vida; en todas partes creía ver la sombra amenazadora de su víctima, y, desde entonces, experimentó este criminal príncipe castigos frecuentes, pues consumió el resto de

sus días en el destierro; y su muerte fué desastrosa como la de la pérfida adúltera y la desenvuelta bailarina, de quien es tradición que se cayó en un río helado, quedando fuera la cabeza y, al moverla, se degolló así misma. Justos juicios de Dios. Los discípulos de San Juan, sabedores de la muerte de su querido maestro, recogieron su cadáver, dándole honrosa sepultura; y luego se presentaron á Jesús notificándole tan trágico suceso.

Cuando Jesucristo recibió la noticia del martirio de su precursor, hallábase en Cafarnaun á donde ya habíanse reunido los apóstoles que fueran enviados á predicar por los lugares de la Galilea, con los que se retiró luego á una soledad próxima á Betsaida. Sin duda iba á instruirles en los grandes misterios de la redención; pero la multitud que siempre acompañaba al Bienhechor de los hombres, le siguió también en esta ocasión y Jesucristo, al ver en aquella soledad tan numeroso concurso, se compadeció de aquellas gentes y comenzó á enseñarles su celestial doctrina, curando al propio tiempo á los enfermos y haciendo bien á todos los necesitados.

En tan divina tarea le sorprendió la noche y los apóstoles dijeron á Jesucristo que despachara ya á las muchedumbres para que pudieran procurarse alimento; pues que, extasiados todos oyendo al Maestro divino, no cuidaron de alimentarse y estaban en ayunas: «Dadles vosotros, dijo entonces Jesucristo;» y los apóstoles se admiraron mucho, pues bien sabía el Señor la pobreza de ellos; y por otra parte, la gran multitud allí reunida, se aproximaba á cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños y no era posible, como decía uno de los apóstoles, subvenir á esta necesidad. El Señor mandó entonces que se recojiesen cuantos panes hubiera entre la multitud y solo se encontraron cinco panes de cebada y dos peces; y ¿qué es ésto entre tantos? exclamó un apóstol; pero Jesucristo dispuso que todas aquellas gentes se reunieran en secciones ó grupos y, cuando con ansia todos esperaban la orden del Señor,» tomó Jesucristo en sus benditas manos aquellos panes y peces, y los dió á sus apóstoles; quienes los repartieron entre la multitud, multiplicándose aquel

poco alimento á medida que se iba distribuyendo, y así fueron alimentados hasta la saciedad unos diez mil entre hombres, mujeres y niños, y aun sobraron doce grandes canastos.

Tan sorprendente prodigio entusiasmó á la multitud, que proclamó á Jesucristo, como al Mesías y le aclamaron su rey; pero Jesucristo desconcertó aquellos planes, huyendo de las turbas; y luego de haber ordenado á sus apóstoles que se embarcaran con direccion á Cafarnaun, permaneció el Salvador solo, en aquel desierto en comunicacion con su Eterno Padre.

LECCION XVIII.

Jesucristo calma la tempestad en el mar de Galilea.—El Salvador habla á las turbas del alimento espiritual.

Entre tanto que el divino Enviado oraba en la soledad, sus apóstoles, navegando con rumbo á Genesaret, corrian inminente peligro de ser sepultados en los abismos del encrespado mar: mas luego de esta prueba á que se dignó el Señor sujetar á sus amados discípulos, se compadeció de ellos y fué en seguida á salvarles, dirigiéndose sobre las embravecidas olas hácia la agitada barquilla.

Tan pronto como le vén los afligidos apóstoles, se llenan de esperanza y consuelo, especialmente San Pedro, el cual, en alas de su fé, saltó del barco y sobre la superficie de las aguas se dirigió al encuentro de su divino Maestro; pero luego se vió aquel sorprendido por un fuerte huracan, que puso miedo en el ánimo de Pedro, y suplicó el auxilio de Jesucristo, que le dijo: «hombre de poca fé ¿por qué temes?» Sin duda en lo récio del peligro

se debilitó la confianza de aquel apóstol. Tan cierto es que se quebrantan nuestra fé y nuestros propósitos á la menor contradiccion que les sobreviene.

Apenas Jesucristo entró en la barca con sus apóstoles, templó el mar sus iras é inmediatamente arribaron á Genesaret.

En aquel país todos reconocieron á Jesucristo aclamándole como el verdadero Mesías; y de todas partes se le presentaban muchos implorando misericordia y la salud para los enfermos; y el Bienhechor soberano, compadeciéndose de ellos y premiando su fé, los curaba á todos.

El Salvador continuó su viaje y, acompañado de los apóstoles, llegó á Cafarnaun obrando en el ínterin prodigios innumerables, por lo que todos le admiraban y bendecian á Dios.

Ya en Cafarnaun el divino Maestro y luego de haber increpado á las turbas por su resistencia á creer en él, á pesar de los milagros que habian presenciado, les dijo refiriéndose á la prodigiosa multiplicacion de los panes y de los peces: «Trabajad, no ya por la comida corruptible, sino por la que permanece para la vida eterna.»

Estas palabras excitaron en aquellas gentes el deseo de conseguir este misterioso alimento, y Jesús, disponiéndoles á este fin, les dijo: «Yo soy el pan de vida, vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron:» como si dijera; la virtud de aquel alimento ni aun preservaba de la muerte del cuerpo. «Yo soy el pan vivo, continúa Jesucristo, que descendí del cielo; si alguno comiere de éste pan, vivirá eternamente y el pan que yo os daré es mi carne por la vida del mundo.»

Nada tan evidente como el significado de estas consoladoras palabras, por las que promete el Señor un manjar divino, pero real, como lo era el maná, cuya sustancia prefiguraba, sin duda, al Maná por excelencia, que se nos dá en el santo sacramento de la Comunion; en el que, bajo los accidentes de pan y de vino, recibimos el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, real y sustancialmente, pues el Salvador habia dicho: «Mi carne es verdaderamente comida;» y estas palabras no

pueden entenderse de manera alguna en sentido figurado, como lo expresó el mismo Jesucristo, el cual, al observar la incredulidad de sus oyentes, lejos de condescender con ellos ó explicarles cualquiera interpretación errónea, les intimó diciendo: «En verdad os digo que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre y no bebiéreis su sangre no tendreis vida en vosotros;» y ratificando el divino Maestro sus palabras en el verdadero sentido en que las entendieran sus oyentes, añadió: «porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida.»

En vista, pues, de tales dichos del Salvador, ¿quién se atreverá á dudar de que promete darnos en alimento verdadero de nuestra alma su propia carne y sangre divina; tanto más al vér que Jesucristo confirma ésta promesa con un milagro, que más tarde habian de presenciarse los mismos apóstoles, y al que remitió á los incrédulos oyentes cuando les dijo; si ésto os escandaliza, ¿qué será, cuando viéreis al Hijo del hombre subir á los cielos?

Desde este instante muchos abandonaron á Jesucristo; por lo que este dijo á sus apóstoles: «¿quereis tambien vosotros retiraros?» y San Pedro, siempre impetuoso, contestó en nombre de todos: «¿Señor, á quien iremos?» Vos teneis palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y reconocido que tú eres el Cristo, el hijo de Dios.»

LECCION XIX.

Viaje de Jesús á la Fenicia.—La cananea.— Curacion de un sordo-mudo.—Nueva multi- plicacion de los panes y peces para alimentar á la multitud.

El Salvador, movido de misericordia, quiso, antes de consumir su sacrificio de redencion, recorrer algunas ciudades de los gentiles para anunciarles tambien el reino de los cielos. Con este fin se dirigió al país de Tiro y Sidon, en donde luego se le presentó una mujer cananea pidiéndole á voces en favor de su hija atormentada réciamente por el demonio: Jesucristo callaba; pero no por eso desmayó aquella madre é instó nuevamente tanto, que los apóstoles, ya cansados de tan repetidas súplicas, interceden con su divino Maestro para que acceda despachando á la infeliz suplicante; más Jesucristo les contestó; «Yo no he sido enviado, sino á los que han perecido de la casa de Israel.»

Sin embargo de tales negativas y de que ni los apóstoles alcanzaron nada en obsequio de la cananea, ella no obstante, sigue á Jesús, suplicándole con más empeño hasta que por fin, echándose á sus piés le dijo: «socorredme, Señor.» «No és justo, replicó entonces Jesucristo, quitar el pan á los hijos para echarlo á los cachorrillos.» Tan dura palabra no destruye la viva confianza de la cananea, la cual, reiterando su peticion, le dijo: «Es verdad, Señor, pero los perritos tambien se alimentan con las migajas que caen de la mesa de sus amos.» Entonces el bondadoso Jesús, compadeciéndose de ella y recompensando tan viva fé, le dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fé, sea como tu lo deseas; y la cananea, volviéndose á su casa, encontró ya sana á su hija. ¡Ah! y qué ejemplo tan hermoso nos ofrece esta mujer admirable! Ella tiene fé en Jesucristo y le suplica con instancia; Jesús, al parecer, no la oye; dilata su contestacion; niégale lo que pide, aunque en esto se interesaron

los apóstoles, y, sin embargo, ella insiste; el Señor la rechaza; aun más, le manifiesta su indignidad, pero tal es la fé, la perseverancia de aquella mujer, que al fin escuchó palabras de consuelo; y Dios le concedió la salud de la hija enferma.

¡Cuán poderosa es ante Dios la oracion, acompañada de la fé, de la humildad y de la perseverancia; y cómo debe animarnos su eficacia para acudir al cielo especialmente en las necesidades de nuestra alma!

Luego que Jesús hubo visitado el país de los cananeos, se dirigió en busca de los pecadores hácia el mar de Galilea. Allí, como en todas partes por donde el Salvador pasaba, se le presentaron multitud de enfermos en demanda de salud, y á todos les hacia bien.

Entre los afortunados pacientes que en esta circunstancia recibieron el divino favor, menciona, el libro sagrado, á un hombre sordo y mudo, el cual tuvo la dicha de recobrar sus sentidos milagrosamente, pues con solo haber dicho Jesús «Effetha» (que significa abrir) al tiempo de aplicar las divinas manos, humedecidas con su bendita saliva á las orejas y lábios del paciente, fueron abiertas las orejas de este, fué desatada su lengua y comenzó á hablar con toda claridad, por lo que las gentes, maravilladas, bendecian al Señor que tales portentos obraba en bien de los necesitados.

La Iglesia de Jesucristo emplea en la administracion solemne del bautismo aquella ceremonia, tomada de esta curacion milagrosa, para significar sin duda que el que vá á ser bautizado tambien está sordo y mudo en el orden sobrenatural, hasta que es regenerado por la gracia del Espíritu-Santo.

Tres dias hacia ya que el pueblo seguia á Jesucristo por los términos de la Fenicia, y embelesados todos con la doctrina y las obras del Salvador, ni aun se acordaban de procurarse el alimento necesario; pero Jesús se compadeció de aquellas gentes que ascendian, segun el evangelista, á cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y niños; y mandándoles sentar, multiplicó, como en otra ocasion, siete panes que allí tenian, y así fué alimentado aquel pueblo; y aún se llenaron siete canas-

tos con lo que habia sobrado. Sin duda en la primera y segunda multiplicacion de los panes estaba simbolizada la multiplicacion de la presencia física y real de Jesucristo en la misteriosa Eucaristía.

LECCION XX.

Confiesa San Pedro la divinidad de Jesucristo y el Señor le declara Cabeza de su Iglesia.— Jesús instruye á sus apóstoles.— Transfiguracion del Señor.

Despues del último prodigio mencionado, se aproximó Jesucristo con sus discípulos á la ciudad de Cesárea de Filipo. Allí se iban á preparar los fundamentos para la Institucion de la Iglesia; y su Fundador divino, por altísimos juicios, quiso ántes como exigir de sus apóstoles, una profesion pública de fé y principalmente de aquel que debia ser su representante en la tierra. A este fin, pues, el Salvador preguntó á sus discípulos: «¿quién dicen las gentes que és el Hijo del hombre?» A lo que inmediatamente contestaron: «Señor, unos dicen que sois Juan el Bautista; otros que Elías ó alguno de los profetas.» Tan grande era la obcecacion de aquel pueblo, que á pesar de los milagros de Jesucristo no querian reconocerle por el Mesías. «Y vosotros, continuó el Salvador, ¿quién pensais que soy yó?» «Tu eres el Cristo, hijo de Dios vivo, respondió con enérgica resolucion y ardiendo en viva fé el apóstol San Pedro.

Tan brillante y entusiasta confesion merecia, sin duda, alabanzas y recompensa, pues que el Salvador repuso inmediatamente: «Bienaventurado eres, Simon, hijo de Jonás, porque la carne ni la sangre te lo han revelado, sino mi Padre que está en los cielos; y yo te digo

que tú eres Pedro y sobre ésta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra, atado quedará en el cielo; y lo que desatares sobre la tierra, desatado será en el cielo.»

Magníficas palabras en las que el Señor no solo designa á su Iglesia las prerogativas de perpetuidad é invariabilidad de doctrina, como se viene realizando ya diez y nueve siglos y se realizará hasta el fin del mundo, por que la palabra de Dios es eterna; sino que premiando el divino Maestro la fé firme y el grande amor de su discípulo, le señala á éste como piedra angular del edificio espiritual de la Iglesia, concediéndole la suprema potestad sobre ella y constituyéndole Cabeza y Jefe visible de la misma. Por eso le llama Pedro, esto es, piedra ó fundamento sobre el que anuncia Jesucristo que iba á edificar su Iglesia; prometiendo así mismo al afortunado apóstol entregarle las llaves del reino de los cielos ó sea el poder supremo; pero poder ó autoridad efectiva, de verdadera jurisdicción espiritual, «Lo que atares y desatares sobre la tierra, le dijo, atado y desatado quedará en el cielo.»

Luego de tan notable suceso, habló Jesucristo á sus discípulos revelándoles los tormentos y muerte que muy pronto debia sufrir el Hijo del hombre por la redención del mundo; así como tambien, y para animarles, predijo que habia de resucitar al dia tercero, segun estaba escrito. El apóstol San Pedro, profundamente impresionado con tales anuncios y temiendo por su Maestro, le manifestó inmediatamente su inquietud y desagrado, pues le horrorizaban tan fatídicos temores; pero Jesús, dirigiéndose entonces á su discípulo, le increpó diciéndole con enérgica palabra: «Retírate de mí... porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres.» Esque San Pedro no entendia que sus pretensiones eran contrarias á los designios eternos en orden al gran misterio de la humana reparacion que debia realizarse con la muerte de Jesucristo.

Despues de este incidente, el divino Maestro se incor-

poró á la multitud, é impulsado por su amor á los pecadores, no descansaba un momento; y por todas partes, los buscaba curando á los enfermos, aliviando á los desgraciados y endulzando las penas de los afligidos.

19 Todos recibian bien de aquel bondadoso Padre; á todos consolaba persuadiéndoles al propio tiempo á llevar en paciencia la cruz de los trabajos y contradicciones de la vida; para que, conformándose así los hombres con la voluntad de la Providencia y renunciándose á sí mismos siguieran con buen ánimo las huellas del Redentor, sujetándose voluntariamente á la mortificacion, al sacrificio y aún á la muerte. Pues ¿de qué sirve al hombre, les decía, ganar todo el mundo, si pierde su alma? El que se avergonzare de mí, les dijo, tambien yo me avergonzaré de él, cuando venga sobre las nubes del cielo; porque el Hijo del hombre aparecerá con toda su gloria y acompañado de ángeles, y entónces dará á cada uno segun sus obras.

20 ¡Terrible porvenir para el pecador! porque ¿quién huirá entónces de la inflexible justicia del Señor? Nuestras acciones tan solo decidirán de nuestro destino eterno; no los honores, ni la vana dignidad humana atenuarán en lo más mínimo la sentencia inapelable de Aquel que juzgará á las mismas justicias; pues el señor y el vasallo, el poderoso y el débil, todos, sin distincion, seremos residenciados con todo rigor. Así la Providencia equilibrará las desigualdades, reparará las injusticias del mundo y vengará á los injustamente oprimidos en el siglo, recompensando á éstos y castigando para siempre á aquellos.

21 Caminando Jesucristo en compañía de sus discípulos y de la multitud que le seguia, escuchando la divina palabra, llegó, despues de un viaje de pocos dias, al pié de un monte, que se cree fué el Tabor; y habiendo tomado consigo Jesús á los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, subió con éstos á la cumbre de aquella montaña que luego iba á ser teatro de las grandezas del Señor.

22 Postrado ante su Eterno Padre oraba Nuestro Señor Jesucristo, dice el evangelista, y en el instante se transformó la figura de Jesús; brilló su hermoso rostro,

como el sol, y sus vestiduras convirtiéronse blancas como la nieve. Entónces y cuando de la frente del Hijo de Dios irradiaba cual luz divina que iluminara aquel lugar con celéstes resplandores, aparecieron de pronto, al lado de su Majestad, el caudillo y legislador del pueblo Hebreo, Moisés; y tambien el gran profeta Elías.

Rodeados éstos célebres varones de vívidos rayos de gloria, conversaban sobre los grandes misterios que debían realizarse por la redención de los hombres.

Durante tan grandioso espectáculo, los predilectos discípulos, fatigados sin duda del viaje, dormían, por lo que no pudieron participar de tales maravillas. Pero Jesucristo, todo amor, quiso consolarles; y ya despiertos los tres apóstoles, viéronse extraordinariamente sorprendidos, y fueron llenos de gozo y santa alegría al observar tan singular portento, y ver al divino Maestro recibiendo los respetos y alabanzas de aquellos misteriosos personajes; por eso San Pedro, en la vehemencia de su carácter y por amor á Jesucristo, no pudo contenerse y, deseando que se prolongara tan dichoso estado para este su amado Maestro, exclamó arrebatado de entusiasmo y dirigiéndose á Jesús. «Señor, hagamos aquí tres tabernáculos; uno para tí, otro para Moisés y para Elías otro.»

Así hablaba San Pedro, cuando de repente una misteriosa nube cubrió á todos los que allí estaban, á la vez que del fondo de aquella salió tambien una voz poderosa diciendo: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis delicias, escuchadle.» Confundidos los apóstoles cayeron en tierra bajo el peso de tantos prodigios. ¡Oh cuán terrible es la voz de Dios; y ¡cuál será cuando indignado el justo Juez se dirija contra los culpables en el día tremendo del juicio?

Iba á terminar escena tan gloriosa, y Jesucristo, volviéndose á sus apóstoles, les dijo: «Levantaos, no temais.» Entónces todo habia concluido y, repuestos de su asombro, tan solo vieron á Jesús, quien les encargó que nada dijeran de aquella vision hasta que el Hijo del hombre resucitase de entre los muertos.

LECCION XXI.

Jesucristo cura á un endemoniado.—Pago del tributo.—Doctrina de Jesucristo sobre la humildad, el escándalo y la correccion fraterna.

Terminado el prodigioso espectáculo de la transfiguracion gloriosa, descendió Jesucristo en compañía de sus tres discípulos al encuentro de los demás que se hallaban con las turbas. A la presencia del divino Maestro todos se reaniman; y poseídos de santo júbilo, le salen al encuentro bendiciéndole entusiasmados.

En seguida los apóstoles que habian quedado al pié de la montaña esperando al Señor, le presentaron á un jóven poseso que padecía horriblemente y al que ellos no pudieron curar, á pesar de la potestad que se les habia concedido para arrojar de los cuerpos á los demonios. En el momento obró la virtud de Dios, y Jesucristo se hizo obedecer del espíritu inmundo.

Así quedó ya sano el paciente, si bien advirtió el Señor á sus discípulos que, aquel género de demonios, no podia arrojarse sino por la oracion y el ayuno. Esta sentencia nos enseña cuán difícil es extirpar la pasion inmundada, sino vigilamos sobre nosotros mismos con la oracion y la penitencia.

Acompañado de la muchedumbre se dirigia el Salvador hácia Cafarnaun y, entre tanto se aproximaban á las puertas de la ciudad, el divino Maestro, siempre solícito en favor de sus discípulos, les iba instruyendo y les habló una vez más acerca de los horribles suplicios é ignominiosa muerte que le esperaba, así como tambien les anunció su resurreccion al dia tercero, segun estaba vaticinado por los profetas.

Estas revelaciones de Jesucristo inundaron de tristeza á sus apóstoles y, oprimidos por el sentimiento, le seguian lentamente; cuando de pronto se le interpuso en el camino al apóstol San Pedro un recaudador de tributos diciéndole: ¿Cómo no paga vuestro Maestro el dri-

dracma (una peseta segun Josefo Flabio; este tributo se imponia á todos los cabezas de familia; y como tal estaba conceptuado Jesucristo respecto á sus apóstoles). Apenas San Pedro iba á notificar esto á Jesús, cuando ya éste se le anticipó diciendo:—Qué os parece, Simon, los reyes de la tierra ¿de quién cobran tributo, de los hijos ó de los extraños?—De los extraños, respondió San Pedro.—Luego los hijos están exentos, replicó el Salvador:—como si dijera, Yo no estoy obligado al tributo. Y ciertamente; Jesucristo, en cuanto hombre, descendía de la extirpe real de David; y en cuanto Dios, es Hijo del rey de los cielos y de la tierra.—Pero para no escandalizarlos, prosiguió Jesucristo, vé al mar, arroja el anzuelo y abre la boca del primer pez que cojas; allí hallarás una pieza de cuatro dracmas, esto es, dos dridacmas, y con ello pagarás por tí y por mí.

Así el Salvador nos dió ejemplo de humildad y sumision á la ley, á la vez que demostró con este milagro su divinidad.

Interin esto sucedia, los demás apóstoles, preocupados con la idea de gloria de Jesús, pensaban cuál de ellos ocuparia entonces el primer puesto, y así disputaban á espaldas de su Maestro, hasta que fueron sorprendidos por la palabra de Jesucristo que, penetrando en sus corazones, les dijo: «Si alguno quiere ser el primero, será el último de todos.» La humildad, el abatimiento, tal es el camino que señala el Señor á sus discípulos para entrar en el cielo, y en cuya idea quiso entonces mismo confirmarles, por lo que tomando al efecto entre sus brazos á un niño, dijo á sus apóstoles: Cualquiera que se humillare como este párvulo, esto es, que sea humilde, sencillo é inocente, este será el mayor en el reino de los cielos; y al contrario, continúa el Salvador, «el que escandalizare á alguno de estos pequeñitos que en mí creen, le fuera mejor atarse al cuello una rueda de molino y ser arrojado al fondo del mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! ¡Ay de aquel por quien viene el escándalo..... palabra terrible que nos enseña lo abominable de este pecado y lo inexorable de la justicia eterna.

Por eso, y para que nos prevengamos contra tamaño infortunio, se nos manda renunciar todo lo que sea necesario á fin de evitar el escándalo, como se vé por estas palabras de Jesucristo: «Si tu mano ó tu pié te escandaliza... córtalo, pues es preferible, ántes que ser arrojado todo tú entero en los abismos; y si tu ojo... sácalo y tíralo;» es decir, que estamos obligados, cueste lo que cueste, á separar toda ocasion ó motivo de escándalo, si queremos evitar los eternos castigos del infierno.

¡Ah! es que el escandaloso directamente se opone á la redencion y mata y condena las almas libertadas á precio de la sangre de un Dios; por eso el Señor tiene fulminados anatemas tan terribles contra el escándalo.

Sin embargo de esto, Jesucristo, usando de misericordia, nos excita á todos para que ayudemos á los culpables á salir de sus extravios prescribiendo, al efecto, leyes emanadas de su inmensa caridad, á cuyo fin dijo entonces el Señor: «Si tu hermano, esto es, tu prójimo, pecare contra tí, vé y corrijele á solas; si te escucha habrás ganado á tu hermano; si no te oyese, corríjelo en presencia de uno ó dos; si tampoco te oyere, denúnciale á la Iglesia; y si no te escucha sea tenido como gentil ó publicano;» esto es, como separado de ella por su contumacia y rebeldia, excluyéndole por lo tanto de nuestro trato y sociedad. Solo Dios podia dictarnos tan prudente y caritativa conducta para con los pecadores rebeldes.

LECCION XXII.

Parábola del deudor.—Eleccion de los setenta y dos discipulos.—Tienta al Señor un doctor de la ley.—Simil de la higuera, que por no dar fruto fué cortada y arrojada al fuego.

Inmediatamente que el divino Maestro desarrollara ante las turbas las sublimes enseñanzas de que se ha hecho mérito en la leccion anterior; disponiendo asi mismo Jesucristo el ánimo de los apóstoles é instruyéndoles para el desempeño de la gran mision á que habian sido elegidos, les inculcó tambien á estos la misericordia y el perdon en favor de los pecadores; y al efecto les preparó con estas consoladoras palabras: «Todo lo que atáreis sobre la tierra, atado quedará en el cielo, y lo que desatáreis en la tierra desatado será en el cielo.»

Mas, aún le parece al Salvador que debia insistir recomendando á sus discípulos los dulces sentimientos de la verdadera caridad; por eso, y contestando á San Pedro que deseaba saber hasta cuántas veces perdonaria á los pecadores, expuso el Señor la doctrina más caritativa y de santa esperanza, revelando á la vez las inagotables finezas de su amantísimo corazon en la siguiente

PARÁBOLA DEL DEUDOR.

En esta narracion figurada de Jesucristo, aparece un gran rey tomando cuentas á sus servidores, entre los que se presentó uno, cuya deuda era muy considerable; por lo que, no teniendo este con que pagarla, fué condenado á ser vendido con la mujer, hijos y hacienda; mas compadecido el señor por las súplicas de su criado, no solo retiró tan formidable sentencia, sino que le perdonó toda la deuda.

Mientras que este criado así favorecido procedió muy al contrario con un compañero suyo que le debia muy poco; pues no pudiendo este pagar, pide tregua á su

acreedor y no solo no le escucha, sino que le maltrata y hace que le metan en la cárcel, hasta que le pague; y, noticioso el rey de accion tan inicua, llamó al servidor cruel increpándole, por que no tuvo compasion de su compañero, como se habia tenido de él; por lo que indignado el señor le entregó á los verdugos para que le atormentasen hasta que pagara toda la deuda. Así, dijo entonces Jesucristo á sus discípulos explicándoles esta parábola, así procederá mi Padre celestial con los que no perdonen de corazon á sus hermanos. ¡Ah y cómo estas palabras confunden á los vengativos y rencorosos enseñándoles á deponer toda enemistad, perdonando á sus prójimos cualquier ultraje, para así merecer que Dios nos perdone tantas injurias y ofensas cometidas contra su Majestad, á pesar de los beneficios que sin cesar nos dispensa.

Continuando Jesucristo su mision salvadora eligió, de entre la multitud que le seguia, setenta y dos discípulos; á quienes despues de haberles instruido como hiciera con los apóstoles, les envió á predicar su divina doctrina, confiriéndoles, al efecto, el poder de hacer milagros.

Grandes fueron los frutos que alcanzaron entonces estos enviados, los cuales bendecian á Jesucristo, pues en su nombre no solo curaban á los enfermos, sino que hasta los mismos demonios se rindieron á su palabra.

Entre tanto, se ocupaba el Salvador en anunciar el reino de los cielos, llamando la atencion, con su admirable sabiduria, de todos aquellos pueblos.

Los doctores de la ley, indignados con tales triunfos de Jesús, salieron á su encuentro para probarle; pero Jesucristo los confundió con sus profundas contestaciones, como sucedió á un doctor de la ley, el cual, preguntando al divino Maestro qué haría para alcanzar la vida eterna, fué remitido á las Escrituras santas y, segun lo que el mismo doctor leyó respecto al amor de nuestros semejantes, fué argüido por Jesucristo diciéndole: «Had tú eso que lees y te salvarás;» y como replicara el doctor diciendo quién sea nuestro prójimo, al que se debe amar, le respondió Jesucristo: «Bajaba un hombre de Jerusalem á Jericó y cayó en manos de los ladrones, los

cuales le maltrataron é hirieron, dejándolo despues abandonado en el camino. Pasaron por allí un sacerdote y luego un levita; uno y otro le vieron, sin auxiliarle; hasta que, más tarde, lo vió un samaritano y, compadecido, le socorrió cuanto fué necesario. ¿Cuál de estos tres, le dijo entonces el Salvador, te parece que fué el prójimo de aquel desgraciado?» «El que usó con él de misericordia,» respondió el doctor. «Pues vé y had tú lo mismo,» replicó Jesucristo.

Así el divino Maestro enseñaba á practicar esta virtud sublime de la caridad, la que no distingue de razas y condiciones, sino que es de todos los paises y de todos los hombres.

Grandes fueron en esta ocasion los aplausos que se dieron á Jesucristo por los triunfos que alcanzaba de los soberbios doctores de la ley.

Jesucristo proseguía sus instrucciones convirtiendo á muchos; y si bien otros se resistian á la gracia divina, trató así mismo de intimarles con el ejemplo de la higuera, la que, como no diera fruto á pesar de su exquisito cultivo, se mandó que fuese cortada y la arrojasen al fuego.

De esta suerte manifestaba á la vez Jesucristo la economía de la Providencia con los pecadores; á los que se les espera y llama á penitencia, pero que al fin, sino responden dando frutos de buenas obras, sentirán el rigor de la justicia eterna, siendo arrojados al fuego inextinguible del infierno.

LECCION XXIII.

**Falsa idea que tenían los judios del Mesías.—
Sentencia de Jesucristo acerca de una mujer
adúltera.—Curacion del ciego de nacimiento.**

No obstante los multiplicados prodigios obrados por Jesucristo en confirmacion de sus predicaciones y mision divina; los judios, rebeldes siempre y obcecados, no quisieron deponer su incredulidad, y á pesar de haber sido testigos de tantas maravillas y observar que en la persona de Jesús se cumplian tambien los proféticos anuncios; ellos, sin embargo, permanecen en su obstinacion y no quieren ver la luz divina que irradiaban las palabras de Jesús, porque no querian confesarle ni reconocerle como el Mesías Salvador de todas las generaciones. Es que los judios, orgullosos, no perdonaban á Jesús su origen humilde, ni las lecciones tan elocuentes con que tantas veces confundió la soberbia y arrogancia de aquellos; por eso y porque sin duda querian ver en el gran Enviado á algun poderoso, segun el mundo, ó soberbio conquistador que por la fuerza y la sangre subyugase á todas las naciones; no solo le despreciaban, sino que le persiguieron y maquinaban cada vez con más empeño quitarle la vida.

Pero ¿quién contra Dios? Aun no habia llegado la hora de consumir el sacrificio de la redencion en favor de los pecadores, y por eso el Señor desbarató los infames planes de sus enemigos.

Los fariseos, sin embargo, en su odio implacable contra Jesús, buscaban sagazmente como desacreditar su doctrina para excitar contra él á las turbas; por lo que, y hallándose el divino Maestro en el templo enseñando á las gentes, le presentaron los ancianos una mujer, acusándola de adúltera, á fin de que Jesús dictase inmediatamente la sentencia que correspondiese á aquel delito.

La ley de Moisés prescribia la muerte á esta clase de

culpables. Por eso sujetaron al juicio de Jesucristo á la delincuente, con objeto de acusar al Salvador de infractor de la ley si absolvía á la mujer, y si la condenaba acusarle tambien de inhumano, poniéndole en contradiccion con su doctrina de amor, de misericordia y de mansedumbre. Mas el divino Maestro pronto destruyó tan siniestros designios, é imponiéndose á todos con su penetrante mirada, dice á los acusadores: «Aquel de vosotros que esté sin pecado, tire la primera piedra sobre la acusada.»

En seguida, inclinándose, escribió con su dedo divino sobre el pavimento; quizá señalaba en la tierra los crímenes de aquellos hipócritas, los que, confundidos con la palabra divina, sintieron que el remordimiento les fiscalizaba, y, huyendo avergonzados de la presencia de Jesús, dejaron allí á la mujer pecadora, que, llena de confusion, esperaba la sentencia.

Pero el Salvador, que vino á ejercer, no un ministerio temporal, sino á salvar al mundo creando el tribunal del perdón, volviéndose á la delincuente, le dijo: «¿Dónde están tus acusadores? ¿ninguno te ha condenado?.. Ni yo tampoco. Vete en paz y no vuelvas á pecar.» Así Jesucristo, respetando la ley, ejerció la clemencia y el poder, á la vez que confundió á los hipócritas delatores; con lo que apareció tan interesante por su misericordia, por su equidad y por su sabiduría.

Poco despues del suceso mencionado, se dirigió Jesucristo al templo, en cuya entrada habia un jóven ciego de nacimiento; y, como los apóstoles preguntaran á su Maestro, si la causa de tal desgracia eran los pecados de aquél paciente ó los de sus padres, respondió el Señor: «que habia nacido ciego, no por culpa de nadie, sino para que brillasen en el las obras de Dios»; entonces Jesus, tomando un poco de tierra humedecida con su sagrada saliva, aplicóla sobre los párpados del ciego y le envió á lavarse en la piscina del Siloe. Así lo hizo el jóven; y Dios, premiando tal fé y obediencia concedió la vista al afortunado ciego.

Tanto sorprendió este prodigio á los de Jerusalem, que casi dudaban si aquel pobre ciego seria algun otro muy

parecido al que veían siempre pidiendo limosna á las puertas del templo; pero luego disipó tales dudas el mismo ciego confesando que él era el que les pedía todos los días limosna, y manifestó á la vez quien le había curado y la forma en que lo hizo.

En seguida fue llevado el ciego á la presencia de los fariseos, á quienes sencillamente declaró cómo había sido curado por Jesucristo. Entonces los fariseos no saben que hacer y, en su odio, acusan á Jesucristo de pecador, pues que la curación del ciego habíase verificado en sábado; al propio tiempo exigen al favorecido joven su opinión respecto del que le había abierto los ojos, y sin vacilar les contestó que, sin duda, era un gran profeta.

Pero los malvados, pretendiendo oscurecer aquel milagro, llamaron al padre del ciego é imponiéndole para obligarle á declarar según ellos deseaban, ¿es este, le dijeron, vuestro hijo, de quien decís que nació ciego? pues ¿cómo ahora ve? y los padres, á pesar de sus temores, no pudieron negar que aquél era su hijo y que había nacido ciego; si bien ignoramos, decían estos por miedo, quién le ha dado la vista; mas preguntádselo á él, que ya tiene edad.

Entonces los fariseos, ostentando poder y blasfemando de Jesús, preguntan otra vez al ciego quién le había curado y cómo le abrió los ojos; pero este, ratificando su primera declaración, les contestó: ya os lo he dicho ¿quereis también vosotros ser sus discípulos? Confundidos con esto los fariseos, maldicen al ciego y blasfeman de Jesús; lo cual encendió más el celo del favorecido paciente, confesando con enérgica resolución que Dios no oye á los pecadores; y pues que á Jesús oye sin duda, que este es de Dios, porque sino fuese así, no pudiera hacer tan estupendas maravillas. Vencidos ya los fariseos por la evidencia de la verdad y despechados contra tan valiente defensor de Jesucristo, le arrojaron de su presencia cubriéndole de insultos; mas Jesucristo premió luego al confesor de su fé y saliéndole al encuentro le dijo: ¿Crees tu en el hijo de Dios? ¿quien es, Señor, y creeré en él? repuso el joven.—El que ahora habla

contigo, replicó Jesucristo; y postrándose el ciego á sus piés le adoró. ¡Magnífica confesion! tanto más, por la circunstancia de haber sido hecha á presencia de los mismos enemigos de Jesús.

Esta pública protestacion de fé dió motivo para continuar sus instrucciones é increpar á sus obstinados enemigos, los cuales, á pesar de tantos portentos y de la reciente curacion del ciego, permanecieron en la incredulidad y llegaron hasta el punto de atribuir al demonio el poder de Jesucristo. Fatal obcecacion y dureza, que más tarde arrastró á la culpable Jerusalem á consumir el tremendo deicidio.

LECCION XXIV.

Doctrina de Jesucristo acerca de la humildad en oposicion á la soberbia de los fariseos.— Parábola de los convidados á la cena.— Otra del buen pastor.

Despues que el Salvador diera á la ingrata Jerusalem enseñanzas tan sublimes, confirmándolas con portentos inauditos, regresó á la Galilea, en donde invitado por un fariseo asistió Jesucristo á un convite, al que asistieron asimismo muchos fariseos con objeto de tentar al Salvador; pero el divino Maestro, penetrando los pensamientos más ocultos de aquellos, les sorprendió diciéndole: «¿Es permitido curar en sábado?» Esta misteriosa palabra destruyó las maquinaciones de los hipócritas; los que iban á fundar precisamente en la circunstancia de ser dia festivo su acusacion contra Jesucristo y para lo cual, habian llevado á la sala del festin un hidrópico.

Nada pudieron contestar los interrogados á las palabras de Jesús, y mientras, fué curado el enfermo y despedido á su casa ya sano; pero el Señor, para confundir

más á los fariseos, les dijo: «Si alguno de vosotros ve caer en un pozo á su asno..... ¿no le sacará aunque fuera en sábado?» Continuaba el silencio de los convidados y el Señor, que nada hacia en vano, aprovechando esta ocasion del convite, se dignó darles instrucciones de humildad en oposicion á la soberbia de los fariseos.

Cuando fuéreis convidados á las bodas, les decía, no ocupeis el primer asiento, no sea que venga otro más digno y os veais precisados á descender al último lugar; antes bien, tomád el último puesto y cuando os vea el Señor y os invite á sentaros en el sitio preferente, sereis entonces honrados delante de todos los convidados; «pues todo el que se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado.» Leccion divina; así testificó el Salvador lo mucho que le resiste la soberbia y lo odioso y funesto que es el orgullo; pues las acciones más grandes se empequeñecen y la más rígida virtud y la ciencia más elevada se troncha, si en ellas se ha introducido el astuto y miserable reptil de la vanidad, al paso que la humildad todo lo ennoblece, lo dignifica todo, segun la sentencia de Jesucristo: «el que se humilla será ensalzado.»

El divino Maestro, luego de haber dicho á los convidados como debieran ser objeto preferente de sus convites los pobres y los necesitados, para que la recompensa la reciban en el cielo, tomó de aquí ocasion y les propuso la

PARÁBOLA DE LOS CONVIDADOS Á LA CENA.

Un gran señor preparó una cena y convidó á muchos; llegó la hora y fueron avisados á cenar, pero todos se negaron pretestando, el uno, que habia comprado una granja y no podia asistir; el otro, que habia comprado cinco yuntas de bueyes y tenia que ir á probarlos, y el otro que habia tomado mujer y no podia ir.

Entonces, indignado el padre de familia, mandó á sus criados que saliesen por todas partes y llamaran al banquete á los que encontrasen pobres, cojos, tullidos, y así lo hicieron, con lo que se llenó la sala del festin.

Grandes son los misterios que encierra esta alegoría; indudablemente que en el padre de familia está representado el Padre celestial, que á todos convida á celebrar en el cielo el banquete eterno; pero que, á semejanza de los convidados (segun esta parábola), rechazamos tan distinguida invitacion, arrastrados unos por el interés de miserables y cadúcos bienes; otros, por los cuidados y exigencias del mundo, y los más por su indolencia y sensualidad; con lo que ellos mismos se excluyen del convite eterno y serán arrojados en el dia del juicio de la presencia divina.

Mientras que al contrario, los humildes, los pobres de espíritu, los mortificados por su fidelidad y diligencia en asistir al llamamiento divino, cumpliendo en esta vida la voluntad del Señor, serán cual los convidados dichos admitidos á participar de las dulzuras inefables del glorioso convite en el reino de los cielos.

La sabiduría y los portentos de Jesucristo excitaban cada vez más la admiracion de las gentes y por todas partes le seguian para escucharle; hasta los pecadores le buscaban, y el Señor se dignaba tambien admitirles y áun conversar con ellos, cuyo generoso rasgo de Jesús sirvió de pretesto á los fariseos para acusarle de familiaridad con los pecadores.

Mas el divino Maestro, luego de haberles reprendido por estas murmuraciones hipócritas, les descubrió su amoroso corazon exponiéndoles la

PARÁBOLA DEL BUEN PASTOR.

Inculcando Jesucristo los sentimientos de caridad y de amor, les dijo en esta ocasion á los que le escuchaban: «¿quién hay entre vosotros, dueño de cien ovejas, que si pierde una, no deja las noventa y nueve para buscar la que se le ha extraviado? y, cuando la encuentra, lleno de gozo, la toma sobre sus hombros, la conduce al aprisco y se regocija por su hallazgo?

¡Oh! y con qué belleza patentiza el Señor su celo, su misericordia por el hombre pecador! Pastor divino de las almas, siempre nos sale al encuentro, con su ben-

quita gracia; pues no quiere que se pierda, lo que conquistara á precio de su sangre. ¡Qué consuelo para el pecador, que dulce esperanza! y ¿cómo puede resistirse el hombre al llamamiento del Señor?

LECCION XXV.

Continúa Jesucristo hablando en parábolas. — De una mujer que encontró una moneda que habia perdido. — Otra del hijo pródigo. — Del mayordomo infiel.

Prosigue Jesucristo sus instrucciones á las turbas; y, revelando los sentimientos de infinita misericordia para con los pecadores, dijo á sus oyentes la

PARÁBOLA DE UNA MUJER QUE ENCONTRÓ UNA MONEDA QUE HABIA PERDIDO.

El Salvador de los hombres, á fin de inspirar viva confianza en la celestial clemencia é inefable bondad de Dios, comenzó en esta ocasion con estas palabras: «¿Qué mujer teniendo diez dracmas, si pierde uno, no registra toda la casa con gran cuidado hasta encontrarlo? y luego de haberle hallado se alegra en extremo con sus vecinas.» Así os digo yo, que los ángeles en el cielo se alegrarán por la conversion de un pecador, siquiera hubiera sido muy culpable, más que por noventa y nueve justos que no han menester penitencia, pues estos ya están seguros en la casa del Padre celestial, mientras que el pecador arrepentido, que ya se habia extraviado, vuélvese otra vez á su Dios.

¡Ah y qué consuelo y qué santa esperanza inspiran estas palabras en nuestro corazon! Dios nos es siempre

propicio y estima tanto la conversion de un solo pecador, que los cielos, nos dice, la celebran cual el más fausto suceso.

— Todo le parecia poco al Salvador para arraigar en nuestra alma esta doctrina consoladora y de perdon; por eso insiste en descubrir los tesoros de su infinita bondad, inspirando, aún al pecador más endurecido, consuelo y santa confianza; y para animarle vivamente al arrepentimiento, puso con este motivo un ejemplo conmovedor en la bellísima é interesante

PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO.

Un hombre, dijo Jesucristo, tenia dos hijos, de los cuales el menor le pidió la parte de herencia que le correspondía; y recogiendo sus bienes, abandonó la casa paterna y marchó muy léjos, donde los malgastó con su licenciosa vida. Al poco tiempo sobrevino en aquel pais una gran carestía, y el jóven prófugo sintió luego los efectos del hambre, por lo que se vió precisado á servir á un amo cruel, que le destinó á guardar cerdos. Entonces deseaba saciar su necesidad con las bellotas que daban á los inmundos animales, pero no se le permitia.

En tan difícil situacion, piensa el desgraciado en sí mismo y, arrepentido, exclamó: ¡Ah y cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen pan abundante, mientras que yo estoy aquí pereciendo de hambre! No, yo iré á mi padre y le pediré perdon. Y así resuelto se dirigió á la casa paterna. Mas tan pronto como le vió el padre, corre al encuentro de su hijo y, todo conmovido, le abraza con tierna efusion, le besa y le prodiga todo género de caricias y de amor.

Entonces aquel jóven, entre lágrimas y sollozos, exclamó: «¡padre mio, he pecado contra el cielo y contra tí, ya no soy digno de llamarme hijo tuyo!» El bondadoso anciano, vivamente impresionado por estas palabras de arrepentimiento y á impulso del más fuerte amor hacia aquél sér querido, no solo le recibe abrazándole con el mayor contento del alma, sino que inmediatamente ordenó á sus criados que le vistieran con los

mejores vestidos y adornos y prepararan un gran banquete para celebrar la vuelta de su hijo, al que lloraba ya perdido y le habia hallado.

En verdad que esta parábola nos enseña elocuentemente la gran misericordia que Dios dispensa al pecador arrepentido. Y si nos alejamos de nuestro padre celestial disipando los bienes de la gracia y de la naturaleza con que el Señor nos ha favorecido sufriendo una vida de pecado, bien puede consolarse nuestra alma con santa esperanza de que si á imitacion del hijo pródigo pensamos cuán amargo es separarse de Dios y así resueltos nos volvemos á El arrepentidos de nuestra vida delincuente, el Señor más bondadoso que todos los padres saldrá á nuestro encuentro y nos abrazará con el ósculo de su gracia y nos colmará de celestiales dones; y hasta en el cielo los ángeles celebrarán nuestra conversion.

Prosiguiendo Jesús sus instrucciones por medio de semejanzas, refirió á sus discípulos la

PARÁBOLA DEL MAYORDOMO INFIEL.

Habia, dijo Jesucristo, un mayordomo que, temiendo ser arrojado de su destino por haber disipado los bienes de su amo, y pensando aquel en su porvenir, procuró hacerse amigos para que cuando los necesitare le recibieran en sus casas. Al efecto, llamó este criado á los deudores de su amo y, perdonándoles gran parte de la deuda, les dió á firmar á cada cual su escritura correspondiente. El amo alabó la astucia de su criado. Los hijos del siglo, concluye entonces Jesucristo, son en sus negocios mundanales más sagaces que los hijos de la luz en el único negocio de su salvacion.

Con esto, el divino Maestro nos enseña sin duda el mejor empleo que debemos hacer, no tan solo de los bienes adquiridos con el sudor de nuestra frente, sino tambien de cuantos dones hayamos recibido del cielo; excitándonos á que seamos, cuando menos, tan prudentes y solícitos como este infiel mayordomo.

Así, cuando la muerte nos arrebate para siempre de

este suelo, nos hayamos procurado amigos en el cielo con el buen uso de la gracia divina, y con las limosnas en favor de los necesitados en esta vida y aun de los que expian en el otro mundo.

LECCION XXVI.

Parábola del rico avariento y del pobre Lázaro.—Instrucciones de Jesucristo.

Luego que Jesucristo hubo reprobado el mal uso de las riquezas, como los fariseos que le escuchaban eran muy avaros y se burlasen de esta doctrina para justificar su codicia; el Salvador, descubierta ya la malicia de aquellos corazones, les dijo la siguiente

PARÁBOLA DEL RICO AVARIENTO Y DEL POBRE LÁZARO.

Hubo un hombre rico, habla Jesucristo, que vestía con toda magnificencia y celebraba cada día espléndidos banquetes. A la puerta de su casa continuamente yacía un desgraciado, cubierto de úlceras y pereciendo de hambre, esperando sin duda que se le socorriese siquiera con las migajas que sobraban de la mesa del rico, pero nadie se las daba. El pobre Lázaro sufría resignado su desdicha; luego murió, y los ángeles le llevaron al seno de Abraham.

El rico también murió; pero ¡qué destino tan contrario! Fué arrojado á los infiernos en castigo de sus culpas, y allí padecía los horrores sempiternos, cuando, levantando sus ojos, vió al patriarca Abraham y junto á éste al mendigo Lázaro. Entonces, lleno de dolor, suplicó al santo patriarca para que enviase á Lázaro y le refrescara siquiera la punta de la lengua con una gota de agua, pues que me abraso en estas llamas, le decía el desdichado; pero Abraham le respondió: Acuérdate que

tú gozaste mucho, mientras que Lázaro padecía sin consuelo; por eso ahora recibe el premio de su resignación y tú sufres el castigo de tus disipaciones. Mas como instara el rico para que Abraham enviase, al menos, á Lázaro á la casa de aquel y notificara á sus hermanos aquellos horribles suplicios á fin de que los evitaran, Abraham le contestó: ya tienen á Moisés y á los profetas, que los escuchen; pues aun cuando uno de los muertos se lo testifique, no lo creerán. Es que las pasiones, la dureza de corazón resiste la luz de la verdad.

En esta parábola no solo manifiesta el Salvador cuán horribles serán los tormentos (que jamás concluirán) para los que viven entregados á la satisfacción de sus goces sensuales sin acordarse de socorrer la miseria del pobre; sino que á la vez hace entrever al pobre que sufre los rigores del infortunio, la dulce esperanza de que luego concluirán, recibiendo, en cambio, eterna recompensa con la posesión de inefables delicias.

Después de estas predicaciones se retiró J. C. de Galilea con dirección á Jerusalem, y por todas partes le seguían las gentes y le presentaban los enfermos para que los curase. Ya se aproximaba á esta ingrata ciudad é inmediatamente se presentaron al Salvador diez leprosos suplicándole que les sanase.

J. C. les envió á los sacerdotes; obedecen aquellos, y luego recibieron el premio de su fé y obediencia, pues todos ellos fueron limpios por la virtud del Señor.

Tan pronto como J. C. llegó á Jerusalem, se vió cercado de gran multitud, preguntándole todos, si era el Mesías; pero el Señor que penetraba en sus corazones, les respondía: «Os lo estoy diciendo y no me creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, dan testimonio de mí... Mi Padre y yo somos uno mismo.» Mas, los pérfidos judíos, lejos de confesar la divinidad de aquel cuyos portentos y sabiduría infinita así lo testificaban, se enfurecen sobremanera y armándose de piedras, solo respiran amenazas y sangre.

Continuando J. C. su palabra divina confundió por completo á sus enemigos; los cuales, despechados resolvieron condenarle á muerte.

LECCION XXVII.

Prosigue el divino Maestro sus enseñanzas.—Parábola de una viuda que demandaba con insistencia justicia.—Otra del publicano y del fariseo.—El Señor instruye á las turbas.—Parábola de los jornaleros.

Todavía no era llegada la hora del gran sacrificio; y Jesús, divino cordero que debía ser inmolado por la salvación del mundo, se retiró á la soledad, á donde le siguieron también las gentes para escucharle y sentir su influencia divina, recibiendo la curación de toda enfermedad.

Allí en el retiro instruía á todos, y luego de resolver el divino Maestro con su elocuencia las necias dificultades de los fariseos, habló á las turbas de la unidad é indisolubilidad del matrimonio, diciendo en contestación á las cavilosas de sus enemigos:

«¿No habeis leído que Aquél que hizo al principio el linaje humano, crió un solo hombre y una sola mujer, y que dijo, por esto el hombre dejará á su padre y á su madre y se adherirá á su esposa, y serán dos en una sola carne. Lo que Dios, pues, ha unido, el hombre no lo separe.»

También les habló sobre la renuncia de las cosas de la tierra y aún de la misma vida; y luego, de la importancia y perseverancia de la oración, para lo cual les propuso la

PARABOLA DE UNA VIUDA QUE PEDIA INCESANTEMENTE SER

OIDA POR UN JUEZ INJUSTO.

Era una mujer viuda que con frecuencia solía acudir en demanda de justicia ante un juez, sin temor de Dios y sin conciencia; nunca la despachaba y la infeliz mujer continuaba siempre importunándole.

Amaneció un día, y el juez, pensando en la pertinaz

insistencia de la suplicante, dijo entre sí: yo no temo á Dios, ni á los hombres, pero para que no me atormente más esa mujer, le haré justicia. Y Jesucristo concluyó diciendo: pues bien, si tal hizo aquel juez inicuo, ¿cómo no escuchará Dios á los pecadores que á Él acudan con fé y perseverancia?

Así mismo, condenando la hipocresía de los fariseos y ponderando la eficacia de la oracion humilde, refirió el Salvador la

PARÁBOLA DEL FARISEO Y DEL PUBLICANO.

Un dia, dice Jesucristo, entraron en el templo para orar un fariseo y un publicano; el primero lo hizo con arrogancia y orgullo, pues, permaneciendo en pié, comenzó por alabarse así propio, diciendo que éi no era como los demás pecadores, injusto, ladron, impuro... que ayunaba, que hacia limosnas...

Miéntas tanto, el publicano, sin atreverse á levantar sus ojos, heria su pecho en señal de dolor por sus pecados; y, lleno de humildad, exclamaba: ¡Ah! Señor, tened piedad de mí, que yo soy un gran pecador!

Así, concluyó Jesucristo, tan solo el publicano salió justificado, pues todo el que se ensalza, será humillado; y el que se humilla será ensalzado. ¡Ah! es que Dios resiste á los soberbios, y á los humildes les dá la gracia.

Con esta parábola el celestial Enviado nos dió norma de cómo hemos de orar con humildad, pensando que somos muy indignos en la presencia de Dios; con sencillez y rectitud, no por apariencia ni hipocresía cual el fariseo, sino con perseverancia á semejanza de la viuda y el publicano de estas respectivas parábolas. Así mereceremos que el Señor nos oiga, y nuestras almas serán justificadas mediante la divina gracia, de la misma manera que lo fué la de aquel humilde publicano.

En esta ocasion á que nos estamos refiriendo, Jesucristo, rodeado como siempre de gran multitud, prosiguió instruyendo á las gentes, y, para significarles cuanto le agrada el candor y la sencillez, simbolizada en la tierna infancia, les decia: «dejad que los niños se

«acercuen á mí, pues de ellos es el reino de los cielos.» Luego habló de la necesidad de guardar los mandamientos para salvarse; y exhortándoles también á la perfección de la virtud, les aconsejó el desasimiento de las cosas mundanales, señalando, como el mayor obstáculo al ejercicio de la virtud, el afecto inmoderado de las riquezas, por la dificultad que estas ofrecen para consagrarse de lleno y con pureza de ánimo al mejor servicio del Señor; por eso, y animándoles al desinterés de los bienes perecederos, prometió en cambio de esa abnegación el ciento por uno y después la vida eterna.

Entonces terminó el divino Maestro tan saludables lecciones con la

PARÁBOLA DE LOS JORNALEROS.

Habia un señor, decía Jesucristo, que llevó á trabajar en su viña á muchos jornaleros y, concluidas las tareas del día, les pagó á todos por igual; pero como unos criados comenzaran sus labores á la primera hora, á diferencia de otros que fueron más tarde á trabajar, y algunos aún fueron á la última hora del día, los primeros murmuraron contra el dueño, porque les había dado el mismo salario que á los últimos, á cuyas quejas respondió el amo de la viña:—Amigo, yo no te hago injuria. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? ¿Acaso no puedo hacer yo lo que quiero?—Así pues, concluyó Jesucristo, los postreros serán primeros y los primeros postreros.

Lícito nos es inferir, según esta parábola, cual sea la libérrima voluntad de Dios en la distribución de sus dones y principalmente de su divina gracia. Nada se nos debe de justicia; por eso en nada tampoco podemos gloriarnos, y sí en todo hay motivo para rendir gracias al autor de todo bien, que es nuestro Dios.

Además la conducta que observó aquel señor con sus jornaleros, nos debe alentar en santa esperanza; pues en cualquier tiempo que trabajemos por salvar nuestra alma, Dios nos recibirá aceptando nuestro arrepentimiento para premiar después nuestras buenas

obras. Si bien es necesario no descuidarnos, porque nadie sabe el tiempo, ni la hora en que se nos pedirá la vida. Así, movidos por estos pensamientos, si trabajamos con actividad para nuestra salvacion, no se ejecutará contra nosotros la terrible sentencia del Salvador: «Muchos son los llamados y pocos los escojidos.»

LECCION XXVIII.

Peticion de los hijos del Cebedeo.—El publicano Zaqueo.—Resurreccion de Lázaro.

Despues que Jesucristo se dignara descubrir los tesoros de su infinita sabiduria enseñando, aún á los más ignorantes, el camino, la verdad y la vida eterna, se dirigió en seguida, acompañado de sus amados apóstoles, á Jerusalem. Es que yase aproximaba la hora de consumir el gran sacrificio de la redencion. Los discípulos temian las iras de aquella ciudad culpable y temblaban; pero el Salvador, para prevenirles, les habló, durante aquel viaje como ya lo habia hecho en otras ocasiones, sobre la pasion y muerte de cruz que esperaba al Hijo de Dios en la ingrata Jerusalem; si bien, con objeto de animarles, les dijo que al dia tercero de su muerte habia de resucitar victorioso y lleno de gloria.

Este último anuncio les agradó, pues ya veian próximo el triunfo de su Maestro; pero lo entendieron falsamente creyendo que seria una dominacion temporal; así es que la madre de Santiago y Juan no tardó en pedir al Señor los primeros puestos para aquellos, y Jesucristo, luego de haber corregido tal peticion, predijo el martirio de los mencionados hermanos, pues así conseguirian sentarse con Jesús, no en un trono temporal, sino en el eterno de la gloria.

Los demás apóstoles se indignaron por la ambición de los hijos del Cebedeo; pero el Señor les dió á todos santas instrucciones, advirtiéndoles cuán distinta es su doctrina de la de los hombres; pues si los magnates y príncipes avasallan tiránicamente á sus súbditos, no así debe suceder entre los discípulos de su ley; por eso, les dijo entonces el Señor: «el que pretenda ser mayor entre vosotros, éste será vuestro criado, y el que quiera ser el primero ha de ser vuestro siervo, así como el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para dar su vida por el mundo.»

Correccion humilde y llena de dulzura que descubre la mansedumbre y el amor del amantísimo corazón de Jesús.

Caminando con direccion á Jerusalem, pasó el Salvador por Jericó, en donde, luego de haber curado á un ciego, se presentaron las gentes en tropel para ver á tan poderoso Bienhechor.

Entre la numerosa multitud es de notar á un publicano muy principal, llamado Zaqueo, el cual era de pequeña estatura; y como no alcanzara á ver á Jesucristo, según deseaba, prescindió de todo humano reparo y corrió precipitadamente subiéndose á un árbol junto al que debía pasar el Señor. Tan vivo era el deseo que tenía de contemplarle.

Jesús recompensó en seguida aquel interés del publicano; pues así que llegó á donde éste se hallaba, se detuvo el Salvador, alzó su vista y dijo á Zaqueo.—Baja pronto, pues debo hospedarme en tu casa.—¡Qué sorpresa tan grata recibió entonces aquel publicano, el cual, en el instante, se apresuró á hospedar al divino Enviado! Pero creyéndose Zaqueo indigno de tal distincion y agradeciendo dicha tanta,—¡ah Señor, le dijo; yo daré la mitad de mis bienes á los pobres, y si he defraudado á alguno le daré tambien cuatro veces más.—Maravilloso efecto de la gracia. En seguida aceptó Jesucristo tan buena disposicion y, premiando la generosidad de Zaqueo, le dijo:—Hoy ha sido dia de salud para esta casa.—Al propio tiempo, contestando el Señor á las murmuraciones de los judios, les dijo:—El

Hijo del hombre ha venido á buscar y salvar todo lo que habia perecido.

Luego de esto salió Jesucristo de la casa del publicano y marchó con los apóstoles hácia Betania, pues habia recibido aviso de que estaba muy enfermo Lázaro, hermano de Marta y de María. Sin embargo, el Salvador aun se detiene algunos dias, durante los cuales acaeció la muerte del enfermo.

Ya se aproximaba Jesucristo á Betania, cuando, noticiosa de este viaje Marta, prescinde hasta de su triste situacion y ya no retarda un instante la salida al encuentro del divino Maestro. En presencia del Salvador aquella solícita discípula, siente que el corazon se le oprime de angustia recordando la muerte de su hermano Lázaro y no acierta á expresar su dolor, si no es con abundantes lágrimas y entre sollosos; por eso, y como reconvinendo dulcemente á Jesús, se atreve á decirle con el más profundo sentimiento de su alma:—¡Ah Señor, si hubiérais estado aquí mi hermano no hubiera muerto. Gran fé encierran estas breves palabras. Entonces Jesucristo consoló á la afligida Marta, prometiéndole que Lázaro resucitaría.

Esta mujer creyó firmemente en la palabra de Jesús, y, en seguida, se fué presurosa para notificar á María, su hermana, la llegada del Salvador. Tan pronto como recibe esta noticia la discípula amante, ya no sufre tregua su corazon, é impulsada por sentimientos de gratitud y santo amor, corre anhelante á la presencia del divino Maestro; y así que lo vé, poseida de saludable temor, no sabe si no postrarse ante sus divinos piés para adorarle de lo intimo de su alma pura, como á su Bienhechor y Dios.

Despues el bondadoso Jesús, acompañado de sus discípulos y de todo el pueblo, se acercó á la sepultura dó yacía el cadáver de Lázaro; allí se le vió llorar. Tan grande es el amor que profesa Jesucristo á sus amigos los justos.

En seguida mandó Jesús que levantasen la piedra, y, abierto el sepulcro, todos pudieron ver el pútrido cadáver de Lázaro, que expedia hedor de muerte, pues ya

eran cuatro dias que fué sepultado. Un secreto temor debió apoderarse de todos los circunstantes, los cuales, llenos de ansiedad, esperaban sin duda algun portentoso.

El Salvador en esta hora alza al cielo sus ojos, dá gracias al eterno Padre, é imponiéndose á la misma muerte, dice con majestad prepotente:—Lázaro, sal fuera.—Nada resiste á la palabra de Dios; por eso aquel cadáver, ya descompuesto, se reanima y vuelve á la vida con asombro de todos los allí presentes que, sin darse cuenta de lo sucedido, permanecian inmóviles hasta que Jesús les dijo:—desatadle las ligaduras;—y Lázaro, lleno de vida y cubierto aun con el sudario, se incorporó á la comitiva que, entusiasmada, confesaba que Jesús era el Mesías, y muchos creyeron en Él.

LECCION XXIX.

Gran consejo en la casa de Caifás.—Jesús convidado por Lázaro y sus hermanas.—Hechos acaecidos en este convite.

Despues de la resurreccion de Lázaro, los fariseos y sacerdotes, cada vez más obstinados y rebeldes á la gracia, no solo resisten la predicacion del divino Maestro, á pesar de la evidencia de milagros tan estupendos, sino que, tanto más alarmados al observar que las gentes, rendidas por la fuerza del último milagro, siguen á aquel Bienhechor poderoso bendiciendo á Dios, no saben que partido tomar y su reconcentrado y rabioso furor les sugiere designios sangrientos; por lo que desde luego se reunieron en consejo para deliberar contra el Hombre-Dios;—pues si lo dejamos así, decian refiriéndose á Jesucristo, todos creerán en él y le aclamarán como rey, y entonces, indignados los romanos, vendrán y arruinarán nuestra ciudad y nuestra nacion.

De esta suerte pretendían los fariseos vengarse de Jesucristo que tantas veces les increpara por su ambición y soberbia condenando su hipocresía y la corrupción de costumbres, mientras que ensalzaba á los pobres y limpios de corazón; por eso aquellos malvados, á fin de asegurar sus horribles planes, idearon aquel pretesto de falsa política.

En esta idea el sumo sacerdote Caifás, presidente de tan infame asamblea, pronunció la sentencia de muerte contra el Justo.—Convienes, dijo, que muera un hombre y no perezca todo el pueblo;—y en verdad que así debía verificarse, pues Jesucristo vino á morir para salvar, no solo á los judíos, sino á todo el mundo. Estas palabras de Caifás fueron inspiradas por Dios; pues según dice el historiador sagrado, se valió del sumo pontífice para vaticinar que la muerte de Jesús había de ser ciertamente para redimir á todas las naciones de la tierra.

Desde este tiempo sólo se buscaba ya medio para quitar la vida al Salvador. Mas no era llegada la hora y Jesucristo se retiró á Efren, donde permaneció algunos seis días, pasados los cuales regresó á Betania, á casa de Lázaro, donde Jesús fué convidado á cenar.

En esta ocasión muchos amigos de Lázaro asistieron, juntamente con los discípulos del Señor, á aquel convite que debió ser de gran contento para todos los convidados, no tanto porque allí estaba sentado á la mesa el que momentos antes yacía cadáver, sino principalmente por hallarse en presencia de Aquél á cuya omnipotente voz obedeció la naturaleza toda y hasta la misma muerte.

En tan célebre banquete, y mientras Marta servía á la mesa, su hermana María, postrada en tierra, vertía el más exquisito aroma sobre los pies de Jesús y los enjugaba con sus cabellos.

Sin duda que el corazón de aquella mujer, ya convertida, rebosaba gratitud y santo amor á su divino Maestro; por eso quiso emplear sus bienes en obsequio de su Bienhechor.

Mas la vil pasión de la avaricia surgió luego de entre los mismos convidados. Júdas Iscariote, el traidor após-

tol que más tarde hubo de vender á su Maestro, fué el desgraciado que turbó la paz del tan célebre festin; pues reprobando aquel rasgo generoso bajo el pretesto de virtud, fué bastante audaz para decir:—¿por qué no se ha vendido ese perfume en trescientos denarios para dárselo á los pobres?

Bien penetraba el Salvador la repugnante miseria y ambicion, oculta con las apariencias de caridad que abrigaba el inmundo pecho del traidor Júdas; pero Jesucristo espera compasivo y sin reconvenir al hipócrita; tan sólo defiende el acto generoso de María diciendo:—dejadla porque ha hecho buena obra; á los pobres siempre los tendreis con vosotros, pero á mí no me tendreis siempre; y, alabando la accion de María, prosiguió el Salvador y dijo: «En verdad que en todo el mundo ha de anunciarse lo que ha hecho esta mujer para gloria suya.»

Entre tanto las gentes, deseosas de ver á Jesús y Lázaro, se dirigian á Betania; por lo que se recrudeció aun más el furor de los escribas y fariseos, y pretendian hacer morir, no solo á Jesús, sino al mismo Lázaro; pues que la presencia de éste acusaba la omnipotencia del que le había resucitado; pero no se atrevieron; pues sin duda entendian que Jesucristo podia resucitarse á sí propio y á Lázaro; por eso los príncipes del Sanhedrin no se atrevieron á ejecutar sus maquinaciones satánicas.

LECCION XXX.

Entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem.—Vaticinio sobre la destruccion de la ciudad y del templo.—Parábola de los colonos.—Otra de un rey que celebró con un convite las bodas de su hijo.—Pago del tributo al César.

Jesucristo, viendo ya próxima la hora de consumir su sacrificio por el humano linaje, salió de Betania con direccion á Jerusalem donde en cumplimiento de las profecias debia hacer su entrada triunfal. Al efecto envió

delante á dos discípulos para que fuesen á Betfaje donde encontrarían, les dijo, una pollina atada, con su cria, previniendo á los enviados que dijeran al dueño que el Señor la necesitaba.

Todo sucedió como se había anunciado; es que la ciencia de Dios es infalible.

Poco después cumpliase una predicción de Zacarías, y Jerusalén fué testigo de ello cuando vió entrar á Jesucristo lleno de mansedumbre y cabalgando sobre un pollino; cuya circunstancia había sido vaticinada tantos siglos ántes por el mencionado profeta.

Mientras caminaba Jesucristo, y así que se divulgó su entrada, las gentes de la ciudad y también la gran multitud que con motivo de la Pascua allí se hallaban, salen al encuentro del Salvador victoreándole; le habían visto obrar prodigios innumerables en todas partes y era reciente la resurrección de Lázaro; por eso, entusiasmados todos le aclaman por el Mesías y gritan:—Hosanna.—Bendito el que viene en nombre del Señor.—Al propio tiempo le acompañaban las turbas llevando palmas en las manos y alfombrando todo el tránsito con ramas que cortaban de los árboles y aun con telas vistosas. Este triunfo confundía más y más á los pérfidos que tenían decretada ya la muerte del Justo por excelencia.

Continuaba Jesucristo su marcha victoriosa y deplorando el porvenir de aquella ciudad ingrata, lloró sobre ella; lamentó su obcecación y predijo el castigo que había de sufrir de los enemigos, los cuales la destruirían sin dejar en ella piedra sobre piedra, cuyo vaticinio se cumplió cuarenta años después con el sitio y toma de Jerusalén por Vespasiano y Tito.

Jesucristo, luego de su triunfal carrera, entró en el templo y arrojando de él á los profanadores, comenzó á enseñar á la multitud, á la vez que confundía á los doctores de la ley valiéndose al efecto de la

PARÁBOLA DE LOS COLONOS.

En esta alegoría, refiere el Señor la conducta criminal de unos jornaleros; los cuales, habiendo tomado

en arriendo una viña, no solo se negaron al pago de la renta, sino que persiguieron á los enviados para cobrarlas, dando muerte á alguno de ellos; y, como el amo de la viña enviase con el mismo objeto á otros criados, recibieron estos igual tratamiento, por lo que determinó el dueño mandar á su propio hijo pensando que, al menos, le respetarían; pero muy al contrario, entendieron aquellos que matándole pudieran distribuirse la hacienda y con efecto tambien quitaron la vida al hijo de su amo.

Ahora bien, dijo entónces Jesucristo á sus oyentes: ¿qué hará el dueño de la viña con los culpables? Destruirá, le contestaron, á los malos y arrendará su viña á otros que le paguen su renta.

Con esto el Salvador, no solo puso de relieve la conducta perversa de aquellos judios y de sus ascendientes que, ingratos á Dios y á sus enviados, los profetas, les persiguieron y derramaron su sangre; sino que descubrió el porvenir sangriento que reservaban al mismo Hijo de Dios, cuya muerte ya maquinaban, por lo que les intimó una suerte, semejante á la que ellos mismos señalaron contra los arrendatarios que asesinaron al hijo de su amo. Así lo comprendieron los fariseos que hipócritamente contestaron:—No lo permita Dios;—pero rebeldes en su obstinacion deseaban con más furor la muerte del Justo.

El Señor en seguida, para patentizarles la resistencia de los judios al llamamiento divino, pronuncia otra

PARÁBOLA DE UN REY QUE DISPUSO UN CONVITE PARA
CELEBRAR LAS BODAS DE SU HIJO.

Era un gran rey que habiendo invitado á muchos á un banquete, cuando ya todo estaba dispuesto los fué llamando; pero ellos, no solo le despreciaron, sino que maltrataron y dieron muerte á los emisarios, por lo que indignado aquel les castigó de muerte é incendió las ciudades de ellos; mientras que otros criados, por orden del mismo rey, salieron en todas direcciones y convidaron al festin á cuantos encontraron, buenos y malos.

El rey penetró luego en la sala, y habiendo visto allí á uno que no llevaba vestido de boda, mandó que le arrojasen á las tinieblas, donde no habria sino llanto y crujir de dientes. Pues muchos son los llamados, concluye aquí Jesucristo, y pocos los escogidos.

Terrible sentencia que nos enseña á que nos hagamos dignos de entrar en el número de los elegidos correspondiendo dignamente á los llamamientos de la gracia, para que evitemos así los ardores sempiternos.

Confundidos con esto los fariseos que, como los convidados de esta parábola, se resistian á tantos avisos del cielo, tan solo se ocupaban en tentar al Salvador á cuyo efecto le interrogaron en esta ocasion con sagaz malicia:—Maestro, ¿es lícito á nosotros pagar tributo al César, ó nó?—Jesús lee en los corazones de aquellos hipócritas y deshace sus maquinaciones diciéndoles:—Mostradme la moneda; ¿de quién es la imágen ó inscripcion que tiene?—Del César, le dijeron.—Y Jesucristo les replicó:—Dad, pues, al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.

De esta suerte aplastaba el Señor la malicia de sus enemigos, los cuales, á medida que eran confundidos por El, le buscaban nuevos conflictos, aunque en vano; pues para Dios no hay dificultades, por lo que llenos de rabia ansiaban vengarse de Jesucristo.

LECCION XXXI.

Parábola de las diez virgenes.—Otra de los talentos.—Doctrina de Jesucristo acerca del juicio final.

El divino Maestro, durante los últimos días de su vida mortal, inculcaba sin cesar en el templo de Jerusalem la necesidad de vivir siempre prevenidos con la divina gracia, pues que en cada momento puede el Señor

pedirnos razon de nuestros actos, excitándonos á este fin con la

PARÁBOLA DE LAS DIEZ VÍRGENES.

Eran, dijo Jesucristo en esta ocasion, diez vírgenes, las cuales debian, segun costumbre, acompañar al esposo á casa de la esposa llevando en sus manos lámparas encendidas. De estas vírgenes, cinco fueron prudentes, pues juntamente con sus lámparas llevaban el aceite; mientras que las otras cinco tan solo llevaron sus lámparas sin el aceite. Mas como el esposo tardase, todas aquellas vírgenes se durmieron, hasta que se oyó á media noche una voz anunciando la venida del que esperaban.

Las diez vírgenes preparan entonces sus lámparas y, observando las cinco vírgenes fátuas que se apagaban sus lámparas, piden aceite á las compañeras, quienes les respondieron:—Id á los que venden no sea que falte tambien para nosotras;—pero en el ínterin que fueron á comprar, vino el esposo y las que estaban dispuestas entraron en la casa del festin, del que fueron excluidas las vírgenes nécias, pues que á su regreso la puerta estaba ya cerrada y aunque llamaron diciendo, Señor, Señor, abridnos; no merecieron si no aquel terrible—no os conozco.—Así, dijo entonces Jesucristo á sus oyentes, —velad, porque no sabeis el dia ni la hora.

A continuacion y confirmando esta misma enseñanza, refirió Jesucristo la

PARÁBOLA DE LOS TALENTOS.

Habia un hombre poderoso que, partiendo á lejanas tierras, distribuyó sus caudales entre sus criados, dando á uno cinco talentos, á otro dos y á otro uno, á fin de que cada cual negociase con ellos; pero que, despues de algun tiempo, regresando el amo llamó á sus criados pidiéndoles cuenta de su respectiva negociacion.

El de los cinco talentos le presentó otros cinco más que habia lucrado con los primeros; asimismo el segun-

do de los criados le entregó los dos talentos recibidos de su amo, mas otros dos que se habia procurado negociando; por cuya laboriosidad merecieron alabanzas, y el señor les admitió á la participacion de todos sus bienes. Pero cuando se presentó el criado que recibiera un solo talento, dijo á su amo: ¡Ah señor! yo temia tu rigidez y escondí el talento, ahí lo tienes; el señor entonces, indignado con aquel siervo perezoso é inútil, le arrojó de su presencia á las tinieblas exteriores, donde será el llanto y crujiir de dientes.

Así manifestó el Salvador la necesidad de emplear todas nuestras fuerzas, trabajando en proporcion con los dones recibidos del cielo, para que en el dia de la cuenta merezcamos ser alabados por el divino Juez y compartir con Él las delicias celestiales, evitando de este modo, con nuestra actividad, la execracion del Señor y el castigo eterno con que serán afligidos los indolentes y perezosos en el servicio de Dios y santificacion de sus almas, como sucedió al siervo perezoso de esta parábola.

En esta ocasion tambien anunció el divino Maestro el dia del juicio final y las señales precursoras de tan espantoso suceso, y en cuyo dia ha de presentarse Jesucristo en toda su majestad y acompañado de todos sus ángeles para juzgar á todas las generaciones y dar á cada uno segun sus obras á los buenos el premio eterno: —Venid, dirá á estos el justo Juez, venid, benditos de mi Padre á poseer el reino de los cielos que os tengo preparado desde el principio del mundo.—A los réprobos les dirá así mismo:—Id, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles;—y así irán estos al fuego eterno y los justos á la vida eterna.

LECCION XXXII.

El Salvador abandona el templo de Jerusalem dirigiéndose á Betania.—Venta de Jesús.—Preparacion y celebracion de la Pascua.—Leccion de humildad, que el Señor nos dá en la accion de lavar los piés á sus discipulos.

Habia Jesucristo atestiguado plenamente su mision divina, no solo con sus admirables predicaciones, llenas de infinita sabiduría; sino tambien con multitud de prodigios dando vista á los ciegos, oido á los sordos, á todos los que padecian mal la salud; y aún la vida á los muertos. Estos milagros los realizaba siempre en público y tan solo al imperio de la voz, á la que obedecian los cielos, la tierra, los elementos todos y hasta los mismos demonios; y sin embargo sorprende cómo los judios se resisten á confesar que Jesucristo era el Mesías anunciado por los profetas. Fué, pues, inescusable la ceguera de aquellos, si bien sirvió á designios providenciales, porque predicha estaba tal obcecacion por el profeta Isaías; sin embargo, no faltaron muchos quiénes le reconocieron como el Enviado de Dios, y para sostenerles en esta fé y animar á los tímidos y confundir á todos, les dirigió el Salvador su palabra terminando su último discurso en el templo con estas enérgicas lecciones:— Quien cree en mí, cree tambien en Aquél que me envió..... quien me desprecia y no recibe mis palabras, ya está juzgado; la palabra que yo he predicado, será la que juzgue el último dia.

Diciendo esto Jesucristo abandonó para siempre aquél templo, teatro de su sabiduría y de sus portentos; y cuya destruccion habia sido anunciada ya, así como la de Jerusalem. En seguida, acompañado de sus discipulos, se dirigió á Betania.

Era el miércoles por la tarde, cuando Jesucristo dijo á sus apóstoles:—Bien sabeis que de aquí á dos dias debe celebrarse la Pascua, y que el Hijo del hombre será en-

tregado á muerte de cruz.—Efectivamente, aproximábase la hora en que el divino Jesús iba á ofrecerse víctima voluntaria por los pecados del mundo; y, mientras los sacerdotes y escribas reunidos en consejo acordaban apoderarse de El para hacerle morir antes de la Pascua, el Salvador hallábase entonces con sus apóstoles, convidado en la casa de Simon, el leproso; asistiendo también á este convite Lázaro y sus hermanas.

María Magdalena, como en otra ocasión, derramó así mismo sobre la cabeza del Salvador un preciosísimo aroma, mas este rasgo de generosidad indignó al ambicioso Júdas, en cuyo vil corazón entró Satanás, por lo que en la misma noche aquél mal apóstol se presentó en casa de Caifás, ofreciendo al Consejo allí reunido, entregar el divino Maestro, si le daban algún dinero. Al efecto se convinieron, según San Mateo, en treinta monedas de plata. ¡Traición execrable! ¿Quién no se extremece de angustia y dolor al ver á todo un Dios objeto de tan negro y miserable tráfico? ¡y todo por nuestra salvación!

A la mañana siguiente el pérfido Júdas se presentó ante Jesús disimulando tan horrendo crimen, como si el Señor no penetrara aun en lo más recondito del alma.

Entre tanto Jesucristo, viendo próxima la hora de su muerte, quiso ántes celebrar la Pascua con sus apóstoles y á este fin envió á dos de ellos á Jerusalem, para que allí preparasen la sala donde debía celebrarse esta solemnidad. Así lo hicieron y se encontraron luego reunidos todos en un magnífico aposento.

Era el jueves por la tarde cuando se comenzó la ceremonia, según prescribía la ley de Moisés; y luego que fué terminada, sabiendo Jesús, dice el historiador sagrado, que iba á pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

¡Oh amor incomprensible! Jesucristo va á sufrir horribles tormentos y muerte cruel por la redención del hombre, el hombre ha de ser precisamente instrumento inhumano de tan cruento sacrificio, y no obstante tal es y tan vehemente el amor de Jesús, que su dulcísimo corazón no consiente separarse del infeliz pecador, aunque

para esto sea necesario un sacrificio más del mismo Dios; por eso, movido de misericordia, prepárase el Señor á dejar al hombre como en testamento una memoria de valor infinito, en la institucion del augusto sacramento del Altar.

Asi lo meditaba el bondadoso Jesús, pero detiéndose un momento mas. ¡Ah! es que inundada de acerbo dolor su alma bendita, siente la pérdida de uno de los apóstoles y antes que este culpable discípulo consume su reprobacion con otro horrendo sacrilegio, intenta el Salvador llamar á aquel corazon rebelde; por eso el Hijo de Dios, para ver de triunfar, aunque sea á costa de su anonadamiento y humillacion, del traidor Júdas, no duda abatirse hasta un punto que es inconcebible, sino es Dios quien tanto se humilla.

El divino Maestro, solícito siempre para que no se pierda ninguno de los pecadores, á fin de mover á penitencia al pérfido Júdas; se resuelve á ejecutar una accion de profundo abatimiento, capaz de ablandar el corazon más empedernido, si este no fuera el del sacrílego discípulo. Con este propósito, pues, se levanta Jesús de la mesa, toma una tohalla y echando agua en una basija, se postra ante los piés de sus discípulos y se dispone á lavárselos á todos sin exceptuar al traidor.

¡Oh y que leccion tan sublime de humildad! Dios mismo se humilla hasta el extremo de lavar á sus discípulos, no la cara ó las manos, sino los piés y aun los del mismo Júdas; pero ni aun así se estremeció aquél infame que habia concertado la venta sacrílega de Jesús y esperaba ocasion para entregarle á sus enemigos. ¡Oh funesta avaricia! ¡Oh más funesta obcecacion! Júdas permaneció insensible, mientras que atónitos los demás apóstoles no entendian tanto abatimiento de parte de su Maestro, por lo que sin poderse contener San Pedro exclamó:—Señor ¿tú lavarme los piés?.. eso jamás.—Pero luego hubo de permitirlo aquel apóstol, pues que así lo quiso el humildísimo Jesús, y despues de haber dicho á sus apóstoles que estaban limpios, aunque no todos, aludiendo al traidor Júdas, prosigue el amantísimo Jesús la humillante ceremonia del lavatorio.

LECCION XXXIII.

Institucion de la Sagrada Eucaristia.—Enseñanzas de Jesucristo á sus apóstoles.—Se dirige el Señor al huerto de Getsemani.

Concluida la accion de humildad profunda y abatimiento de que Jesucristo dió sublime y edificante ejemplo al lavar los piés de sus apóstoles; el pacientísimo Salvador les exhortó á que le imitasen, persuadiéndoles al efecto con estas enérgicas y eficaces palabras:—No ha de ser el siervo más que su Señor;—y, así mismo, prometiendo, á los que inspirados en sentimientos de humildad y caridad practicasen tan excelentes y sólidas virtudes, una recompensa de gloria sempiterna.

Despues el divino Maestro, sentado á la mesa con sus discípulos, anunció otra vez que uno de ellos le habia de entregar, y pronunció en seguida terrible anatema contra el culpable.

Todos los apóstoles temblaron, mas el traidor permaneció insensible. Su obcecacion resiste ya á todo llamamiento divino.

Llegó por fin el momento solemne, y el amorosísimo Salvador, que vé inmediata la hora de abandonar el mundo, deseando vivamente permanecer siempre junto al hombre, por quien va á morir, se dispone á realizar el más grande de todos los milagros. Al efecto tomó Jesús en sus manos santas el pan, lo bendijo y lo distribuyó entre sus discípulos diciendo:—Tomad y comed: *Este es mi cuerpo.*—Así mismo tomó el cáliz con vino y les dió á beber diciendo:—Tomad y bebed: *Esta es mi sangre.*

Así se cumplieron los deseos del Salvador; pues apenas pronunció tan misteriosas palabras, el pan y el vino que tomó en sus manos se convirtió en el cuerpo verdadero y sangre bendita de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Ah! es que nada resiste á la Omnipotencia divina, porque nada hay imposible para Dios; y así como en la

creacion del mundo dijo Dios,—Sea la luz,—y la luz fué hecha; del mismo modo sucedió cuando el Hijo de Dios dijo esto es mi cuerpo, esto es mi sangre; porque realmente dejó de ser la sustancia del pan y del vino, y, bajo sus accidentes respectivos, está la carne y sangre de Jesucristo. Pues los cielos y la tierra pasarán, pero la palabra de Dios no pasará. Él lo ha dicho, luego así fué hecho. Con lo que, y en virtud de aquellas solemnes palabras, quedó instituido el sacramento de la Eucaristía, que contiene verdadera, real y sustancialmente el mismo cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

En seguida el divino Maestro dió potestad á sus apóstoles y en ellos á sus sucesores para perpetuar tan augusto misterio.—Cuántas veces esto hiciéreis, les dijo, hacedlo en memoria mia.—Así quedó tambien instituido en aquella memorable noche el sacerdocio, que durará, como el sacrificio del altar, hasta el fin del mundo, para la espiritual salud de todos los hombres.

Bien preveía el Salvador los ultrajes y sacrilegios que habia de recibir de parte de los pecadores, aun en el sacramento del divino amor, pues ya entonces mismo el traidor discípulo perpetró el más horrible sacrilegio; pero sin embargo, tal es el amor divino hácia el hombre, que nada detiene al Señor para realizar sus misericordias.

Nuestro adorable Salvador, luego de habernos dejado el testimonio de su inmensa caridad en el sacramento por excelencia, dió lecciones sublimes á sus discípulos instruyéndoles en los grandes sucesos próximos á verificarse para la redencion del mundo. Les predijo así mismo las persecuciones que debian sufrir en la predicacion del Evangelio; les anima, en la idea de una recompensa eterna; les promete la venida del Espíritu-Santo; despues les habla de la humildad, de la oracion, y, como complemento, les encargó la caridad fraterna.—Os doy, les dijo, un nuevo mandato: que os ameís los unos á los otros, como yo os he amado, y en esto se conocerá que sois mis discípulos.—Solo Dios podia pronunciar palabras tan sublimes, pues que Él es el amor

por excelencia y quiere que este fuego divino arda con viveza en todos los corazones.

Terminadas estas instrucciones y mientras el traidor Júdas se disponía para consumir su iniquidad, el Salvador se dirigía al huerto de Getsemaní, próximo á Jerusalem, en compañía de los apóstoles, á quienes anunció que pronto habian de abandonarle; si bien les animó prometiéndoles que, luego de resucitado, les precedería en la Galilea.

Así que esto oye San Pedro asegura resueltamente acompañar siempre á su Maestro y si es necesario seguirle hasta el mismo suplicio; mas Jesucristo, que conoce cuán débil es el hombre, replicó á su apóstol diciéndole:—En esta misma noche me has de negar tres veces, ántes que el gallo cante.—Sin embargo, insiste San Pedro en su buen propósito y el Señor le dice entonces:—Simon, Simon, mira que Satanás os acecha para acribaros como el trigo; mas yo he rogado por tí para que no falte tu fé, y tú cuando te conviertas confirma á tus hermanos.

De esta suerte miró Jesucristo por la Iglesia, que más tarde debia instituir otorgando á Pedro y en él á sus sucesores la dote divina de la infalibilidad; por eso la fé de este apóstol y de su Silla no ha faltado ni faltará jamás, siendo por tanto el romano pontífice infalible, cuando habla como Maestro universal y Cabeza de la Iglesia, esto es, en las cosas de fé y costumbres. Así lo prometió el divino Fundador de aquella y á este fin oró por Pedro para que no faltase su fé y pueda confirmar en ella á sus hermanos.



LECCION XXXIV.

Oracion en el huerto.—Prision del Señor.—Jesucristo en casa de Anás y Caifás.—Negacion de San Pedro.—Su conversion.—Jesús sentenciado á muerte.—Desesperacion de Júdas.

Ya en el huerto de Getsemaní, Jesucristo, separándose algun tanto de sus discípulos, se puso en oracion ante el Eterno Padre y allí hizo el sacrificio de su voluntad, ofreciéndose á morir para satisfacer por nuestros pecados.

Entonces piensa Jesús en los crueles tormentos y el horror á la muerte; y al considerar la enormidad de los pecados y la ingratitud de los pecadores, se apoderó de él tan profundo estremecimiento de ánimo, que Jesús cayó en agonia y sudó como gotas de sangre que corria hasta la tierra. Un ángel del cielo vino á confortarle; mientras, los apóstoles dormian.

Mas el divino Maestro, levantándose ya de su oracion fuese á sus discípulos y apenas les despertó exhortándoles á la vigilancia y oracion, cuando fué sorprendido el Salvador por un grupo de foragidos capitaneados por el traidor Júdas.

Este infame apóstol habíase convenido con los malvados para prender á Jesús, y un beso hipócrita fué la señal de tan inaudito crimen.

En vano Jesucristo echó en cara al ingrato discípulo su traicion; la ennegrecida conciencia de este infame permaneció inalterable; en vano tambien patentizó el Señor entónces con un milagro que era Dios; pues diciendo á sus perseguidores: «Yo soy á quien buscáis,» cayeron estos derribados en tierra al ímpetu de aquella palabra de Jesús; cual si fueran heridos por un rayo de celeste indignacion; porque así y todo no quisieron ver aquellos miserables la divinidad que irradiaba en la frente del Justo, y, tan pronto como el Señor lo consintió, los malvados perseguidores se atrevieron contra Jesucristo y le prendieron.

Entónces los tímidos apóstoles abandonan á su Maes-

tro, y Jesús fué conducido entre las burlas de la soldadesca á la casa de Anás y desde ésta á la de Caifás, en cuya presencia un criado ultrajó con sacrílega audacia á Jesucristo; porque interrogado éste sobre su doctrina por los jueces; les contestó: «Yo públicamente he enseñado; preguntad, pues, á los que me han oído y os lo dirán.» Así la Sabiduría infinita confundió á sus acusadores; por eso y á pesar de la afrenta lanzada contra el divino rostro de Jesús, nadie reprende la inícua accion del criado, y el pacientísimo Redentor tan solo exhaló una triste queja diciendo con toda humildad al culpable: «Si he hablado mal, manifiéstalo, y si bien ¿por qué me hieres?»

¡Oh resignacion sublime! Solo un Dios que venia á dar su vida por el hombre era capaz de pronunciar tales palabras sin castigar con su omnipotencia tan sacrílego ultraje.

Entre tanto el Consejo buscaba en vano testigos contra Jesús, pues ningun testimonio era uniforme. Los jueces no saben como realizar su injusticia y entónces el sumo sacerdote, con refinada malicia, conjura á Jesús para que confiese si era el Mesías verdadero, el Hijo de Dios; á lo que Jesucristo no solamente contestó que en verdad lo era, sino que anunció que pronto le verian en gran majestad venir sobre las nubes del cielo.

Esta confesion tan resuelta y la prediccion del Salvador, debia ser bastante á detener la injusticia horrible que contra él perpetraban. Pero ciegos y obstinados no quieren ver más que la sangre de tan augusta víctima; por lo que, afectando indignacion el pontífice, rasgó sus vestiduras; acusa de blasfemo á Jesucristo y exclama con cruel complacencia:—¿que necesidad tenemos ya de testigos? reo es de muerte.

Bien sabia el Salvador que con su confesion iba á provocar tan inícua sentencia, pero quiso darnos ejemplo, enseñándonos que, á pesar de todas las persecuciones, jamás debemos ocultar la verdad ni negar nuestra fé. Así quiso el divino Maestro señalar el camino del martirio á sus discípulos, que habian de seguirle en la confesion de su fé desafiando los tormentos y la muerte.

Con esto se suspendió el Consejo en aquella noche, durante la cual, Jesucristo fué entregado á disposicion de la soldadesca, que tomándole como objeto de burla, le escupian en el rostro, le daban bofetadas y empellones y lo maltrataban con crueldad y desenfreno; más Jesús callaba y sufría.

El apóstol San Pedro, interesándose por la suerte de su Maestro, habia logrado entrar en la casa de Caifás.

Calentándose se hallaba allí el tímido apóstol con los criados del pontífice, cuando le preguntaron hasta tres veces sucesivamente aquellos si era discípulo de Jesús; y aquel apóstol, que tan impetuoso y tan resuelto habia prometido á su Maestro seguirle, aunque fuera al patíbulo, se siente ahora débil para confesarle y, cobarde, le niega una y otra vez, hasta que la tercera oyó por segunda vez el canto del gallo.

Entonces Jesús mira con ojos de misericordia á su discípulo, y tan misteriosa mirada penetrando en aquel corazón, lo trasformó. Recordó entonces Pedro la palabra de Jesucristo y, arrepentido el débil apóstol, salió de aquel lugar fatal, llorando despues amargamente toda la vida su defeccion. Que si San Pedro sucumbió á la tentacion negando á su Maestro, también fué dócil á la divina gracia y, arrepentido, lloró con intenso dolor su infidelidad. En este suceso entienda el cristiano la necesidad de vigilarse para no exponer su fé ni su virtud; y á la vez, si por desgracia es víctima de infidelidad á su Dios, á imitacion de este apóstol responda al llamamiento divino, llorando arrepentido sus pecados.

Al dia siguiente del mencionado suceso, se reanudó muy de mañana el Consejo y en su nombre reiteró Caifás á Jesús la misma pregunta,—siera el Hijo de Dios;—y luego de haberlo así confesado el que en verdad lo era, como lo acreditaban sus predicaciones divinas, tantos milagros y las profecías realizadas en su persona, pronúnciase contra el Justo la sentencia de muerte, y los príncipes de los sacerdotes, impacientes por quitarle cuanto ántes la vida, deciden conducir á Jesucristo al pretorio, para que allí sea confirmada tan infame y atroz sentencia.

Júdas que vió entonces por las calles de Jerusalem al inocente Jesús, maltratado, cual si fuera un criminal, sintió que el negro remordimiento le ahogaba y, desesperado, ni piensa en su conversion. ¡Ah! es que tan nefando crimen habia endurecido su alma. Huye, pues, al templo; allí arroja el detestable metal causa de su infamia y, confundido, dice á los sacerdotes:—He pecado entregando la sangre del Justo;—y temblando y lleno de horror, se precipita en la muerte ahorcándose él mismo hasta derramar sus entrañas por el suelo. Funesto fin y terrible leccion; ¡cuánto enseña á los sacrílegos y traidores al llamamiento divino! ¿quién no tiembla?

LECCION XXXV.

Jesús ante Pilatos y Herodes.—Otra vez es conducido el Señor á la presencia de Pilatos.—Medios que éste emplea para libertar á Jesucristo.—Es confirmada la sentencia de muerte.

Despues que el Salvador fué acusado en el consejo de Jerusalem como reo de muerte, por haber confesado que era el Hijo de Dios, y entre tanto el pérfido Júdas consumaba su reprobacion, nuestro amantísimo Jesús era conducido entre burlas é insultos al tribunal del gobernador romano, para que éste á su vez ratificara tan inicua sentencia. La augusta víctima no solo sufrió entonces por nuestro amor humillaciones y desprecios de las turbas, sino que ante Pilatos fué así mismo tratado cual si fuera un criminal; que tanto le costó salvar al mundo; por eso todos le acusan; todos ébrios de furor exhalan odio, sangre y muerte contra el pacientísimo Jesús y Redentor compasivo de los hombres.

Tan terrible y cruel era la actitud feroz de aquella sangrientas turbas.

Mas el gobernador romano, sintiendo compasion hácia el Justo y entendiendo desde luego que Jesús es inocente, quiere eximirse de toda responsabilidad y que lo juzguen los judios; pero estos insisten con gritos horribles á fin de que Jesús sea sentenciado; pues querian crucificarle y esto tan solo podian conseguirlo del poder romano.

Resiste á Pilatos tal iniquidad contra un hombre justo, y observando que llamaban á Jesús el Galileo, aprovecha esta circunstancia Pilatos para remitir el acusado á Herodes, tetrarca de Galilea, el cual á la sazón se hallaba en Jerusalem.

Este príncipe disoluto, el asesino del Bautista, se alegró ver á Jesús, pues pretendia que hiciera algun milagro; le instó al efecto aquel príncipe, pero en vano; le interrogó despues sobre su doctrina y su mision; mas Jesús permanecia silencioso confundiendo así la vanidad y alardes de sabiduría de aquel tentador; por lo que indignado éste se burló de Jesús, lo vistió con ropaje blanco, cual si fuera loco, y lo devolvió á Pilatos para que éste le juzgara.

Entre tanto el inocente Jesús era objeto de las burlas, de la irrisión y del desprecio, todo por nuestro amor; y por nuestro amor tambien, Jesucristo permitió ser juzgado como si fuera un malhechor.

Pilatos, al ver otra vez en su presencia á Jesús, teme y tiembla; está persuadido de la inocencia de éste y solo desea libertarlo. Con tal objeto, pues, se dirige á los sacerdotes y al pueblo diciéndoles:—Yo no hallo en este hombre ningun delito y, como habeis visto, tampoco Herodes.

Así, justificada la inocencia de Jesús, el juez debiera haber cumplido su obligacion dejándole en libertad y castigando á los acusadores; pero Pilatos fué débil, temió indisponerse con los sacerdotes y quizá perder el poder si no condenaba á Jesús, pues ya le decian en el César. Por eso, y despues de haber mandado azotar al inocente con crueldad sin igual, hasta que se le pu-

dieran contar todos los huesos, envuelta en su propia sangre aquella víctima divina, y luego de haber colocado sobre los hombros de Jesús un arapo de púrpura simulando el manto real, le puso así mismo en sus manos una caña, cual si fuera un cetro, y en la cabeza una corona de punzantes espinas que taladraron sus sienes sacrosantas, y en tan lastimoso estado fué presentado Jesús, desde el balcon del gobernador romano, al pueblo, que esperaba en la plaza, diciéndoles entonces Pilatos:—*Ecce homo*:—ved aquí el hombre que decís se llama rey;—como si dijera: ¿qué podeis ya temer de él? Así esperaba Pilatos, con tal inhumanidad, excitar la compasion de los judios y soltar á Jesús. Pero aquel pueblo de corazon incircunciso y dura cerviz que anteriormente habia preferido la libertad de un criminal, el sedicioso Barrabás, con tal de que se condenara á muerte al inocente Jesús, no era susceptible de compasion. Por eso, al ver que se demoraba la codiciada sentencia de muerte, se encendió más y más el furor de aquellas turbas y frenéticamente pidieron con espantosos ahullidos la muerte del Justo; pero muerte afrentosa de cruz.—Crucifícale, decian, crucifícale y caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.—¡Desgraciados! vuestra horrible imprecacion no tardará en cumplirse.

Con efecto, al poco tiempo de este suceso, surgió una guerra intestina y Jerusalem fué desolada y los judios expiaron el horrendo deicidio; por lo que todavia pesa sobre ellos la indignacion de Dios; sin que despues de más de diez y ocho siglos constituyan nacionalidad; y se ven dispersos, errantes y aun perseguidos en toda la tierra.

Pilatos, por salvar á Jesús, habia ensayado aunque en vano, algunas tentativas; pero fué débil sin embargo de estar persuadido y haber confesado la inocencia del acusado, y condescendió con los judios y se lo entregó para que lo crucificasen.

LECCION XXXVI.

Jesús con la cruz acuestas.—Crucifixión del Señor.—Palabras de Jesucristo en la cruz.

Eran como las nueve de la mañana del viernes, víspera de la Pascua, cuando se apoderaron los judios de la santa Víctima; en seguida, con frenético furor, despojaron al pacientísimo Jesús de la púrpura, le cubrieron con una túnica y entre insultos y empujones cargaron la cruz del suplicio sobre los débiles hombros del que en ella iba á ser crucificado. Tan horrible era la crueldad de aquellos foragidos.

Llegó por fin el momento deseado por los feroces judios y el inocente por excelencia salió con el madero de la cruz, seguido de los verdugos y de gran multitud, en direccion al monte calvario... Supla el silencio lo angustioso de aquella procesion de muerte... ¡Oh Jesús mio, cuánto os hace padecer el pecado! Cual inocente corderillo que vá á ser sacrificado, el divino Jesús, desfallecido y envuelto en sangre, caminaba entre burlas y violencias, cuando de pronto, y abrumado por el peso de la cruz, cae en tierra una y hasta tres veces, sin excitar por eso la compasion de los malvados ¡Oh crueldad inhumana! ¿Y no hay quien consuele al Señor de los cielos y de la tierra!? ¡Terrible desamparo! solo la Santísima Virgen aparécese en tan crítico y lúgubre instante; pero... ¡Ah! qué dolor tan acerbo sintiera entonces Jesús; qué afliccion, qué honda amargura devorara así mismo el amantísimo corazon de María; ella ha visto á su amado, ha visto á su inocente hijo en las calles de Jerusalem ¡¡qué encuentro!!! Aquella afligida mártir resignase con la voluntad divina, y sigue sumergida en amargo desconsuelo, al contemplar al Hijo de sus entrañas cual víctima inmolada á horrendo sacrificio. Pero abreviemos tan dolorosa narracion. ¡Ah y cómo confunde al pecador!

Jesucristo ha llegado ya al lugar del suplicio; sus

enemigos, sedientos de sangre, le tendieron desnudo sobre la tosca cruz de madera, y con feroz crueldad clavaron á golpe de martillo gruesos clavos sobre aquellas manos y piés sacratísimos, que tan solo se emplearon en hacer bien. Así destrozaron al inocente Jesús; y para más atormentarle elevaron en alto la cruz, dejándola caer bruscamente en el agujero hecho en el suelo, con cuya violencia fueron recrudecidas las llagas y desgarradas las virginales carnes del divino Hijo de María.

Al mismo tiempo fueron crucificados dos ladrones, uno á la derecha y otro á la izquierda; con esto se proponían los pérfidos judíos hacer más ignominiosa la crucifixion y muerte de la santa víctima.

Mientras, la Virgen Madre, sumergida en un mar de dolor, compartía con su Hijo estos horrores, cuyo solo recuerdo estremecen el ánimo del más insensible.

El amorosísimo Jesús, olvidando sus horribles padecimientos, permanecía resignado ofreciéndose víctima de reconciliacion por los hombres; por ellos ruega al cielo y á nadie excluye de su misericordia; por eso, y compadeciéndose aun de sus mismos verdugos, exclama entonces Jesús:—Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.—¡Oh sublime caridad! bien se entiende que el que así habla es un Dios que viene á morir por el mundo; por eso su primera palabra es de amor y de perdón. ¿Qué corazón puede resistirse ya á la indulgencia y reconciliacion con sus semejantes, si medita tan elocuentes enseñanzas?

Sin embargo de la mansedumbre y sufrimientos de Jesús, nadie se compadece de él y todos se emplean en ultrajarle; hasta uno de los ladrones, que á la vez pendía del patíbulo, se burlaba también diciéndole con insultante desprecio.—A otros salvó y así mismo no puede salvarse..... si tú eres el Cristo, sálvate, y á nosotros.—¡Desgraciado! no aprendió en aquel libro vivo del divino Jesús, cuyas lecciones de resignacion y humildad le hubieran alumbrado á no estar ciego á la luz de la gracia.

No así sucedió al ladrón de la derecha que, rendido

por los destellos divinos, vió en Jesucristo al hijo de Dios y se arrepintió; por lo que é indignado contra el ladron blasfemo le dijo:—y ¿no temes tú á Dios estando como te hallas en el suplicio?—al fin nosotros padecemos justamente, pero éste ningun mal ha hecho; y volviéndose entonces á Jesucristo, le dice: ¡Ah Señor! acordaos de mi cuando entráreis en tu reino.—Palabras preciosas que le merecieron inmediatamente un cielo eterno; pues el Salvador, premiando el arrepentimiento y la fé de este afortunado ladron, le dijo:—Hoy serás conmigo en el paraiso.—Tal es la eficacia de la gracia; fué dócil á ella el buen ladron y en un momento, con lágrimas de verdadera contricion, lavó su alma de la horrible inmundicia del pecado, y se salvó.

Jesucristo, pendiente de la cruz, no olvida á los pecadores y tanto nos ama que antes de morir dispuso el testamento de su encendida caridad, dándonos á su propia Madre la Santísima Virgen, como madre tambien nuestra. Por eso, dirigiéndose á San Juan, en el que estaban representados todos los hombres, dijo Jesucristo á su bendita Madre:—Mujer he ahí á tu hijo;—y luego al discípulo,—he ahí á tu Madre.

Con esto quedamos ya, desde entonces, todos los hombres adoptados por hijos de la Madre de Dios. ¡Qué dicha y qué confianza no debe inspirar á los pecadores la Virgen María siendo nuestra Madre!

De esta suerte, el Salvador en la cruz solo se cuidaba de nuestra salvacion.

Entre tanto Jesucristo se sentia próximo á morir y exclamó:—¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me has abandonado?—¡Oh dolor! el Dios de todo lo criado permite sufrir tal desolacion por salvar al hombre.

Luego, ya en su agonía, pidió Jesús algun alivio y dijo:—*Sitio*, (tengo sed);—era la sed, el deseo ardiente de reconciliar al mundo; pero los crueles verdugos nada desperdician en ódio al Inocente; por lo que y asegurando en una caña una esponja, empapada con hiel y vinagre, le humedecieron así los lábios al divino Mártir.

Con esto y otros muchísimos sucesos que se realizaron en la crucifixion de Jesús, quedaron cumplidas to-

das las profecías y vencido el infierno; por eso, y como sellando la gran obra de la humana reparacion, elevando extraordinariamente la voz clamó entonces Jesús:—*Consummatum est.*—Todo está ya consumado.

Es ya el momento solemne, decretado por el Eterno, y el Hijo de Dios, dirigiendo al cielo su voz prepotente, exclamó:—Padre mio, en tus manos entrego mi espíritu, é inclinando la cabeza espiró!!!.....

Eran las tres de la tarde del viernes, próximo á la Pascua, cuando el Hijo de Dios consumó el gran sacrificio, prefigurado en los antiguos sacrificios, el sacrificio por excelencia que se renovará hasta el fin del mundo, de un modo incruento sobre los altares y cuya víctima de infinito valor satisfizo ya á la justicia divina por el género humano.

Así podemos aprovecharnos de los méritos de la redencion, siguiendo el camino que nos trazara el divino Mártir y participando de los santos sacramentos que brotaron entonces del corazon amantísimo de Jesús.

LECCION XXXVII.

Prodigios acaecidos en la muerte de Jesucristo.—Conversion del Centurion.—José y Nicodemus dan sepultura al cadáver del Señor.—Guardias del sepulcro.—Resurreccion del Señor.

Apenas Jesucristo exhaló su último suspiro y ya la naturaleza, toda estremecida, lloró la muerte de su autor; tembló la tierra sintiéndose un terremoto universal; los sepulcros se abrieron; en el templo de Jerusalem acaecieron cosas espantosas; el sol se oscureció; todas las criaturas expresaron á su manera el homenaje de

pesar á su Criador, humillado hasta la muerte, y muerte de cruz.

Tan grandes prodigios se realizaron en aquel momento supremo, que muchos de los judios, golpeándose el pecho en señal de dolor, regresaron á Jerusalem confesando la divinidad de Jesucristo.

El Centurion y los soldados que hacian la guardia en el calvario, vislumbraban, así mismo, en Jesús resplandores divinos, por lo que, y penetrados de religioso temor, no vacilaron en confesar que aquél era Dios y así exclamaron:—Verdaderamente era este hijo de Dios.

Mas los obstinados de la sinagoga, en su furor, permanecen ciegos, y respirando ódio sangriento, solicitan de Pilatos que mande sean quebradas las piernas de los crucificados, á fin de que la presencia de estos no empañe la solemnidad del sábado.

Los soldados enviados al efecto por Pilatos, cumplieron esta órden quebrando las piernas de los ladrones, pero al llegar á Jesús se detienen; no quebrantaron sus huesos. Así lo queria la Providencia; pero en cambio, y para que se cumpliesen las profecías, un soldado cruel hirió con su lanza el costado derecho de Jesús, del que brotó sangre y agua. De esta suerte derramó Jesucristo hasta la última gota de su sangre por nuestro amor.

Luego de este suceso en el Gólgota, y persuadido ya Pilatos de la muerte de Jesús, mandó que se entregara el cadáver á José de Arimatea, noble decurion, el cual habia solicitado de aquél el cuerpo de Jesucristo para darle sepultura.

Con este permiso, y ayudado de Nicodemus, senador del Sanhedrin y de otros discípulos de Jesús, procedieron á desclavar el Sagrado cadáver y lo entregaron á la desconsolada Madre, la cual, envuelta en dolor, yacía al pié del suplicio contemplando con amargura de su alma aquella escena de dolor. ¡Ah! y quién podrá describir lo que entonces sintió tan desconsolada Madre al estrechar en sus brazos el cadáver ensangrentado de su amantísimo Hijo!

Pero avanzaba la hora y era forzoso dar sepultura á la augusta víctima; los piadosos varones, José y Nicode-

mus, tomaron, pues, de los brazos de María el cuerpo de Jesús; lo embalsamaron y, envuelto en blanca sábana, fué colocado en un sepulcro nuevo, abierto en viva roca cubriéndolo luego con una losa enorme.

Breves momentos, y María, la reina de los mártires, no tenía ya el consuelo, aunque triste, de hallarse cerca del sepulcro de su Hijo; habíase retirado con el discípulo amado de Jesús y las piadosas mujeres á la ciudad culpable, devorando horribles dolores su afligida alma.

Mientras, la injusta sinagoga y los pérfidos judios, inquietos y sobrecogidos de temor, tiemblan; y recordando el anuncio de Jesús acerca de su propia resurreccion al dia dia tercero de su muerte, se presentaron á Pilatos pidiéndole guardias para que custodiasen el sepulcro; no sea, decian ellos, que los discípulos de aquel impostor (así llamaban á Jesús) lo roben y digan que ha resucitado; pues este error seria peor que el primero. ¡Oh insensatos! así confesais vuestro horrendo crimen; y con estos preparativos no contribuís ménos á evidenciar lo mismo que pretendéis oscurecer; pues si Jesús desaparece de la sepultura, los mismos centinelas serán los primeros testigos de tan gran suceso.

Poco despues, registrado nuevamente el sepulcro y sellada la piedra que lo cubria, se encontraban ya custodiándolo con severa rigidez, guardias de entre los mismos judios.

¡Tamaña cequedad! como si los apóstoles, siempre tímidos, fueran capaces ni aun de concebir siquiera una empresa tan peligrosa como estéril; mas la Providencia, sin duda, permitia tales precauciones de parte de la sinagoga, conducentes para el esclarecimiento de la verdad de la resurreccion.

Se aproximaba ya el momento solemne y de victoria en que Jesucristo, triunfando de la muerte, iba á confirmar su mision divina con el doble prodigio de la resurreccion y el cumplimiento de esta profecía, al dia tercero de su muerte. Por eso su alma bendita que habia descendido al seno de Abraham, para darles libertad á los justos que allí esperaban, volvió á tomar aquel cuerpo sacratísimo que yacía en la sepultura y salió de allí

gloriosamente, permaneciendo, sin embargo, intacta la losa sepulcral.

Los guardias, ignorantes de tal maravilla, continuaban la más rígida custodia, hasta que al amanecer del domingo, esto es, al día tercero, según estaba predicho, se sintió un estremecimiento extraordinario que, partiendo del lugar del sepulcro, alarmó á los habitantes de Jerusalem. Era un ángel resplandeciente como el sol y sus vestiduras blancas como la nieve, que allí se apareció revolviendo la piedra de aquel monumento fúnebre y anunciando la resurrección de Jesucristo.

Mientras los soldados, que aterrados cayeron como muertos, apenas se reponen del sobresalto, huyen des-pavoridos manifestando á la sinagoga tan portentoso prodigio. Los guardias, pues, fueron los primeros testigos que declararon el gran milagro de la resurrección.

Tan pronto como se dió cuenta á la sinagoga de este suceso, se reunió en Jerusalem un gran Consejo y, con el objeto de ocultar el hecho sobrenatural que les acusaba de deicidas, resolvieron sobornar á los soldados, para que dijeran que, estando ellos dormidos, robaron los apóstoles el cadáver de Jesucristo. Miserable y nécia impostura que descubre la ceguedad de los pérfidos judíos, á la vez que evidencia más y más la verdad de la resurrección; pues la sinagoga, en vez de castigar según procedía el descuido de los centinelas, al contrario, no solo aparece premiándolos, sino que los presentó además como testigos de tan grosera necesidad.

¡Oh insensato furor! ¿cómo han de ser aquellos centinelas testigos de lo que sucede mientras ellos duermen? ¡Oh ciegos judíos! ¿por qué no os rendis á la evidencia del suceso? ¿no crucificásteis á Jesucristo? muerto ya, ¿no custodiábais su sepultura para que no lo robasen los apóstoles? ¿cómo, pues, esplican ahora esta desaparición? ¿cómo ha salido Jesucristo del sepulcro á pesar vuestro? Confesad, pues, que el que á otros resucitó, poder tiene omnipotente para resucitarse asimismo con su propia virtud.

LECCION XXXVIII.

Aparicion de Jesucristo resucitado.—Aparécese á los apóstoles reunidos en Galilea.—Les confiere la potestad de enseñar, bautizar y perdonar los pecados.

El triunfador de la muerte dió en verdad testimonio patente de su resurreccion en las diversas apariciones, durante los cuarenta dias que aun permaneció sobre la tierra ántes de subir al cielo.

La Santísima Virgen debió sin duda gozar, antes que nadie, dicha tan inefable. Mas los evangelistas no mencionan esta visita, si bien, entre otras, nos refieren la aparicion de Jesucristo á María Magdalena.

Esta fiel discípula, ardiendo en deseos de adorar cuanto antes el sagrado cadáver, se presentó la primera, venciendo las dificultades de una noche oscura, junto al santo sepulcro; lo vió abierto y en él tan solo encontró los lienzos y el sudario, con que fuera envuelto el cuerpo bendito del Señor. Grande fué entonces la pena de aquella mujer; á todos preguntaba por el objeto de su amor y luego de haber notificado á los apóstoles Pedro y Juan lo que habia observado en el sepulcro de Jesús; mientras que estos, sorprendidos, se retiraron de aquel lugar, ya persuadidos por sí mismos de la exactitud en las palabras de Magdalena; aconteció un incidente maravilloso. El cielo iba á premiar la constancia y el amor de aquella ilustre penitente; por eso cuando en su ansiedad buscaba por todas partes noticias del cadáver de Jesús; se le apareció de pronto un hombre con traje de hortelano; la solícita discípula nada más distingue en él y solo acierta á decirle; Señor si tú lo has llevado, dime donde le has puesto, y yo lo llevaré. «María,» dijo entonces el misterioso hortelano, y en el momento ¡feliz sorpresa! Magdalena siente que su alma se abrasa de divino amor y desecha en lágrimas de santo gozo se postró humildemente en tierra. Habia

reconocido aquella voz; era la de su amado Maestro; por lo que, sin poder resistir la impetuosidad de su alma, Magdalena, llena de saludable respeto, adora á Jesús.

En seguida el Salvador le encargó que fuera á sus apóstoles comunicándoles esta maravilla.

Entre tanto, llegaron al lugar de la sepultura las demás piadosas mujeres, que, temiendo la oscuridad de la noche, habian retardado hasta la mañana su codiciada visita.

Sin duda que aquellas almas fieles quedaron entonces vivamente impresionadas, cuando en vez de encontrar, como esperaban, el augusto cadáver para embalsamarlo, tan solo vieron á dos ángeles que, irradiando alegría, les decian:—No temais, ¿buscáis á Jesús Nazareno que fué crucificado? no esta aquí, resucitó... id luego y decid á sus apóstoles que ha resucitado y que va delante de ellos á la Galilea, allí le verán, como el lo tenia prometido.

Luego que escucharon estas devotas mujeres el anuncio tan consolador como infalible sobre la resurreccion de Jesucristo, corrieron llenas de júbilo á manifestar á los apóstoles tales maravillas. Mas el Señor, premian- do este fervoroso entusiasmo de sus discípulas, se dignó visitarlas y apareciéndoseles en el camino las saludó y les dijo:—Id pronto y decid á mis apóstoles que vayan á Galilea, allí me verán.—Entonces aquellas afortunadas, postrándose en tierra, adoraron á su Señor y continuaron su viaje en cumplimiento del mandato divino.

Cumplieron, pues, ellas su comision en presencia de los apóstoles; ya estos para entonces habian oido á Magdalena sobre la resurreccion; asimismo no podian ménos de recordar la palabra de Jesucristo respecto á este mismo suceso, y ahora lo ven confirmado por el testimonio de estas piadosas mujeres que les refieren el anuncio de los ángeles y la aparicion del Señor á ellas mismas en el camino de Jerusalem; y sin embargo, aquellos tímidos apóstoles todavia permanecen indecisos. Mas Pedro creyó y al fin se dirigió con los demás á la Galilea, segun la palabra del Señor.

Era la tarde del domingo en que Jesucristo resucitó, y los apóstoles, reunidos ya en Galilea, permanecian

ocultos por temor á los judios, cuando el Señor, en virtud de las dotes del cuerpo glorioso (1), penetró en aquella habitacion completamente cerrada y, saludando á los apóstoles, les dijo:—La paz sea con vosotros.—Ellos entonces se asustan, creen que lo que están viendo es un fantasma, pues no entienden cómo ha podido un hombre entrar en aquella estancia cerrada; pero Jesús, á fin de animarles y persuadirles de la verdad,—No temais, les dijo, palpad y ved, que el espiritu no tiene huesos y carne como veis que yo tengo;—y luego de haberles recordado las profecías relativas á la resurreccion y el cumplimiento de las Escrituras, les dispone para que ellos sean los continuadores de la gran obra de la redencion, instituyéndoles ministros suyos con plenos poderes para convertir el mundo al imperio de la palabra.—Se me ha dado, les dijo, toda potestad en el cielo y en la tierra; id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu-Santo.

¡Sublime ministerio! ¡mision divina! la potestad del Hijo de Dios es la que se concede á los apóstoles, y en ellos á sus sucesores, para anunciar el reino de los cielos y conducir á él á toda criatura, sin distincion de razas ni de tiempo; por eso tan divina institucion permanece ya diez y nueve siglos y subsistirá hasta que haya hombres, esto es, hasta el fin del mundo.

Mas esta mision no fué dada sino exclusivamente á los apóstoles y en ellos á sus legítimos sucesores; por eso son intrusos, rebeldes y emisarios del infierno todos los que, impulsados por interés ó viles pasiones, se abrogan tales facultades.

(1) Cuatro son las dotes del cuerpo glorioso:—LA CLARIDAD, por la que el cuerpo glorificado se hace trasparente y brilla con resplandores celestiales.—AGILIDAD, por la que se adquiere la facilidad pasmosa de moverse y trasladarse con toda rapidez.—SUTILEZA, que es la propiedad de poder atravesar cualquier cuerpo sin ruptura ni modificacion alguna.—IMPASIBILIDAD, que consiste en que el cuerpo glorioso está exento de toda impresion, sufrimiento ni molestia.

De esta última dote prescindió J. C. hasta su resurreccion gloriosa para sufrir las angustias y tormentos de su acerbísima pasion y muerte por la redencion del mundo.

Sólo el sacerdote católico recibe de los obispos, sucesores de los apóstoles, esta misión de Dios.

Al propio tiempo, perfeccionando Jesucristo el ministerio divino, sopló sobre sus apóstoles y les dijo: «Recibid el Espíritu-Santo, á los que perdonáreis los pecados, les serán perdonados; y á los que se los retuviéreis les serán retenidos.» Palabras omnipotentes y consoladoras, por las cuales Jesucristo estableció el sacramento del perdón, instituyendo jueces de los pecados con facultad de perdonarlos ó retenerlos á los apóstoles y á sus legítimos sucesores y sacerdotes; los que reciben tal potestad, cuando en su ordenación, repite estas palabras el obispo consagrante.

Tan misericordiosamente proveyó el Señor á nuestras necesidades, abriendo esa fuente de salud y vida eterna, donde el pecador puede purificarse, por enormes que sean y numerosos los pecados, si contrito los confiesa en el santo tribunal de la penitencia.

LECCION XXXIX.

Confirma Jesucristo á San Pedro como jefe de la Iglesia.—Aparición del Señor en el cenáculo.

Durante los cuarenta días que Jesucristo permaneció en el mundo, después de su resurrección, se aparecía con frecuencia á sus apóstoles instruyéndoles para la grande obra que debían emprender en la conversión del mundo.

Algunos días después de la primera aparición, Simón Pedro y otros seis apóstoles se hallaban pescando en el mar de Tiberiades; allí se apareció entonces Jesucristo y, por su mandato, echan aquellos sus redes recogiendo

en ellas muchísimos peces. Pesca milagrosa que simbolizaba, no sólo el destino de los apóstoles, los cuales evangelizaron en nombre de Jesús y conquistaron el universo; sino de todos los ministros del evangelio que pueden prometerse abundante fruto, cuando son impulsados á evangelizar con rectitud de intencion en el mismo divino nombre.

Luego de esta pesca milagrosa, Simon-Pedro, que reconoce á su Maestro, inspirado por la fé y en alas de su amor, corre sobre el mar, cual si fuera en tierra firme y se presentó á la orilla adorando á Jesús. Los demás apóstoles saltaron tambien á tierra llevando en el barco la pesca.

Entonces se desayunaron aquellos felices pescadores con un frugal alimento que el Señor les habia preparado.

Terminada esta comida se dispone Jesucristo á realizar una obra portentosa. Va á echar el cimiento de su Iglesia; va á constituir la Cabeza visible de la misma, la suprema autoridad que ha de regir y gobernar á todos los fieles y á sus pastores. Y en cumplimiento de aquella promesa que tenia hecha á Simon-Pedro, cuando le dijo «Tu eres Pedro y sobre tí edificaré mi Iglesia... Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos;» el Salvador, dirigiéndose entonces á su discípulo le dice: «Pedro, ¿me amas más que estos?» «Señor, respondió inmediatamente el discípulo, Vos sabeis que yo os amo.» «Apacienta mis corderos, replicó Jesucristo.» Esta pregunta se repitió segunda vez y tambien Pedro contestó como ántes.

Mas el Señor se digna hacer entender á su discípulo la necesidad de un amor perseverante y hasta heroico para el desempeño del ministerio que le iba á conferir y por eso y para que el apóstol que tres veces negó á su Maestro, repare con otras tres confesiones su cobarde defeccion, insiste el Señor en la misma pregunta diciéndole: Simon, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Pedro tiembla, ama mucho á su Maestro, pero esta insistencia le hace temer, recordando su primitiva debilidad y entristecido, pero lleno de amor, no vaciló en

responder: ¡Ah, Señor; Vos todo lo sabeis y sabeis bien que yo os amo. Entónces el Salvador dijo ya á su amado discípulo «Apacienta mis ovejas.»

Así, sobre la fé de Pedro, sobre su ardiente amor instituyó Jesucristo el primado de jurisdiccion, no solo sobre todos los fieles, significados en la palabra «corderos,» sino tambien sobre los mismos pastores de los fieles, los obispos; á lo cual se refiere aquella sentencia «Apacienta mis ovejas.»

En esta solemne ocasion confirmó Jesucristo á San Pedro como Jefe universal de la Iglesia, Príncipe de los apóstoles y su Vicario en la tierra; cuya suprema autoridad, de origen divino, siendo como es parte esencial de la Iglesia, debe durar mientras esta permanezca; esto és, hasta el fin de los siglos (pues tal será su duracion, segun las promesas del Señor); por eso los romanos pontífices, sucesores de San Pedro en el episcopado, le suceden tambien en el primado ó sea en esta autoridad universal, vinculada, segun la voluntad divina, á la persona de aquel apóstol.

Era ya próximo el momento en que el Triunfador de la muerte debia volver al seno del Eterno Padre. Jesucristo habia fijado ya los fundamentos de la Iglesia divina, levantada con el precio de la sangre de un Dios. Faltaba sólo enviar sobre los apóstoles el Espíritu-Santo que les robusteciera en el divino amor, alentándoles para el árduo ministerio de la conversion de todas las gentes, sin distincion de razas ni lenguas; pues para todos los hombres habíase consumado el gran sacrificio del Calvario; y á todos igualmente debia llegar el fruto de la redencion.

Por eso, en el dia cuarenta de la resurreccion se presentó Jesucristo en Jerusalem á los apóstoles, que ya le esperaban reunidos en un apartado edificio, y, despues de haberles hablado del reino de los cielos, les dijo que iba á ascender al Padre, prometiendo enviarles el Espíritu-Santo, y les encargó que permanecieran en la ciudad hasta que se cumplieran estas palabras. Así mismo les recordó toda la potestad de que habian sido revestidos, en orden á la predicacion y conversion de

las almas, asegurándoles que estaria con ellos hasta la consumacion de los tiempos.—Sabed, les dijo, que yo estaré con vosotros,—esto es, con la Iglesia en ellos representada,—hasta el fin del mundo.

Estas solemnes palabras son la más firme garantía de la perpetuidad é invariabilidad de la Iglesia de Jesucristo y tambien de su infalibilidad; pues si Dios promete asistirle hasta el fin del mundo, no puede faltar ni un momento esta Iglesia en su existencia ni en su doctrina. Dios está con ella; así lo ha prometido, y Dios no se muda. El cielo y la tierra pasarán, pero la palabra de Dios jamás pasará.

LECCION XL.

Ascension del Señor á los cielos.—Eleccion de San Matias—Venida del Espiritu-Santo.—Predicacion de San Pedro y conversion de gran número de gentes.—Costumbres de los primeros cristianos.

Despues del suceso referido en la leccion anterior, Jesucristo, acompañado de sus discípulos y de la Santísima Virgen, se dirigió hácia Betania. Ya en el monte Olivete tan santa comitiva, reitera el Señor su promesa de enviarles el Espiritu-Santo. En seguida, rebosando ternura y amor, se despide Jesús de aquellos seres tan queridos, bendiciéndoles, y mientras, el Señor se iba separando de ellos elevándose al cielo gloriosamente y con toda majestad. Extasiados le seguian con viva mirada la Santísima Virgen y los discípulos, gozándose en tan grandioso espectáculo, hasta que una refulgente nube le ocultó á la vista de todos.

Eran entónces las doce del jueves, dia cuarenta de la

resurrección; y el sol, en la mitad de su carrera, presidía aquel maravilloso triunfo.

Los santos varones, atónitos, no acertaban á separar su vista del cielo y en tal actitud hubieran permanecido extáticos, si los ángeles del Señor no los hubieran despertado de aquel raptó diciéndoles: «Varones de Galilea, ¿qué haceis aquí ociosos?... Este Jesús que ha subido al cielo, así vendrá cómo le habeis visto subir.» Formidable sentencia que nos revela otra venida de majestad terrible; cuando Jesucristo descienda á la tierra, para juzgar inexorablemente á todas las gentes.

Con la ascension gloriosa de Jesús, han terminado, pues, sus abatimientos. El divino Triunfador del averno ha penetrado ya en las eternas moradas y los apóstoles se vén precisados á dejar aquel lugar en el que presenciaron tan sorprendente portento, y se retiraron obedeciendo las órdenes de su Maestro, á Jerusalem, para esperar allí la venida del Espíritu-Santo.

En aquel retiro, uno era el espíritu de todos los congregados, y sus oraciones fervientes subian hasta el trono del Altísimo, perfumadas con las santas inspiraciones de la Santísima Virgen.

Mientras, lamentando los apóstoles la pérdida del traidor discípulo y entendiendo que cumplian la voluntad de Jesús, reparando la falta de Júdas; propuso San Pedro á los demás apóstoles la eleccion de otro discípulo. Al efecto fueron designados dos hombres justos, llamados José y Matias, y la eleccion recayó sobre éste último; el cual quedó desde entonces asociado al colegio apostólico en lugar del pérfido Júdas.

Habian trascurrido ya diez dias despues de la ascension del Señor; y al comenzar la fiesta de Pentecostés, estando los apóstoles con la Santísima Virgen orando en el cenáculo; se oyó de repente un gran ruido, como de un viento impetuoso que conmovió aquella mansión. Entónces aparecieron sobre la cabeza de todos los que allí estaban, como lenguas de fuego, y así fueron llenos del Espíritu-Santo; pues en el momento se vieron alumbrados de gran sabiduria y revestidos de fortaleza, de caridad, de celo, y recibieron, juntamente con el don

de lenguas, el poder de hacer milagros; por lo que, ardiendo en vivísimos deseos de convertir el mundo, se dispusieron ya á esta gran obra que el Señor les confiara.

Entonces fué cuando los apóstoles, poco há tan débiles y cobardes, ya no temen; y á pesar del furor de la sinagoga, dejan oír su voz por todas partes y en las mismas plazas de Jerusalem y en medio de las muchedumbres de diversos países y de distintas lenguas, que con motivo de la Pascua, allí estaban congregadas, comienzan aquellos santos varones la predicacion del Evangelio y, ¡Oh maravillas! no obstante tal diversidad de idiomas, todos entienden la misteriosa palabra de los apóstoles por lo que admiradas aquellas gentes dicen: ¿por ventura no son estos hombres galileos? ¿cómo es que cada uno de nosotros les entendemos en nuestra propia lengua?

Entonces San Pedro, arrebatado de celo por la causa de Dios y para confundir á los que trataban de oscurecer con necia impostura aquel prodigio, tomó la palabra y, desarrollando el plan de la redencion, demostró la divinidad de Jesucristo y cómo habia resucitado al tercer dia, segun las profecías; con lo que acusó de deicidas á los pérfidos judíos y concluyó exhortando á todos para que hicieran penitencia y recibieran el bautismo.

Este discurso del apóstol San Pedro impresionó á la multitud y creyeron en Jesucristo; recibiendo como unas tres mil personas el santo bautismo en el nombre de la Santísima Trinidad.

Así comenzó ya la vida exterior de la Iglesia; los apóstoles no cesaban en sus predicaciones y cada dia aumentaba el número de creyentes. Al poco tiempo se agregaron á los primitivos fieles otros cinco mil, convertidos tambien por la palabra valiente del apóstol San Pedro; con ocasion de haber este curado á un cojo de nacimiento con sólo haberle dicho:—En nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda.

De esta suerte se propagaba con celeridad el Evangelio produciendo á la vez en los convertidos admirables frutos de santidad; por eso fácilmente se despren-

dian de toda afección mundanal, renunciaban sus bienes en favor de los pobres, de las viudas y de los huérfanos: nada poseían como suyo, todo era de todos y su vida como de ángeles, pues permanecían unidos por la misma fé, á la vez que la caridad del Espíritu-Santo los sostenía siempre perseverantes en la oración y participación de la Eucaristía; y los primitivos creyentes cada día brillaban con nuevos resplandores de santidad, siendo la admiración y el asombro de todos los judíos.

LECCION XLI.

Prision de los apóstoles.—Consejo de Gamaliel.—Elección de los siete diáconos.—San Estéban.

Entre tanto la naciente Iglesia se manifestaba dando frutos de vida eterna, los apóstoles continuaban infatigables el desempeño de su ministerio divino confirmando con todo género de milagros. Cada día era mayor el número de los que abrazaban la fé de Jesucristo y recibían el bautismo; tanto, que alarmados los de la sinagoga, en su furioso encono, pretendieron ahogar la palabra fecunda de aquellos ministros del Evangelio, pero en vano; pues llenos de fé y arrebatados de celo por la causa de Dios saben morir en su defensa y desprecian impávidos las amenazas de sus enemigos diciéndoles con firmeza inquebrantable:—Conviene obedecer á Dios antes que á los hombres; nosotros no podemos menos de hablar lo que hemos visto y oído.

Nada era bastante á contener el celo impetuoso de los apóstoles; y la sinagoga, temiendo al pueblo, les dejó en libertad.

Mas bien pronto se recrudeció su encono y los após-

toles se vieron nuevamente perseguidos y encerrados en la cárcel. El ángel del Señor los libertó en seguida y ellos se dirigieron desde luego al templo, para continuar el ministerio de la palabra.

No tardó el Consejo en saber la tan prodigiosa libertad de los presos y, más enfurecido, ordenó por segunda vez la prision de los mismos y luego trató de quitarles la vida. Entonces fué cuando uno de los consejeros, llamado Gamaliel, manifestó á la asamblea lo inconveniente de esta resolucion diciendo:—dejadles obrar; pues si su causa es de los hombres se destruirá por sí misma, como ha sucedido con otras; mas si es de Dios en vano os propondreis aniquilarla. La sinagoga escuchó este consejo y puso en libertad á los apóstoles; si bien para desacreditarles y hacerles padecer, mandó que fuesen azotados; en lo que se gloriaron aquellos por que fueron dignos de padecer por el nombre de Jesús.

Ya en libertad los apóstoles continuaron con mayor empeño, si cabe, predicando en todas partes y enseñando á los fieles la doctrina de Jesucristo; administrando los sacramentos y distribuyendo entre los necesitados los bienes que los fieles depositaban en manos de aquellos.

Miéntras, el número de los convertidos se multiplicó tanto, que ya no era posible á los apóstoles ejercitarse por sí solos en todas aquellas obras de caridad.

Entonces determinaron elegir, de entre la multitud, fiel, á siete de los discípulos más virtuosos, que se consagraran al desempeño de algunas funciones, y de este modo no desatendieran los apóstoles el ministerio de la palabra. Así se hizo; y luego de haberse puesto todos en oracion, eligieron con el nombre de diáconos á Estéban, jóven lleno de fé y del Espíritu-Santo, á Felipe y á otros cinco varones piadosos, los cuales fueron revestidos de autoridad, para administrar la Eucaristía y ejercer otros actos de religion y caridad.

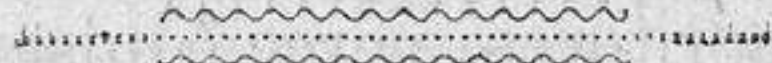
En el cumplimiento de su elevado ministerio, brilló muy pronto el diácono Estéban, quien, lleno de valor, confesaba incesantemente á Jesucristo predicando su divinidad con tal vehemencia, que los doctores de la sina-

goga salieron al encuentro de Estéban y disputaban con él; pero el santo diácono á todos confundía, obrando al propio tiempo grandes prodigios, con lo que conseguía la conversion de muchos judios. Por eso, y al verse humillados sus enemigos con la enérgica palabra del santo jóven, trataron de perderle acusándole al tribunal, como blasfemo; pero Estéban, lejos de abatirse por el temor de la muerte, rebosaba en santa alegría, pensando que se habia hecho digno de morir por Jesucristo.

Así es que, en alas de su celo por la causa de Dios, se dirige con santa libertad á los circunstantes y en un discurso elocuente les hace la historia del pueblo judio, señalando sus infidelidades y su cruel conducta con los enviados del Señor. Todo lo cual sugirió materia al santo diácono para recriminar con dureza á los que le escuchaban, echándoles en cara el tremendo deicidio que habian consumado dando muerte al Mesías.

En este momento, siéntese Estéban arrebatado de amor divino, y encendido de vivos deseos de unirse á Dios, eleva al cielo la mirada y sorprendido con celestial vision, exclamó entusiasmado:—¡Ah yo veo el cielo abierto y al Hijo del hombre á la diestra de Dios!—Entonces los circunstantes, sedientos de sangre ya no se detienen, se arrojan furiosos contra Estéban y arrastrándole fuera del tribunal, descargan sobre el santo mártir como una nube de piedras, sin que por esto se turbe aquél valiente defensor de la fé; pues antes, gozándose en dar su vida por Jesucristo, ruega, á imitacion del divino mártir del Gólgota, por los que le apedreaban; y así exhaló su último aliento exclamando:—¡Oh Jesús, recibid mi espíritu!

De este modo concluyó el santo diácono su vida, siendo el primer mártir que murió en defensa de la divinidad de Jesucristo. Desde este momento surgió la más cruel y constante persecucion contra los discípulos del Salvador.



LECCION XLII.

Conversion de los siquimitas.—Simon Mago. —Carácter y conversion de Saulo.

Cuando se ejecutó el martirio de San Estéban en Jerusalen, hallábase el diácono Felipe predicando el Evangelio en Siquen, provincia de Samaria. Estas predicaciones y los multiplicados milagros que aquel obraba en nombre de Jesucristo, dieron por resultado la conversion de muchos samaritanos, á pesar de existir en el citado país sectarios furiosos, quienes pretendian ser reconocidos por el verdadero Mesías.

En tal concepto figuraba principalmente un tal Simon, llamado el Mago, porque, valiéndose de artes mágicas, seducia á muchos; pero ni aun este impostor pudo resistir la fuerza de la verdad y en vista de los milagros de San Felipe creyó y fué bautizado.

Entre tanto, noticiosos los apóstoles de los progresos evangélicos en Samaria, y queriendo robustecer á los nuevos creyentes en la fé, pues aun no habian estos recibido el Espíritu-Santo, esto es el sacramento de la Confirmacion (cuya administracion era sólo de los apóstoles) se dirigieron con este objeto á Samaria Pedro y Juan; los cuales impusieron las manos sobre los bautizados y así descendia sobre estos visiblemente el Espíritu-Santo.

Al observar Simon Mago tales maravillas, solicitó de los apóstoles esta misma potestad de hacer milagros, ofreciéndoles, en cambio, dinero (como si las cosas sobrenaturales pudieran apreciarse con las miserables riquezas de la tierra). Tan sacrílega pretension indignó á San Pedro y recriminó fuertemente al sacrílego aconsejándole que hiciera penitencia de tan gravísimo pecado.

Algun tiempo despues este sectario, segun testimonio de célebres escritores, pereció miserablemente, víctima de sus supersticiones y de sus artes mágicas.

Los apóstoles San Pedro y San Juan, luego que impusieron las manos á los fieles de Samaria dándoles así mismo testimonio de la divinidad de Jesucristo, regresaron á Jerusalem.

En esta ocasion el diácono San Felipe habia convertido á muchos y administró el bautismo, entre otros, á un ministro de la reina de Etiopía, el cual se cree que más tarde contribuyó mucho á la conversion de su país.

Desde el martirio de San Estéban, la persecucion arreciaba en Jerusalem y muchos se dispersaron, si bien la Providencia se sirvió de esta circunstancia para que así los perseguidores, en su huida, fuesen los mejores promulgadores del Evangelio.

Mas el odio contra los fieles de Jesucristo era muy grande para que se limitara tan solo á aquella capital; así es que noticiosa la sinagoga de que en la ciudad de Damasco habían edificado los creyentes una Iglesia, envió allí, para molestarles, á un perseguidor temible.

Era un jóven llamado Saulo, natural de Tarso y cuyo carácter impetuoso, á la vez que su fanatismo por la ley judáica, hacian de él un enemigo tenaz y terrible contra los fieles de Jesucristo; por lo que respirando coraje y amenazas se dirigió á Damasco.

Pero la Providencia que habia elegido á aquél jóven, para que fuese el más ardiente propagador de la doctrina que él perseguia, le sorprendió en el camino y Saulo herido en su ojos por vivísima y resplandeciente luz, quedó de repente ciego; y en seguida cayo en tierra, aterrado por una voz misteriosa que le decia:—Saulo, Saulo ¿por qué me persigues....? entonces aquel jóven, aunque lleno de espanto, se reanima y dice:—Señor ¿qué quereis que haga?—y en el momento, siguiendo las instrucciones del Señor, Saulo, ciego, fué conducido á Damasco; allí recobró milagrosamente la vista y recibió el bautismo de mano de Ananías á quien iba á perseguir.

Desde entonces el implacable enemigo de los fieles se convirtió en el más celoso apóstol, predicando por todas partes el reino de Dios.

Algun tiempo despues Saulo, que recibió el nombre de

San Pablo, se dirigió á Jerusalem para visitar á San Pedro, cabeza de la Iglesia. En seguida, asociado San Pablo de otro discípulo de Jesucristo llamado Bernabé, recorrió las provincias de los gentiles, para cuyo ministerio habian sido segregados por el Espíritu-Santo y por lo que es conocido San Pablo con el sobrenombre de *apóstol de las gentes*.

LECCION XLIII.

Conversion del centurion Cornelio.—Predicacion del Evangelio á los gentiles.—Santiago el mayor predica en España.—Martirio de éste apóstol en Jerusalem.—Traslacion de su cadáver á España.

Era ya la hora de que el Evangelio se anunciara tambien á los pueblos de la gentilidad; y hallándose San Pedro visitando los diversos lugares de la Judea, para confirmar á los fieles en la fé; el Señor le inspiró una vision que simbolizaba grandes misterios, esto sucedia en Jope. Al propio tiempo apareciase en la ciudad de Cesarea un ángel á un oficial romano, llamado Cornelio, varon temeroso de Dios con toda su familia, y le previno que enviara sus criados á Jope para llamar á San Pedro, el cual debiera instruirle acerca de importantes verdades. Mientras el apóstol dudaba qué fuese aquella vision; de pronto se vió sorprendido por los enviados de Cornelio, quienes cumplieron su encargo; por lo que San Pedro, inspirado á su vez por el Señor, no vaciló en seguirles, y acompañado tambien de algunos fieles se dirigió á la casa del centurion, donde San Pedro, en presencia de sus discípulos y de aquella afortunada familia y de muchas otras personas, comenzó sus instrucciones.

Después que el apóstol hubo testificado, con elocuente palabra la divinidad de Jesucristo, su resurrección y ascensión gloriosa, á los cielos; de repente se observó que el Espíritu-Santo descendía sobre todos los oyentes, los cuales y cada uno en su lengua cantaban entusiasmados las maravillas del Señor. Entonces San Pedro, entendiendo que Dios llamaba también á los gentiles á la participación del Evangelio, exclamó muy gozoso: ¿Quién podrá impedir que sean bautizados éstos que han recibido el Espíritu-Santo como nosotros? y en el momento todos aquellos recibieron el bautismo en nombre de la Santísima Trinidad.

De esta suerte la misericordia divina abrió ya las puertas de la Iglesia, para que en ella entraran todos los pueblos idólatras, sin distinción de razas; y así participaran de la redención realizada por el Hombre-Dios en favor de todas las gentes.

San Pedro, presentándose luego en Jerusalem, participó á los fieles de aquella ciudad este suceso prodigioso y todos alabaron á Dios por su misericordia.

Desde entonces se excitó con más viveza, si cabe, el celo de los apóstoles en favor de los gentiles y, al mismo tiempo que huían aquellos de la persecución, iniciada con el martirio de San Estéban contra la Iglesia de Jerusalem, se diseminaron entre los pueblos que yacían en la sombra de la muerte, y anunciaron por todas partes la buena nueva.

Grandes fueron los frutos de estas tareas apostólicas, pues solo en Antioquía no podía contarse el número de los paganos que se convirtieron con motivo de las predicaciones de San Pablo y San Bernabé; por lo que siendo ya tantos los discípulos de Jesucristo se les designó desde entonces á estos con el nombre de *cristianos*.

Así mismo los demás apóstoles llevaron la luz del Evangelio á diversos países recogiendo abundante cosecha para la Iglesia de Jesucristo.

SANTIAGO EL MAYOR.

Este predilecto discípulo de Jesucristo, llamado también hijo del trueno, quizá por su vehemente fogo-

sidad, en la predicacion del Evangelio, fué el apóstol de España. Con la velocidad que le inspiraba su celo por la conversion de este gran pueblo, Santiago lo recorrió, sin duda, en todas direcciones y dejó oír su voz poderosa predicando á los españoles la fé bendita del mártir del Gólgota.

Tan celestial doctrina renovó desde luego la faz de esta nacion que, inspirada en su fé, acometió desde entonces y vió siempre coronadas empresas tan sublimes como la expulsion de los sarracenos, despues de siete siglos que ya dominaron aquellos nuestro suelo, cual si fueran sus legítimos señores; y sin embargo con la fé y bajo la proteccion de nuestro apóstol, fué hecha trizas la media luna de Mahoma implantándose á su vez triunfante la cruz del Salvador.

Las glorias de este gran pueblo estan vinculadas á su religion.

Predicaba el apóstol Santiago en Zaragoza, cuando hallándose con sus discípulos orando una noche á las orillas del Ebro, mereció que la Santísima Virgen le visitara animándole á trabajar en obsequio de este pueblo privilegiado, al que no sólo se dignó visitar la Señora de los cielos en su vida mortal, sino que desde entonces adoptó á esta nacion como su predilecta, dejándole en testimonio de su amor una imágen suya que, por manos de ángeles, fué traída del cielo; y, entregándosela á Santiago mandó que allí, junto al Ebro, le erigieran un altar; prediciendo á la vez, que la fé de los españoles lo elevaria á un grandioso templo; prometiendo asimismo no abandonar jamás este pais, mientras en el subsista la fé de Jesucristo. Tal es la tradicion de la Iglesia universal respecto á este incidente maravilloso, durante la predicacion de Santiago en España.

Este apóstol infatigable, acompañado de sus discípulos españoles ya convertidos, regresó despues á Jerusalem en donde muy pronto fué mártir de su impetuosidad y celo por la causa del Redentor.

En el año 43 de Jesucristo el rey de Galilea, Herodes Agripa, se presentó en Jerusalem para celebrar la Pascua. Deseaba este tirano complacer á los judios y ob-

servando que nada les seria tan grato como el perseguir de muerte á los apóstoles; así lo hizo el cruel príncipe; por lo que, habiendo aprehendido á Santiago el mayor, ordenó que lo decapitasen inmediatamente.

El santo apóstol entiende entónces que es llegada la hora de beber el cáliz que bebió el divino Maestro, y lleno de valor y de gozo presentó su cerviz al verdugo ofreciendo al Señor el sacrificio de una vida consagrada á la santa causa de la promulgacion del Evangelio.

Los discípulos de Santiago recogieron el cadáver sagrado y, cual inestimable tesoro, lo trasladaron á España, donde se conserva todavia en el gran templo de Santiago de Galicia tan santa reliquia, objeto de nuestra veneracion.

LECCION XLIV.

Prision de San Pedro.—Es libertado por un ángel.—Muerte de Herodes Agripa.—Concilio de Jerusalem.—Santiago el menor.

Viendo Herodes que el martirio de Santiago agradó á los judios y deseando granjearse su confianza y aprecio, apresó tambien á San Pedro. Mientras llegaba la hora de quitarle la vida, detuvo al santo prisionero en la cárcel, amarrado con cadenas de hierro y vigilado por centinelas de vista en el mismo calabozo, y en las puertas de la prision; cuyas guardias se renovaban de tiempo en tiempo, durante el dia y la noche.

Los fieles, desconsolados y temiendo por la vida del príncipe de la Iglesia, se reunieron en la presencia de Dios, elevando al cielo fervientes plegarias por la libertad de su aprisionado Pastor. La oracion es poderosa; Dios escuchó las súplicas de aquellos fieles y el

apóstol, que sin temor á la muerte dormia con la tranquilidad del justo, fué visitado por un ángel y, sacándole de la cárcel, quedó así el prisionero libre del poder de Herodes y del furor de los judios.

Despues el ángel desapareció y San Pedro se presentó en seguida á los creyentes, que permanecian en oracion por la libertad de su padre y maestro; y luego de haber bendecido todos al Señor, que dispensara tales beneficios á la Iglesia restituyéndole prodigiosamente su jefe visible; San Pedro, huyendo de la persecucion, se retiró de Jerusalem.

Entre tanto burlado Herodes, que meditaba gozarse con los judios en la muerte de su prisionero, desahogó su despecho y su furor asesinando á los inocentes soldados; como si estos desgraciados pudieran oponerse á la voluntad omnipotente de Dios! El cruel principe regresó luego á Cesarea donde le siguió la justicia divina precipitándole en una horrible y asquerosa enfermedad y, despues de crueles sufrimientos y cubierto de hediondez y de gusanos, murió desesperado entre la confusion é ignominia. Que así castiga el Señor, aun en esta vida, á tales monstruos de la humanidad y profanadores sacrílegos de la divina ley.

CONCILIO DE JERUSALEN.

Muerto el cruel perseguidor Herodes, regresó San Pedro á Jerusalem predicando con ánimo resuelto la doctrina de Jesucristo, á la vez que los demás apóstoles hacian lo propio en las diversas provincias de Palestina y de Roma.

Por entónces surgió en la Iglesia de Antioquía un cisma, sobre si los gentiles debian ó no sujetarse á la ley de la circuncision; con cuyo motivo San Pablo y San Bernabé se dirigieron desde Antioquía á Jerusalem, en donde reunidos los apóstoles y presididos por San Pedro, jefe de la Iglesia universal, fué examinada la cuestion, causa del cisma, decidiéndose: que no estaban obligados los gentiles á la circuncision, y que tan sólo deberian abstenerse de sacrificar á los ídolos y de toda

culpable inclinacion, pudiendo así salvarse por la gracia de Ntro. Señor Jesucristo. Inmediatamente San Pedro, confirmando esta resolucion, se levantó en medio de aquella asamblea y, con autoridad apostólica, dijo: Ha parecido bien al Espiritu-Santo y á nosotros.

Este Consejo apostólico fué el primer concilio de la Iglesia, y el cual ha sido siempre la norma de cuantos se han verificado en la série de los tiempos; pues no han tenido ni tienen razon de obligar á la Iglesia universal, sino cuando han sido confirmados por los sucesores de San Pedro, los romanos pontífices.

San Pablo y los demás apóstoles, terminado el concilio, se retiraron para continuar su evangélico ministerio en las diversas partes del mundo, y notificar á los fieles, principalmente á los de Antioquia, el acuerdo solemne de tan augusta asamblea.

SANTIAGO EL MENOR.

Algun tiempo despues del mencionado concilio, Santiago el menor, encargado de la iglesia de Jerusalem, pues que era su obispo, mereció por su celo y por el heroismo de su virtud ser precipitado de lo alto del templo de Jerusalem, por haber dado allí público y valiente testimonio de la divinidad de Jesucristo; recordando así mismo á sus enemigos y á todos los fieles el advenimiento del Señor al fin del mundo, como Juez universal de todas las gentes. Mas como el santo apóstol no muriera en el acto, pudo ponerse de rodillas para pedir perdon por sus enemigos; los cuales, aún más enfurecidos, arrojaron contra el invicto mártir un monton de piedras; y Santiago el menor, obispo de Jerusalem, espiró en el año 62 de Jesucristo. Tal es la tradicion.

Este apóstol escribió una epístola, contenida en el cánón de libros inspirados, en la que enseña la necesidad de las buenas obras, pues no basta, dice, muerta, sin obras, para la salvacion.

LECCION XLV.

Apostolado de San Pedro y de San Pablo.—Su martirio.

Mientras el martirio de Santiago el menor, el príncipe de los apóstoles, después de haber sido libertado por el ángel del Señor y de haber presidido el concilio de Jerusalén, se dirigió en alas de su celo á visitar á sus hermanos en la fé y desempeñar su apostólico ministerio, no solo en la Judea, sino tambien entre los gentiles. Fundó muchas iglesias y estableció su silla primeramente en Antioquía, en donde era muy crecido el número de creyentes. Pero la Providencia quiso sin duda que Roma, centro del mundo pagano, fuese la capital del orbe cristiano y San Pedro, jefe de la Iglesia, y en quien residia por tanto el primado de autoridad, se retiró por inspiracion divina á Roma, en cuya capital estableció la cátedra suprema, y murió.

Todo lo cual tiene firmísimo fundamento en la más remota antigüedad, en la creencia de todos los pueblos cristianos y en la unánime tradicion de la Iglesia oriental y occidental.

Por eso, y vinculada segun queda demostrado la autoridad suprema de la Iglesia en la persona del apóstol San Pedro, los sucesores de éste en la sede romana, son, por lo mismo, los que le suceden en el primado de jurisdiccion, esto es, en la autoridad universal de la Iglesia de Jesucristo.

Este apóstol escribió dos epístolas, recibidas por la Iglesia como inspiradas. Y luego de haber sufrido en las cárceles donde trabajó tambien por la Iglesia de Dios convirtiendo con su palabra y milagros á sus mismos carceleros y á otros prisioneros; el inhumano Neron, enfurecido contra el nombre cristiano, mandó que crucificasen á tan valiente apóstol, cuyo suplicio recibió cabeza abajo por creerse indigno de morir como el divino Maestro. Así, segun la tradicion de la Igle-

sia, terminó su carrera apostólica San Pedro y, contento de sellar con su propia sangre la doctrina del Crucificado, murió lleno de alegría y bendiciendo á Dios. Era esto el año 67 de Jesucristo.

SAN PABLO.

El apóstol San Pablo, de cuya conversion ya nos ocupamos anteriormente, lleno de celo emprendió tambien, como ya se ha dicho, la predicacion del Evangelio, comenzando primero por Damasco y la Arábia; pero luego que fué elevado al apostolado, juntamente con San Bernabé y destinado como éste por el Espiritu-Santo, para llevar la luz de la fé á los gentiles, recorrió las provincias de éstos, convirtiendo á muchos, en union con San Barnabé y trabajó además con infatigable celo para fundar el cristianismo en Antioquía. Más tarde conjuró el cisma que allí surgiera, como ya se ha mencionado, con motivo de la circuncision. Continuando el apóstol su evangélica mision, se dirigió á Filipo, Tesalónica y otras ciudades, acompañado sucesivamente de Silas, Timoteo y otro discípulo llamado Lúcas; el cual más adelante escribió el Evangelio que lleva su nombre y los hechos apóstolicos. Despues pasó á la culta ciudad de Atenas; allí predicó con persuasiva elocuencia en medio del areópago; y en presencia de los más sábios de aquel centro del saber humano, refutó sus errores y les enseñó la doctrina purísima del Crucificado. Algunos de éstos se convirtieron, mereciendo especial mencion un sábio que, en vista del trastorno que sufrió la naturaleza á la muerte de Jesús, exclamó: «ó el mundo perece ó su autor padece.» Era este sábio San Dionisio Areopagita.

Infatigable el apóstol San Pablo, dejó oír su voz en Roma y tambien en España, como se desprende de una carta del mismo apóstol y lo confirma la tradicion de la Iglesia; así mismo predicó el Evangelio en Corinto, Efeso, Galacia y Macedonia; visitó otra vez las Iglesias de Antioquía y de Jerusalem, en cuyas jornadas apostólicas sufrió incesantes persecuciones y fué encarcelado.

Entonces este apóstol apeló, en concepto de ciudadano romano, al César y conducido á Roma obtuvo la libertad, y así pudo continuar su ministerio apóstolico; confirmó á los fieles en la fé, y convirtió á muchos aun de la misma córte imperial.—Hasta aquí las actas de los apóstoles.—Mientras tanto, el celo de San Pablo no descuidaba á las demás Iglesias y, segun las necesidades de las mismas, les escribió sucesivamente hasta catorce cartas, las que constituyen parte del cánon de los libros sagrados.

En el ínterin y siendo el año 66 de Jesucristo, estalló en Roma una persecucion sangrienta contra todos los cristianos. Allí hallábase entonces este apóstol, así como tambien San Pedro, segun ya se ha dicho, y ambos apóstoles, con otros muchísimos fieles, fueron víctimas del furor de Neron; el cual, por lo que hace á San Pablo, mandó que lo decapitasen por gozar éste el privilegio de ciudadano romano. De esta suerte coronó su glorioso ministerio el apóstol de las gentes, confirmando con su sangre el Evangelio de Jesucristo.

LECCION XLVI.

Tiempo apostólico.—Breve reseña de los apóstoles, tomada de antiquísimos documentos y tradicion de las diversas Iglesias.—Historia de San Bernabé.—San Mateo.—San Felipe.

Con el apostolado de San Pablo puede decirse que terminan las Actas apostólicas, en las cuales, apenas se lee de los demás apóstoles, si no es que, en cumplimiento de la mision recibida de Dios, se distribuyeron el mundo para convertirlo á la fé de Jesucristo, y que en todos los fines de la tierra se escuchó la

palabra de aquellos. Es que tan elocuente silencio, sin duda alguna, nos dice que uno fué el celo de todos los apóstoles, una su vida de fatiga, de padecimientos, de virtudes, de heroísmo y de martirio por la salvación de los hombres.

En defecto, pues, de los libros santos, se nos presenta la tradición de las diversas iglesias, y autorizados escritores de la antigüedad, dándonos testimonio de cada uno de los heraldos evangélicos. Así, pues, inspirándonos en tan respetables documentos, nos es lícito tener alguna noticia de los demás apóstoles comenzando al efecto por

SAN BERNABÉ.

Era este apóstol (al que ya nos presentan los libros santos como compañero de San Pablo en las tareas apostólicas) natural de Chipre; levita muy virtuoso, el cual, ántes de su apostolado, supo desprenderse de todos sus bienes, entregando su precio á los apóstoles. Ayudó á San Pablo en sus predicaciones y luego continuó su ministerio en compañía de Juan Márcos en la isla de Chipre, donde trabajó activamente y consiguió grandes frutos. También predicó con gran éxito en Milan y otros países, despues pasó otra vez á Chipre; allí combatió con celo la circuncision, con cuyo motivo surgió un alboroto del que fué víctima, pues murió apedreado.

El cadáver de este apóstol fué sepultado, durante la noche, por los fieles. Mucho tiempo permaneció ignorado el lugar de la sepultura, hasta que el Señor se dignó revelarlo y luego se encontró el santo cadáver, sobre cuyo pecho apareció un manuscrito del Evangelio de San Mateo, que se guardó en láminas de oro, colocándolo, juntamente con las reliquias del santo apóstol, en una Iglesia edificada en honor de San Bernabé.

SAN MATEO.

Este apóstol de Jesucristo anunció el Evangelio en la Etiopía, en donde resucitó á la hija del rey, por lo que muchos de aquel país abrazaron el cristianismo. Vícti-

ma de su apostólico celo fué asesinado San Mateo, en el momento de hallarse celebrando el santo sacrificio de la Misa. Este apóstol, ántes el publicano Leví, llegó á ser historiador sagrado y, por inspiracion del Espiritu-Santo escribió en hebreo el Evangelio de Jesucristo.

SAN FELIPE.

Cuando Jesucristo le llamó al apostolado, era conocido con el nombre de Natanael.

En el desempeño de su ministerio anunció la luz del Evangelio, primeramente en la Escitia, consiguiendo la conversion de aquel país; pasó luego á Hierópolis y á la Frigia, en donde tuvo la dicha de concluir sus fatigas con el martirio, que recibió clavado en una cruz, en la que murió apedreado por sus enemigos.

LECCION XLVII.

Continúa la historia de los apóstoles.—Santo Tomás.—San Andrés.—San Bartolomé.—San Simon y San Júdas Tadeo.—San Matias.

Santo Tomás fué el apóstol que, no hallándose presente cuando Jesucristo se apareció resucitado á los apóstoles, no creyó en la resurreccion, hasta que el divino Maestro presentose tambien á este discípulo y le hizo palpar las llagas de su sagrado cuerpo, diciéndole: —No quieras ser incrédulo, sino fiel.

Desempeñó Santo Tomás su ministerio entre los partos, los medos y los persas; tambien predicó á los de la Hircania, siendo la admiracion de las gentes por la austeridad de su vida y muchos prodigios que obró en confirmacion de sus predicaciones. Bautizó, segun es

tradicion, á los tres reyes Magos, convirtió al rey Calamina con todo su reino, con lo cual excitó la indignacion de un rey idólatra y tuvo que sufrir su furor; pues le condenó á muerte y el santo apóstol, alanceado, sufrió horrible martirio hasta que espiró en el año 75 de la redencion.

SAN ANDRÉS.

El primero de los apóstoles llamado por Jesucristo, fué San Andrés, hermano de San Pedro.

Este discípulo de Jesucristo llevó la luz divina del Evangelio á los Escitas y luego pasó á la Arcaya (Grecia), en donde hizo muchos milagros, seguidos de innumerables conversiones; pero el Señor, reservándole la palma del martirio, permitió que el egipcio Egeas le condenase á morir en la cruz. Este suplicio agradó tanto al apóstol, que hasta el último suspiro no cesó de dar gracias á Dios por haberle hecho digno de morir en aquel patíbulo, santificado con la muerte de Jesús.

SAN BARTOLOMÉ.

En el desempeño del apostólico ministerio se dirigió San Bartolomé á la India y allí anunció el advenimiento del Mesías, convirtiendo á muchos, si bien hubo de sufrir multiplicadas fatigas y contradicciones. Así mismo predicó en la Armenia, ganando para Jesucristo al rey y á su mujer; con lo que abrazaron la fé doce ciudades de aquel reino. Esto encendió el furor de los idólatras, quienes incitaron á Astiages, hermano del rey, contra el apóstol, y luego fué éste víctima de tan cruel rábia; pues el santo confesor de la fé, despues de haber sido desollado vivo, fué decapitado.

SAN SIMON Y SAN JUDAS TADÉO.

El apóstol San Simon, lleno de celo por la causa de su Maestro, predicó con energía la palabra de Dios en la Mesopotamia; despues se dirigió á la Persia, donde continuó tan sagrada mision.

Así mismo San Tadeo desempeñó su ministerio apostólico en Egipto, dirigiéndose también luego á la Persia, en cuyo dilatado país trabajó, juntamente con San Simon, alcanzando ambos apóstoles muchas conversiones, atraídos los infieles por la pureza de la doctrina que predicaban, por la austeridad de su vida y los muchos milagros que realizaron estos apóstoles, los cuales sellaron con su sangre la causa del Salvador. San Júdas Tadeo, durante su predicación, escribió una epístola que la Iglesia venera como inspirada por el Espíritu-Santo.

SAN MATIAS.

Este varon justo, elegido apóstol en sustitución del traidor Júdas, compartió también con los demás apóstoles las fatigas de tan sublime ministerio y predicó á Jesucristo resucitado, principalmente en la Etiopia. Auxiliado de la gracia de Dios, convirtió á muchas gentes; y el Señor, coronando los esfuerzos de este varon, le designó un lugar entre los mártires, pues derramó su sangre por Jesucristo nuestro Dios.

LECCION XLVIII.

Apostolado de San Juan.—La Santísima Virgen.—Su asuncion gloriosa á los cielos.

Para terminar ya la historia de los apóstoles, reseñaremos brevemente la del evangelista

SAN JUAN.

Era este apóstol, según la santa Escritura, el predilecto de Jesucristo y á quien el mismo Salvador le recomendó el cuidado de la Santísima Virgen. De este

discípulo amado, hermano de Santiago el mayor, apenas nos dicen más los libros sagrados, si no es que acompañó á San Pedro, con todo lo demás arriba indicado y todo cuanto de aquel queda referido en el decurso de la historia sagrada.

Mas los historiadores eclesiásticos de gran nota y santidad, apoyados en documentos antiquísimos y en las tradiciones de las diversas iglesias, nos dicen, al referir las tareas evangélicas de San Juan, que éste, despues de sus trabajos en Jerusalem y sus inmediaciones, se dirigió á Éfero, cuya iglesia gobernó multiplicándose cada dia el número de fieles, merced á el celo, virtud y activa predicacion de tan digno apóstol.

Este discípulo del Salvador sobrevivió á todos los demás apóstoles, por lo que pudo ser testigo y asistió al cumplimiento de las profecias sobre la destruccion de Jerusalem y propagacion del cristianismo por todo el mundo.

Fué el martillo de las herejías que surgieron en aquellos tiempos; combatió los errores de los Ebionitas y otros herejes que negaban la naturaleza divina de Jesucristo, y no sólo triunfó de ellos con la autoridad de su ministerio, sino con su enérgica palabra y por escrito; como lo prueba el Evangelio que lleva su nombre y en cuyo escrito sagrado se remonta con su mirada de águila hasta el trono de Dios, enseñándonos cómo el Verbo divino se hizo hombre y habitó entre nosotros.

En la defensa de la fé sufrió persecuciones, mereciendo tambien la palma del martirio, pues que éste apóstol fué sumergido en una caldera de aceite hirviendo; pero Dios le salvó la vida y luego fué desterrado el invicto confesor de Jesucristo á la isla de Patmos; allí compuso el libro del Apocalipsis en el que señala el triunfo de la Iglesia, á pesar de las muchas persecuciones que ésta debia sufrir hasta el fin del mundo. Tambien escribió este apóstol otras tres cartas, las que con el Evangelio y el libro apocalíptico venera la Iglesia como inspirados.

Era ya de muy avanzada edad, y despues de haber encomendado el cuidado de los fieles á los obispos y sacerdotes que él ordenara, como asimismo hicieron los

demás apóstoles; (porque la potestad que recibieran éstos de Jesucristo, para la salvacion de los hombres, habia de perpetuarse hasta la consumacion de los tiempos y los apóstoles debian morir); San Juan, desempeñado ya tan difícil ministerio, consumó su larga vida; y con la tranquilidad de su alma pura y vírgen murió de muerte natural, siendo Trajano emperador de Roma.

LA SANTISIMA VIRGEN.

No es posible cerrar el período apostólico, sin dedicar un recuerdo de filial amor á la reina de los apóstoles, cuya excelsa Señora sin duda que animara á los heraldos evangélicos, como lo observamos con nuestro apóstol Santiago, en la gran mision de convertir el mundo pagano é idólatra á la fé pura del Crucificado.

La corredentora augusta de los hombres debia compartir la gloria inmortal de la Beatísima Trinidad, como habia compartido con su divino Hijo los tormentos del calvario. Y, como dice San Juan Damasceno en el oficio de la Asuncion de la Virgen, la divina Señora durmió el sueño de la muerte entregando su purísima alma en las manos de Dios, mientras que los coros de ángeles custodiaban el lugar de la sepultura, cantando himnos de gloria á su emperatriz excelsa. La Santísima Virgen resucitó luego gloriosamente, pues no permitió el Señor que viese la corrupcion aquella carne inmaculada de la que se vistió el Verbo eterno. Tal es la tradicion de la Iglesia universal que cada año celebra llena de alegría este triunfo de la Santísima Virgen en el misterio de su gloriosa asuncion á los cielos.

Con este admirable suceso desaparecen ya de la escena del mundo los personajes privilegiados, de los que la Providencia divina se valiera para la regeneracion de toda humana criatura; pues ya en este tiempo que coincidia con los últimos años del evangelista San Juan, el cristianismo habiase extendido por toda la tierra, como lo testificó algunos años antes San Pablo al escribir á los romanos «que en todas partes se oia ya la voz del evangelio.»

LECCION XLIX.

Sublevacion de los judios.--Sitio de Jerusalem por Vespasiano y Tito.--Destruccion de la ciudad y del templo.--Dispersion del pueblo judio.

La sinagoga no tenia ya razon de ser; habia cumplido su mision providencial y debia desaparecer con el establecimiento de la Iglesia por Jesucristo y la propagacion del Evangelio por todo el mundo. Pero los judios, cada vez más rebeldes, desconocieron el tiempo de salud y continuaban su guerra al nombre cristiano. ¡Ah! es que pesaba sobre ellos un enorme crimen; por eso, ya no hay dilacion; ha sonado la hora de la justicia y es próximo á cumplirse el vaticinio de Jesús sobre la ingrata Jerusalem.

Llegó, pues, el momento fatal; el pueblo judio oprimido por los emperadores romanos y pretendiendo emanciparse se rebeló contra el poder de Roma.

Era el año 67 de Jesucristo; y Neron, que empuñaba las riendas del imperio, envió para castigar á los sublevados un numeroso ejército al mando de los generales Vespasiano y su hijo Tito.

Bien pronto subyugó aquel general las ciudades de toda la Judea, acampando al frente de Jerusalem. El cerco se estrechaba cada dia con más ventajas para los sitiadores, introduciendo esto tal confusion entre los sediciosos, que unos se levantaban contra otros, y así se encendió dentro de la ciudad sitiada una guerra intestina y cruel que facilitaba más y más el triunfo del ejército romano.

Durante este cerco, el más horroroso, Jerusalem presenciaba escenas repugnantes; el hambre se apoderó de los sitiados en términos que se procuraban hasta las inmundicias para devorarlas con rabioso afan.

Hubo una madre, desgraciada, que en su desesperacion mató á su propio hijo y asó sus carnes y comió de ellas. Otros hubo que desenterraban los mismos cadáveres para comerlos, y quiénes buscaban la muerte, preferible á tan horrible situacion; las calles estaban sembradas de millares de víctimas y Jerusalem era un cemen-

terio; tanto que al mismo Tito, encargado de la toma de Jerusalen, en lugar de Vespasiano, su padre, el cual habia sido proclamado para entónces emperador de Roma; le resistian excesos tan horrorosos y resolvió apoderarse cuanto ántes de aquella ciudad culpable; y penetró con su ejército dentro de sus murallas á sangre y fuego; de cuya matanza se libraron tan sólo los que quedaron esclavos, pudiendo asegurarse que el número de víctimas ascendió á un millon y cien mil. Así lo confirman, entre otros muchos, el mismo general Tito y el historiador judío Josefo Flavio; testigo presencial de aquel sitio, el más espantoso de cuantos se registran en la historia de los pueblos.

Entónces tambien el grandioso templo de Jerusalen, fué devorado por las llamas, verificándose la prediccion del Señor, cuando al entrar en Jerusalen anunció la ruina de la ciudad y del templo.

Así concluyó la sinagoga y fué destruida la pérfida nacion judaica; cumpliéndose así mismo las profecias respecto á la dispersion de aquel pueblo deicida, á quien desde entonces persigue la justicia de Dios; cuya sangre divina cae gota á gota sobre los culpables é impenitentes judios; como ellos lo pidieron, furiosos, al pedir la muerte del Mesías. Así es que, trascurridos casi diez y nueve siglos, aun vagan errantes, sin constituirse en pueblo, sin nacionalidad, sin templo, ni altar, ni rey, ni magistrados; y muchas veces se ven perseguidos y expulsados de todas las naciones, como está aconteciendo en nuestros dias, y bien puede decirse que aun en la misma hora en que estas líneas se escriben. Que la palabra divina se cumple siempre.

Con la desaparicion, pues, de la sinagoga y en presencia de los castigos providenciales sobre Jerusalen y su templo, el cristianismo alcanzó mayores triunfos y continuaba propagándose con pasmosa celeridad, á pesar de las persecuciones sangrientas que surgieron con más furor desde el imperio del abominable Neron y sus sucesores, durante 300 años, hasta la conversion á la fé del emperador Constantino; en cuyo reinado gozó la Iglesia dias serenos de paz y de libertad.

CONCLUSION.

Cuando no otra cosa, al ménos ¡oh lector! he sentido, con motivo del presente estudio sobre los santos Evangelios una necesidad y un deseo; cuya impresion bien quisiera comunicarte, es á saber; la necesidad urgente, hoy más que nunca, de sostener nuestra alma, desfallecida á causa de la universal corrupcion; con la lectura pura y santa de las divinas Escrituras; y el deseo de que este sublime código de Jesucristo sea el regulador de los actos humanos.

De esta suerte nos fuera ciertamente eficaz y provechosa aquella inspirada sentencia: *Desolatione desolata est terra quia nullus est qui recogitet corde*. El mundo se resiente de profunda desolacion por que no hay quien reflexione en lo recondito de su alma. Pues no hay duda, que, si nos penetráramos del espíritu divino que informa los augustos libros, inspirados por el Espíritu Santo, y su moral divina fuera objeto de nuestra meditacion y nuestro guía; no sólo pudiéramos llegar á la cumbre de la perfeccion individual esperando así seguros el término de nuestro destino feliz; sino que tan mágica influencia dejárase sentir en el sagrado recinto de la familia, pasando despues al cuerpo social, para proporcionarle resultados de paz, de bienestar y de verdadero progreso.

Por que es innegable que allá donde impere la santa doctrina del Evangelio no es posible el desórden; y la perfidia, la venganza, la sensualidad, el orgullo, en una palabra todas las malas pasiones deben necesariamente desaparecer.

Y es que los santos evangelios encierran una doctrina tan prodigiosa que, por su virtud propia debe extinguir y extingue todo gérmen de mal y solo es principio y origen de bien y de felicidad. Porque sus preceptos

santos todos tienden á retraer al hombre del crimen é impulsarle á la práctica de la virtud, haciéndole amar lo sublime, lo elevado, lo digno, y huir de la vileza y degradacion; al propio tiempo que le impele con motivos eficasísimos al cumplimiento del deber sancionando á este fin la infraccion grave de la ley con penas acerbísimas y perdurables. Mientras que, pretendiendo á la vez atraer á la humana criatura por el amor, no solo le promete premios eternos, segun los méritos de cada cual; sino que ella, la santa doctrina del Evangelio nos presenta al mismo Dios hecho hombre, como ejemplar y tipo de todas las virtudes, para que le imitemos durante nuestra vida, con especialidad en las tribulaciones y angustias que sin cesar afligen al mísero mortal.

De la bellísima moral de Jesús irradian tambien, cual de un foco divino, todas las virtudes que dignifican al hombre y le hacen feliz temporal y eternamente; la humildad, la caridad, la resignacion, el arrepentimiento, el perdon de las injurias, el amor de los enemigos, la fraternidad universal; estas virtudes que, sin duda son la mejor garantia de verdadera dicha constituyen ciertamente el cuerpo de la celestial enseñanza contenida en los sagrados libros. ¿Qué mucho, pues, que tan sublimes lecciones sean cual bálsamo divino y puedan subvenir en momentos críticos á todos los males del individuo, de la familia y aun de la sociedad?

Por eso, apenas se promulgó el santo Evangelio, fué renovada la faz de la tierra, influyendo misteriosa y saludablemente en favor de todos los hombres; así en los poderosos y en los que ejercian autoridad, como en los pobres y en los vasallos, enseñando á unos y á otros sus respectivos deberes; pues que si el súbdito debe someterse á la ley y á la autoridad; el que manda y administra justicia ha de ser tambien cual padre y tutor de sus subordinados.

Además la benéfica accion del Evangelio, esto es, la Iglesia de Jesucristo, inspirada en la enseñanza de su divino Fundador, reprimió el desórden y la corrupcion del individuo; afianzó asimismo los vínculos destrozados de la familia; destruyó la esclavitud, devolviendo al

siervo desgraciado su dignidad y la libertad cristiana; y por último, proclamó la santidad de la pobreza, declarándose protectora de las clases menesterosas é interesando en favor del pobre, del huérfano y de la viuda, el corazón de todos á quienes prometía por eso mismo grandes recompensas en esta y en la otra vida.

Hermosos fueron ciertamente los beneficios individuales y sociales que dispensó en su aparición y dispensará siempre el santo evangelio. Esta es, sí, la doctrina bendita y de eterna salud que Nuestro Señor Jesucristo se dignó traer á la tierra, para iluminar con sus vívidos resplandores á los que yacían sentados en las tinieblas del error y en la muerte del pecado,

Doctrina divina, cuya custodia confió el Salvador á sus apóstoles, para que estos á su vez la enseñasen á todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu-Santo; como así lo realizaron aquellos heraldos evangélicos á pesar de las contradicciones, de las fatigas y de la persecución que sufrieron hasta derramar su sangre en el cumplimiento de tan árduo ministerio.

Gloria, pues, al Dios Omnipotente y de infinita misericordia que, compadecido del pecador desdichado, no sólo entregó á su propio Hijo, para que tomando la carne mortal sufriera muerte de cruz por los pecados del mundo; sino que nos dejó como en testamento esa luz divina de la religión; y así, iluminados con sus purísimos destellos, pudiéramos caminar seguros por los senderos de la vida; si bien, apoyados y dirigidos por la Iglesia de Jesucristo, verdadera y única depositaria del tesoro santo de la revelación; y á la cual el mismo Salvador concedió además plenos poderes en orden al perdón de los pecados y á la salvación de las almas.

Institución augusta, contra la cual nunca prevalecerán las puertas del infierno, porque Dios mismo prometió asistirle y estar con ella hasta el fin de los siglos.

Por eso, en vano se han levantado contra la Iglesia todo linaje de persecuciones, y en vano también brama furiosa la tempestad amenazando destruir esa misteriosa nave; la dirige el Piloto divino y..... ¿quien contra

Dios....? Las olas se deshacen impotentes, con lo que así aparece cada vez más de relieve lo inespugnable de tan santa fortaleza; pudiendo decirse que la Iglesia de Jesucristo ha asistido ya diez y nueve siglos á la muerte de todos sus enemigos; como hoy también presencia y será testigo hasta el fin del mundo de la ruina y derrumbamiento de todo lo que contra ella se agite, permaneciendo en el interin, cual hija predilecta del cielo, hermosa siempre, siempre antigua y joven rebosando vida robusta para cantar sus triunfos y sus victorias exclamando: *vidi impium elevatum et exaltatum; transivi, et ecce non erat.*

Vi al impío ensalzado y soberbio; pasé y..... ya no existía.

Que el mundo conozca á esa esposa mística de Jesucristo la Iglesia santa y la ame; y, cobijados todos los hombres como hijos sumisos bajo su protección y guía, se realicen al fin aquellas palabras del Maestro divino: *Fiet unum ovile et unus pastor.* Que no haya sino un sólo aprisco y un sólo Pastor.

FIN.

ÍNDICE.

Páginas

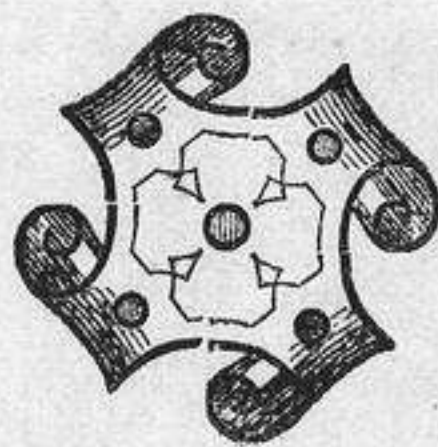
LICENCIA ECLESIASTICA	3
DEDICATORIA	5
AL LECTOR	7
LECCION I. Aparicion del ángel al Sacerdote Zacarías anunciándole el nacimiento de un hijo.—Eleccion de Maria para Madre de Dios.—Visitacion de la Virgen á su prima Santa Isabel.—Nacimiento de San Juan Bautista.—Su circuncision.	9
II. San José y la Santísima Virgen.—Viaje de estos á la ciudad de Belen.—Nacimiento de Jesús.—Adoracion de los pastores.—Circuncision del Señor.—Adoracion de los reyes Magos.	13
III. Purificacion de Maria.—Simeon y Ana en el templo de Jerusalem.—Degollacion de los inocentes.	17
IV. La Sagrada Familia en Egipto.—Muerte de Herodes.—Regreso de la Santa Familia á Nazareth.—Jesús en el templo.—Muerte de San José en Nazareth.	20
V. Predicacion y bautismo de San Juan, su vestido, comida y bebida.—Bautismo de Jesucristo.	22
VI. Tentaciones de Jesús en el desierto.—Explicacion de la sagrada escritura en Nazareth.	24
VII. Testimonio de la divinidad de Jesucristo por el Bautista.—Los primeros apóstoles.—Las bodas de Caná de Galilea.—Jesucristo en Jerusalem.—Expulsion de los profanadores del templo.—Jesucristo instruye á un doctor de la ley.	28
VIII. La samaritana.—Jesucristo en Cafarnaun cura al hijo de un magnate y á un endemoniado.—Vocacion del publicano Mateo.—Pesca milagrosa en el lago de Genezaret.	30
IX. Eleccion de los doce apóstoles.—Sermon de la montaña.—Empieza Jesucristo la predicacion de las ocho bienaventuranzas.—Trata de la reconciliacion y otras virtudes; del juramento, del amor á los enemigos.	34

LECCION	X.	Continuacion del sermón de la montaña.—Habla Jesucristo de la limosna, de la oracion y del ayuno.—Condena la demasiada solicitud por las cosas de la tierra, afirmando que nadie puede servir á dos señores y concluye su discurso con una bellísima semejanza.	36
—	XI.	Milagros de Jesucristo. Curacion de un leproso.—Del siervo del centurion.—Viaje de Jesus á Gerasa.—Tempestad en el mar.—Curacion de dos endemoniados.—Ingratitud de los gerasenos.—Curacion de un paralítico.	39
—	XII.	Resurreccion de la hija de Jairo.—Jesus dá vista á dos ciegos.—Regreso de Jesucristo á Jerusalem y curacion del paralítico de la piscina.	43
—	XIII.	Parábolas del Salvador.—Primera, del sembrador.—Segunda, del grano de mostaza.—Tercera, del trigo y la cizaña.—Cuarta, del tesoro escondido.—Quinta, de la margarita preciosa.	47
—	XIV.	Jesucristo predica otra vez en Nazareth y los suyos no le recibieron.—Prision del Bautista.—Jesucristo instruye á sus apóstoles y les envia á predicar por los pueblos de Galilea.	50
—	XV.	Jesucristo resucita al hijo de la viuda de Naim.—Elogio que hace el Salvador de San Juan Bautista.	53
—	XVI.	Conversion de la Magdalena.—Admirable doctrina del Salvador contestando á las secretas murmuraciones del fariseo Simon.	55
—	XVII.	Degollacion del Bautista.—Muerte de Herodes, Herodias y Salomé.—Multiplicacion prodigiosa de los cinco panes y dos peces en el desierto de Betsaida.	58
—	XVIII.	Jesucristo calma la tempestad en el mar de Galilea.—El Salvador habla á las turbas del alimento espiritual.	61
—	XIX.	Viaje de Jesus á la Fenicia.—La Cananea.—Curacion de un sordo-mudo.—Nueva multiplicacion de los panes y de los peces para alimentar á la multitud.	64
—	XX.	Confiesa San Pedro la divinidad de Jesucristo y el Señor le declara Cabeza de su Iglesia.—Jesus instruye á sus apóstoles.—Transfiguracion del Señor.	66

LECCION		Páginas.
	XXI. Jesucristo cura á un endemoniado.—Pago del tributo.—Doctrina de Jesucristo sobre la humildad, el escándalo y la correccion fraterna.	70
	XXII. Parábola del deudor.—Eleccion de los setenta y dos discípulos.—Tienta al Señor un doctor de la ley.—Simil de la higuera que por no dar fruto fué cortada y arrojada al fuego.	73
	XXIII. Falsa idea que tenían los judios del Mesías.—Sentencia de Jesucristo acerca de una mujer adúltera.—Curacion del ciego de nacimiento.	76
	XXIV. Doctrina de Jesucristo acerca de la humildad en oposicion á la soberbia de los fariseos.—Parábola de los convidados á la cena.—Otra del buen pastor.	79
	XXV. Continúa Jesucristo hablando en parábolas.—De una mujer que encontró una moneda que habia perdido.—Otra del hijo pródigo.—Otra del mayordomo infiel.	82
	XXVI. Parábola del rico avariento y del pobre Lázaro.—Instruccion de Jesucristo.	85
	XXVII. Prosigue el divino Maestro su enseñanza.—Parábola de una viuda que demandaba con insistencia justicia.—Otra del publicano y del fariseo.—El Señor instruye á las turbas.—Parábola de los jornaleros.	87
	XXVIII. Peticion de los hijos del Cebedeo.—El publicano Zaqueo.—Resurreccion de Lázaro.	90
	XXIX. Gran consejo en la casa de Caifás.—Jesús convidado por Lázaro y sus hermanas.—Hechos acaecidos en este convite.	93
	XXX. Entradatriunfante de Jesucristo en Jerusalem.—Vaticinio sobre la destruccion de la ciudad y del templo.—Parábola de los colonos.—Otra de un rey que celebró con un convite las bodas de su hijo.—Pago del tributo al César.	95
	XXXI. Parábola de las diez virgenes.—Otra de los talentos.—Doctrina de Jesucristo acerca del juicio final.	93
	XXXII. El Salvador abandona el templo de Jerusalem, dirigiéndose á Betania.—Venta de Jesucristo.—Preparacion y celebracion de la Pascua.—Leccion de humildad que el Señor nos dá en la accion de lavar los pies á sus discípulos.	101

LECCION XXXIII.	Institueion de la Sagrada Eucaristía.— Enseñanza de Jesucristo á sus apóstoles. —Se dirige el Señor al huerto de Getsemani.	104
XXXIV.	Oracion en el huerto.—Prision del Señor.—Jesucristo en casa de Anás y Caifás.—Negacion de San Pedro.—Su conversion.—Jesús sentenciado á muerte.—Deseeperacion de Júdas.	107
XXXV.	Jesús ante Pilatos y Herodes.—Otra vez es conducido el Señor á la presencia de Pilatos.—Medios que éste emplea para libertar á Jesucristo.—Es confirmada la sentencia de muerte.	110
XXXVI.	Jesús con la cruz acuestas.—Crucificacion del Señor.—Palabras de Jesucristo en la cruz.	113
XXXVII.	Prodigios acaecidos en la muerte de Jesucristo.—Conversion del Centurion.—José y Nicodemus dan sepultura al cadáver del Señor.—Guardias del sepulcro.—Resurreccion del Señor	116
XXXVIII.	Aparicion de Jesucristo resucitado.—Aparecese á los apóstoles reunidos en Galilea.—Les confiere la potestad de enseñar, bautizar y perdonar los pecados.	120
XXXIX.	Confirma Jesucristo á San Pedro como jefe de la Iglesia.—Aparicion del Señor en el Cenáculo	128
XL.	Ascension del Señor á los cielos.—Eleccion de San Matías.—Venida del Espíritu-Santo.—Predicacion de San Pedro y conversion de gran número de gentes.—Costumbres de los primeros cristianos.	126
XLI.	Prision de los apóstoles.—Consejo de Gamaliel.—Eleccion de los siete diáconos.—San Estéban.	129
XLII.	Conversion de los siquimitas.—Simon Mago.—Carácter y conversion de Saulo.	132
XLIII.	Conversion del centurion Cornelio.—Predicacion del evangelio á los gentiles.—Santiago el mayor predica en España.—Martirio de éste apóstol en Jerusalem.—Traslacion de su cadáver á España.	134
XLIV.	Prision de San Pedro.—Es libertado por un ángel.—Muerte de Heródes Agripa.—Concilio de Jerusalem.—Santiago el menor.	137
XLV.	Apostolado de San Pedro y de San Pablo.—Su martirio.	140

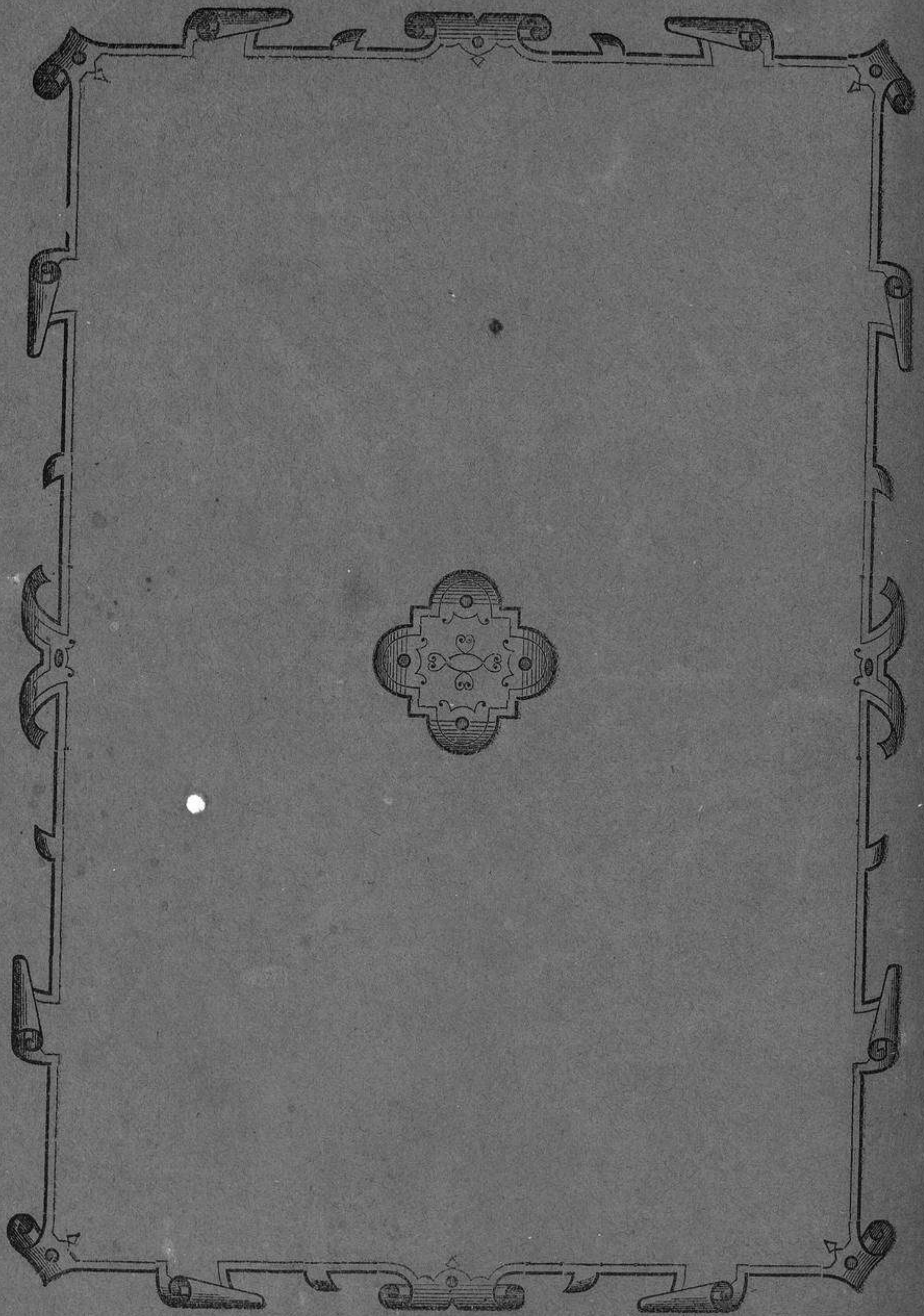
		Páginas
LECCION	XLVI.	Tiempo apostólico.—Breve reseña de los apóstoles, tomada de antiquísimos documentos, y tradición de las diversas Iglesias.—Historia de San Bernabé.—San Mateo.—San Felipe. 142
—	XLVII.	Continúa la historia de los apóstoles.—Santo Tomás.—San Andrés.—San Bartolomé.—San Simon y Júdas Tadeo.—San Matías. 144
—	[XLVIII.	Apostolado de San Juan.—La Santísima Virgen.—Su asuncion gloriosa á los cielos. 146
—	XLIX.	Sublevaciones de los judíos.—Sitio de Jerusalem por Vespasiano y Tito.—Destruccion de la ciudad y del templo.—Dispersion del pueblo judío. , . . . - 149
CONCLUSION		151

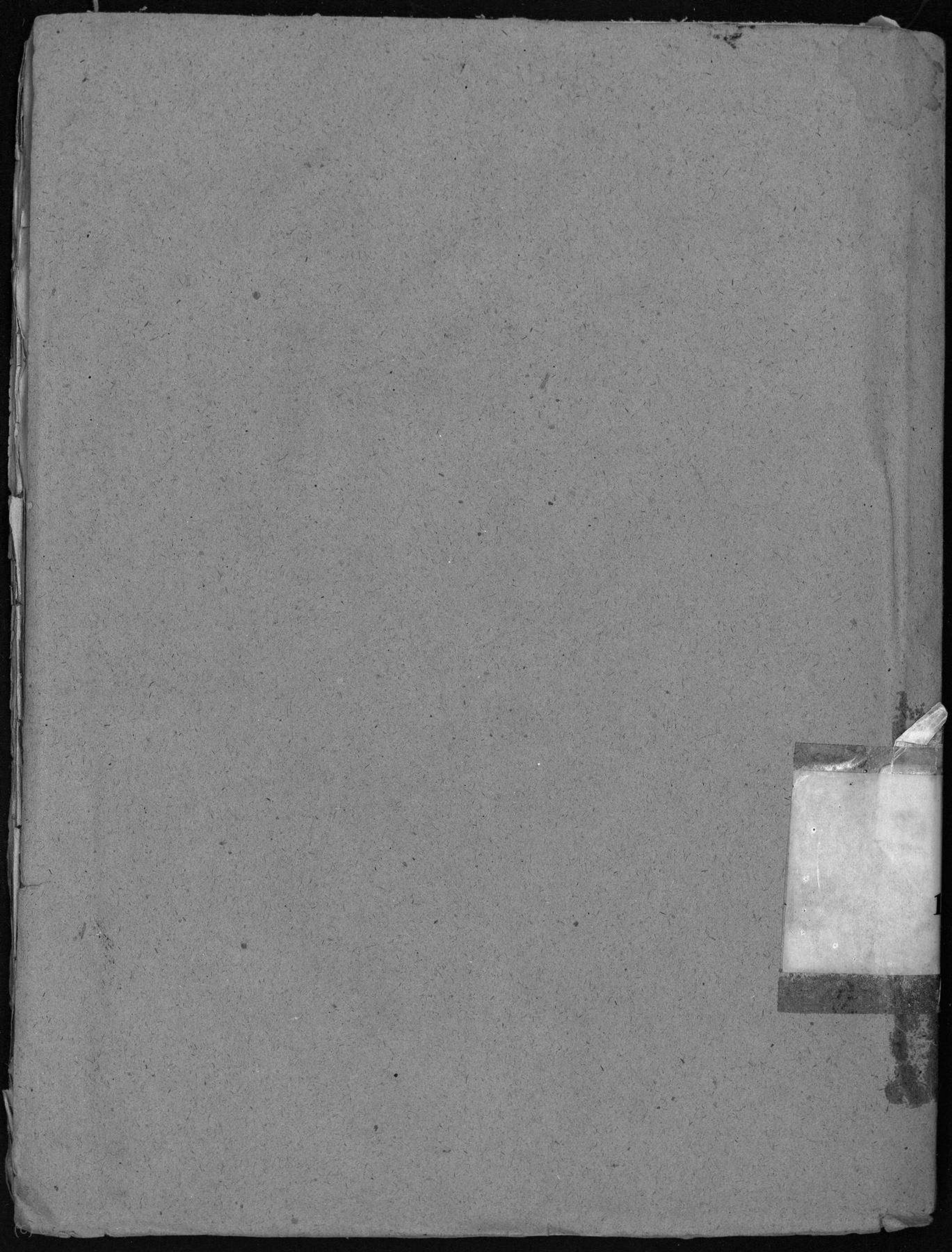


Páginas

<p>143</p> <p>144</p> <p>145</p> <p>149</p> <p>151</p>	<p>—</p> <p>—</p> <p>—</p> <p>—</p> <p>—</p>	<p>—</p> <p>—</p> <p>—</p> <p>—</p> <p>—</p>	<p>—</p> <p>—</p> <p>—</p> <p>—</p> <p>—</p>
--	--	--	--







R

1206